

# OLTRETORRENTE

Pino Cacucci

El día del funeral de Mario Lupo en 1972, asesinado por los neofascistas de Parma, un viejo “Ardito”, rememora los acontecimientos de cincuenta años atrás, cuando la ciudad se sublevó en 1922 contra “los hunos”, inundando la ciudad de barricadas, y consiguiendo ser la única ciudad de Italia que no fue doblegada por las huestes del fascismo.

Con dos personajes principales, uno socialista (no socialdemócrata), Guido Picelli y otro anarquista, Antonio Cieri, asistiremos a la organización y actuación de los Arditi del Popolo, esas milicias de autodefensa obrera, que pusieron en jaque en toda Italia a las escuadras fascistas, y a la defensa de la ciudad de Parma por sus propios habitantes.

Ambos, Picelli y Cieri morirían en combate en el año 1937 en la contienda española.

Universale Economica Feltrinelli

# PINO CACUCCI OLTRETORRENTE



**Pino Cacucci**

**OLTRETORRENTE**

(Tras el torrente)



Primera edición en “Los narradores” abril de 2003.

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

## ÍNDICE

Agosto de 1922-Agosto de 1972

El ultimátum

Parma la anómala

El incansable Picelli

Cárceles de la patria

"Bela genta ch'a goda e intant la suda..."

Guardianes del orden

"Somos la osadía del pueblo..."

El honorable Picelli

El anarquista de los Abruzos

"Aprender a respetar el miedo"

El salvaje Farinacci

Barricadas

El Ras de Ferrara

"Si Picelli ganara..."

María y las demás

Los últimos siervos honestos

Viernes 4 de agosto

Sábado 5 de agosto

De la frontera al exilio

Comandante Antonio, comandante Guido

"¿Y Balbo?"

¿Castigar a Parma?

Más allá del Atlántico, a este lado de Parma

Agradecimientos

Bibliografía

Acerca del autor

A las barricadas de todos los tiempos y lugares

*Recordar el pasado puede dar lugar a percepciones peligrosas, y la sociedad establecida parece temer los contenidos subversivos de la memoria.*

Herbert Marcuse

Se habían disfrazado para una fiesta  
para una victoria imposible  
en el curso fangoso de la Historia

Estaban al acecho  
armados con noventa y un cañones viejos  
en defensa de la libertad conquistada  
por ellos en su pequeña patria

Se mantenían despiertos  
en las noches de agosto bochornosas  
con los coros de su música  
y con el oscuro vino de la tierra.

Ganar por unos días  
Ganadores de por vida.

ATTILIO BERTOLUCCI



*Odio a los indiferentes. Creo que la vida debería significar ser partidista. Quien vive de verdad no puede dejar de ser ciudadano y partidario. La indiferencia es abulia, es parasitismo, es cobardía, no es vida. Por eso odio a los indiferentes.*

*La indiferencia es el peso muerto de una historia. La indiferencia funciona poderosamente en una historia. Opera pasivamente, pero opera. Es la fatalidad; es aquello en lo que no se puede confiar; es lo que trastorna los programas, lo que trastorna los planes mejor contruidos; es la materia bruta que ahoga la inteligencia. Lo que pasa, el mal que golpea a todos, pasa porque la masa de hombres abdica de su voluntad, permite que se promulguen leyes que solo la revuelta puede abrogar, permite que los hombres asciendan al poder que solo un motín puede derrocar. Entre el absentismo y la indiferencia unas pocas manos, no supervisadas por ningún control, tejen la trama de la vida colectiva, y la masa ignora, porque no les importa; y en este momento parece una fatalidad abrumar a todo y a todos, parece que la historia no es más que un enorme fenómeno natural, una erupción, un terremoto del que todos quedan víctimas, los que querían y los que no querían, quién sabía y quién no sabía, quién*

*había estado activo y quién indiferente. Algunos lloriquean lastimeramente, otros juran obscenamente, pero ninguno o pocos se preguntan: si yo también hubiera cumplido con mi deber, si hubiera tratado de hacer valer mi voluntad, ¿habría sucedido lo que sucedió?*

*Odio a los indiferentes también por esto: porque me molesta su grito de eternos inocentes. Pido a cada uno de ellos que dé cuenta de cómo ha cumplido la tarea que la vida le ha marcado y le asigna cada día, de lo que ha hecho y sobre todo de lo que no ha hecho. Y siento que puedo ser inexorable, que no tengo que desperdiciar mi lástima, que no tengo que compartir mis lágrimas con ellos.*

*Soy partidario, vivo, siento en la conciencia palpitar ya la actividad de la ciudad futura que mi parte está construyendo. Y en ella la cadena social no pesa sobre unos pocos, en ella todo lo que pasa no es por casualidad, por fatalidad, sino que es obra inteligente de los ciudadanos. No hay nadie en ella que esté junto a la ventana mirando mientras unos pocos se sacrifican, desmayados. Vivo, soy partisano. Por eso odio a los que no toman partido, odio a los indiferentes.*

Antonio Gramsci, 11 de febrero de 1917

## I. AGOSTO DE 1922 – AGOSTO DE 1972

Parma, 25 de agosto de 1972. A las 22:30 horas, frente al cine Roma de la avenida Tanara, un grupo de neofascistas agredió a Mariano Lupo, de 19 años, militante de Lotta Continua. El joven recibe una puñalada en el corazón. Se arrastra unos pasos y luego cae al suelo, agonizante. Mariano, a quien todos llaman Mario, muere momentos después.

El rumor corre por toda la ciudad, resonando de calle en calle, donde afluyen espontáneamente antifascistas de todas las edades, desde los militantes más jóvenes de la extrema izquierda hasta los viejos partisanos.

Un hombre de unos setenta años, recién salido de una taberna, mira a su alrededor con asombro, detiene a un niño y le pregunta qué pasa. “¡Los fascistas mataron a un compañero!” es la respuesta gritada.

El rostro del anciano se contrae, la rabia y el dolor parecen golpearle en el estómago, con mirada febril busca un punto de apoyo, se frota la mano y se apoya contra la pared. Luego reúne fuerzas y sigue el flujo de gente que se precipita hacia el

cine, logra abrirse paso y ve el cuerpo del joven apuñalado: abrumado por la emoción, con labios temblorosos, murmura para sí: “Cobardes... cobardes...” Las lágrimas caen sobre las arrugas y las arrugas se contraen con indignación y piedad, los ojos velados permanecen fijos en el charco de sangre que se derrama sobre el pavimento.

Mario Lupo nació en 1952 en Cammarata, en la provincia de Agrigento. Emigró a Parma en 1969 con sus padres y cinco hermanos menores, luego se mudó a Alemania siendo aún menor de edad en busca de trabajo, antes de regresar a Parma y ganarse la vida como jornalero.

Al unirse a la organización extraparlamentaria Lotta Continua respondió a sus pasiones, comunes a muchos jóvenes ávidos de cambios radicales, pertenecientes a la generación política madurada en la experiencia de 1968, y aunque no destacó de manera particular en la militancia, sí sin embargo, lo hizo para los *squadristi* que esa noche de agosto, –exactamente medio siglo después de la insurrección antifascista de Parma, donde acababan de terminar las celebraciones del aniversario histórico–, lo reconocieron y atacaron, con la práctica bien establecida de la manada contra el extraño.

El asesinato de Mario Lupo marca la culminación de un estilo de provocaciones y violencia que ha creado un clima de fuerte tensión en la ciudad. Ya un año antes, en mayo de 1971, habían estallado graves disturbios tras la golpiza a tres trabajadores por una docena de militantes del Movimiento Social Italiano: incluso en esa ocasión, los antifascistas habían intentado atacar la sede de la extrema derecha donde se inició la acción de

los *squadristi*, enfrascándose en unos duros enfrentamientos con las fuerzas policiales que duraron toda la noche.

Esta vez, el frío asesinato de un joven, desencadena una reacción imparable, y dos días después, al final de un mitin vespertino, la sede del MSI es “asaltada” por manifestantes enfurecidos.

La indignación que enciende Parma recuerda lo ocurrido en marzo de 1950, cuando la policía de Scelba mató al trabajador Attila Alberti, abriendo fuego contra los manifestantes sin la más mínima justificación y provocando la muerte de otro trabajador, Luciano Filippelli, dejándole agonizar detenido, a pesar de sufrir una forma grave de diabetes.

En la noche del 27 de agosto de 1972, la policía y los carabinieri no pudieron mantener la situación bajo control, la ira fue incontenible.

El comisario, sin aliento, ordena a sus hombres que se moderen: “No tenemos la fuerza suficiente para intervenir, tenemos que elegir el mal menor: ¡Si intentamos detenerlos, corremos aquí el riesgo de una carnicería!”.

Los antifascistas arrasan la sede, que está desierta, y de las ventanas vuelan muebles, paquetes de folletos, barras y cachiporras, además de carteles con los rostros de los actuales líderes junto con retratos del Duce.

El 28 de agosto, en el funeral de Mario Lupo, hay una impresionante manifestación, en un ambiente tenso, conmovido e indignado.

La capilla ardiente se instala en el Ayuntamiento, luego la inmensa manifestación se abre paso por el Oltretorrente.

Un mar de banderas rojas, rojinegras, insignias y estandartes de brigadas partisanas, partidos y asociaciones, municipios y sindicatos.

Decenas de miles de parroquianos escuchan la oración fúnebre de Giacomo Ferrari, alcalde y comandante partisano, mientras que la víspera feroces mítines fueron realizados por el líder provincial de Lotta Continua, Claudio Cini, y otro comandante partisano, Gino Vermiceli, miembro de la junta nacional de *Il Manifesto*<sup>1</sup>.

Tanto durante el desfile del 27 de agosto como con motivo del funeral, que se convirtió en una oceánica movilización antifascista, se hacen varias referencias a las barricadas del 22.

En la mirada del anciano que llora junto al cadáver de Lupo, el orgullo y la indignación parecen pelear sin que uno prevalezca sobre el otro: sus ojos se estremecen y se velan de tristeza cuando escucha las conmovidas palabras en memoria del chaval asesinado, pero brillan de orgullo cuando en la plaza se recuerdan las gestas de los Arditi del Popolo del Oltretorrente, que se alzó contra la invasión de los Camisas Negras, y que organizó la resistencia.

El hombre sostiene con orgullo un asta de la que cuelga, ahora descolorido por el tiempo pero cuidadosamente

---

<sup>1</sup> Il manifesto es un diario italiano fundado en 1969. No está adherido a ningún partido o grupo político organizado. Pertenece a una cooperativa de periodistas y proporciona una contribución notable al pensamiento político de la izquierda italiana.

conservado, el estandarte de los Arditi del Popolo. A sus espaldas, la placa de la plaza está dedicada a Guido Picelli.



Por la noche, el anciano entra en una taberna del Oltretorrente, un antiguo local lleno de humo que ha visto pasar décadas de historia entre el yeso descascarado de las paredes y las mesas gastadas. El hombre ha enrollado el rectángulo de tela descolorida, testimonio de toda una vida dedicada al “ideal”, luego se para un momento en el umbral y mira a su alrededor.

Hay una mesa con jóvenes; alguien tiene el periódico “Lotta Continua” en el bolsillo, otros “l'Unità” o “Il Manifesto”. Todos saludan con la cabeza al viejo luchador. Uno de ellos lo invita, casi en un susurro, en el clima de tristeza que ha reemplazado al enfado de los últimos días:

“Vamos, 'Ardito', tómate una copa con nosotros...” y le acerca una silla.



El hombre parece indeciso, luego apoya el asta contra la pared y suspira profundamente. Mira a los ojos a los jóvenes uno a uno, y al final, murmura con voz desconsolada:

“Muchachos, no pueden morir como un perro a los diecinueve años. Os entiendo, pero... No os dejéis engañar por eso. He visto morir a demasiados como Mario Lupo. Yo he visto correr la sangre de jóvenes asesinados por las calles y plazas... y mientras tanto, siempre gana el poder... Siempre la misma historia...”.

Uno de los chicos espeta:

“¿Y qué debemos hacer? ¿Pararnos a mirar? Y lo dices precisamente tú, ¿quiénes peleaban en las barricadas en tu época?”.

El anciano asiente, melancólico, niega con la cabeza y agrega:

“Sí, las barricadas... Ha pasado medio siglo desde el 22. Y todavía hoy, estamos aquí de luto por nuestros muertos como lo estuvimos entonces. Esos cobardes...”.

Le sirven un trago. Otro joven pregunta:

“¿Pero estuviste realmente en las barricadas con Picelli?”.

Asiente, abrazándose por el hombro y modestamente, dice en voz baja:

“Con Picelli y con toda Parma en el Oltretorrente. Pero quién recuerda esa historia ya, ahora...”.

“Bueno, me gustaría escucharla de alguien que estuvo allí”, insta el joven, señalando con un movimiento de la barbilla la pared donde se exhiben fotos antiguas de la época: los pueblos llenos de barricadas, los vigías de los insurgentes en tejados y campanarios, los Arditi del Popolo en armas, un retrato de Guido Picelli...<sup>2</sup>



El hombre se toma su tiempo, está indeciso, él también mira las fotografías en color sepia, que parecen pertenecer a tiempos remotos y olvidados, y no sabe cómo empezar...

---

<sup>2</sup> Guido Picelli (Parma, 9 de octubre de 1889-Algora, 4 o 5 de enero de 1937) fue un antifascista italiano, animador de la resistencia armada de Parma a las milicias fascistas, en 1922. Murió combatiendo como voluntario en la Guerra Civil Española. [N. d. T.]

Afuera, grupos de personas que regresan del funeral. El aire caliente de agosto está lleno de un zumbido constante, por el golpeteo de la gente, por la tensión que no muestra signos de disminuir. Policías y carabinieri, con equipo antidisturbios, vigilan la ciudad tras recibir refuerzos de otras provincias.

En la taberna, el viejo Ardito del Popolo relata los días en que Parma se sublevó contra el fascismo, en ese lejano agosto de 1922.

\*\*\*

*Era agosto también en ese momento. Pero primero hay que enmarcar la situación y no es fácil. Y, sobre todo, no es un asunto corto. Veréis, al comienzo de su trágica aventura, los fascistas pretendían mostrarse a sí mismos como “revolucionarios” y antiburgueses, explotando sobre todo el descontento de los veteranos de la Primera Guerra Mundial, me refiero a los que realmente habían estado en las trincheras, ciertamente no a los hijos de las familias poderosas que la habían vivido escondidas, los “tiburones”, como los llamábamos en ese momento: los mismos que financiaron a los fascistas, usándolos para reprimir las demandas de los campesinos y trabajadores. Al fin y al cabo, como sabéis, Benito Mussolini en su juventud fue socialista y hasta director del 'Avanti!', el periódico del partido. Pero en el 22, toda ambigüedad se había disuelto: los squadristi atacaron las cámaras laborales, las oficinas*

*de las asociaciones de trabajadores, las redacciones de los periódicos de izquierda o a cualquier otra persona que se atreviera a escribir lo que realmente eran y lo que hacían.*

*Y empezaron a matar. Ya no estaban satisfechos con devastar todos los lugares donde había una lucha por mantener la democracia y los derechos de los trabajadores. Comenzaron a entrenarse militarmente, sin que las autoridades del Estado hicieran nada para desarmarlos, al contrario. Sus arsenales, a estas alturas, incluían no solo pistolas y mosquetes, sino incluso ametralladoras y granadas de mano, mientras que la policía, los carabinieri y la guardia real cerraban ambos ojos.*

*En la ciudad, los trabajadores resistieron, se organizaron para la autodefensa, aunque, en este caso, ¡los “guardianes del orden” tenían los ojos bien abiertos! Nos bastaba con tener un palo o un cuchillo patatero para acabar en la cárcel.*

*Pero lo peor fue en el campo: el aislamiento podía significar la muerte, los campesinos que se expusieron en las ocupaciones de las tierras de los terratenientes, los que llamábamos “agraristas”, se convirtieron en presas de la caza.*

*En el verano del 22, se organizó una huelga general en toda Italia, después de otra expedición de squadristi armados, esta vez liderados por Italo Balbo que con su columna puso a fuego y espada a Rávena y media Romaña,*

*quemando y saqueándolo todo. Fue la culminación de un crescendo de violencia: primero, el día 13 de julio, los escuadrones de Farinacci habían ocupado el ayuntamiento de Cremona. Irrumpieron en las casas de un conocido exponente socialista y organizador de las Ligas Blancas, miembro del Partido Popular. Como reacción, los populares se retiraron de la mayoría y el 19 de julio cayó el gobierno de Facta<sup>3</sup>. Tras unos días de crisis, se alcanzó una segunda coalición para Facta, mientras la Alianza del Trabajo decidió proclamar una huelga general. Pero ya era demasiado tarde y había demasiadas divisiones entre partidos y sindicatos.*

---

3 Luigi Facta (1861 - 1930) fue un periodista y político italiano. Nacido en Piamonte, estudió derecho y ejerció el periodismo; en 1892 fue elegido diputado por el Partido Liberal, ocupando varias carteras ministeriales y defendiendo la neutralidad italiana en la guerra, pero después defendió la colaboración con los aliados. La crisis desatada por la guerra desestabilizó al gobierno hasta el punto que Facta no fue capaz de llegar a un acuerdo con el resto de fuerzas políticas. La marcha sobre Roma en 1922 de los fascistas acabó por destruir al gobierno, Facta no pudo reaccionar y el Rey encargó el gobierno a Mussolini. Fue, pues, uno de los responsables de la capitulación de la Italia liberal. [Wikipedia. N. d. T.]

## II. EL ULTIMÁTUM

En el parlamento, Benito Mussolini declaró en voz alta al primer ministro:

“El Partido Nacional Fascista le da al Estado cuarenta y ocho horas para demostrar su autoridad.

Pasado este plazo, los fascistas reclamarán plena libertad de acción para prevenir, por cualquier medio, la huelga general ¡No permitiremos que los enemigos de la patria lleven a Italia al caos y la anarquía!

¡Perseguiremos a los subversivos dondequiera que estén al acecho!”.

Unas horas más tarde, Mussolini está en su oficina. Frente a él está Michele Bianchi, secretario del Partido Nacional Fascista. Francmasón, estudioso de la “psicología de las masas” en relación con los “líderes” –a los que el fascismo denominaba los Ras. Bianchi pasó del compromiso intervencionista al nacionalismo conservador, asumiendo posiciones marcadas por una suerte de realismo táctico que lo distinguió como el

más “Anti-extremista” entre los líderes del partido. Conoce a Mussolini desde 1911, cuando era un sindicalista y sus compañeros ya lo acusaban de predicar la revuelta social practicando métodos reformistas moderados; luego, en 1919, había tenido la audacia de oponerse a su “líder supremo” afirmando que en el naciente movimiento fascista había demasiados demagogos; y no se había limitado a eso, según él, las masas italianas no manifestaban tener la madurez necesaria para tomar el poder y por tanto debía formarse una nueva aristocracia, destinada a fundar un régimen totalitario tanto como “iluminado”. Mussolini, en lugar de marginarlo por sus teorías en marcado contraste con el ardor del siglo XIX, lo había apoyado considerándolo valioso como un gerente capaz de contener las presiones de los Ras más extremistas.

El Jefe está visiblemente nervioso, apenas se abstiene de gritar cuando exclama:

“Pero, ¡¿qué diablos está tramando Balbo?! ¿Es posible que haga todo lo que pueda para arruinar mi trabajo? Tenemos la oportunidad de entrar en el gobierno, la situación es muy delicada, y él... Maldito sea.

¡Desobedecer la orden de parar ha puesto patas arriba a media Romaña y ha servido de pretexto para la huelga general! ¿Es posible que no lo entienda, siendo uno de los mejores?”.

Bianchi entra y sale. Dice en voz baja:

“De todos modos, así es ahora, y tenemos que reaccionar. Los camaradas están dispuestos a intervenir en



todas las ciudades importantes donde se intente realizar la huelga general. La movilización se coordinó en todos los detalles, solo queda seguir”.

Mussolini está pensativo, reflexiona, tiene una expresión sombría y preocupada. Empieza a caminar por la habitación: en sus ojos tiene el rostro arrogante de Italo Balbo, y su maldita barba mefistofélica. Ese alborotador sabe muy bien, que él, el Jefe, odia las barbas, cualquier vello en el rostro lo considera un insulto personal, y él, en cambio, parece que hace adrede, cuando se encuentran, resaltar ese roce de cerdas fibrosas que lleva debajo de la barbilla.

Luego se detiene y, mirando a Bianchi a los ojos, dice:

“Estamos a un paso de tomar las riendas del país. Debemos demostrar eficacia, firmeza, determinación. Pero... hay que evitar los excesos y las imprudencias. Debemos representar para los italianos la imagen misma del orden y la disciplina. Después... mano de hierro, pero sin perder el control de la situación”.

“La huelga fallará” responde Bianchi. “Haberla conocido a tiempo nos permitió organizar la contraofensiva. Después de todo, no habrá muchas ciudades en las que nos lo hagan pasar mal. Tendremos que concentrar nuestros esfuerzos en Bari, sin duda, y también en Ancona y Génova, por no hablar de Livorno”.

Mussolini da una media risa, desdeñosa y desprovista de alegría, llena de odio y despecho:

“¿Es el aire del mar el que alimenta a los subversivos?”.

Bianchi dibuja una sonrisa a su vez y responde:

“Quizás. Pero no siempre. Por ejemplo, el mayor problema para nosotros será Parma”.

Mussolini siente un ataque de ira, se controla, se acerca a la ventana, examina el cielo gris de bruma sensual y se comenta a sí mismo:

“¡Sí, Parma! ¡Siempre Parma! Pero, ¿es posible que los emilianos<sup>4</sup> tengan que crear un sinfín de problemas, ya sea que estén conmigo o en mi contra? Parma de nuevo y ese maldito Picelli, es decir, ¡el gamberro del “Oltretorrente!”.

Luego, agrega en tono sarcástico: “El” honorable “Picelli...”.

Bianchi niega con la cabeza:

“Picelli nos está haciendo pasar un mal rato, pero el *quid* de la cuestión es la similitud entre los rojos y los autodenominados 'corridonios'<sup>5</sup>. De Ambris lleva un tiempo abiertamente en nuestra contra, su gente nos combate sin la menor demora y, como sabéis, ese cabrón tiene al Comandante de su lado”.

Mussolini resopla con impaciencia.

---

4 Parma es una ciudad universitaria situada en la región italiana de Emilia-Romaña. [N. d. T.]

5 Filippo Corridoni, fundador de la USI, tuvo posteriormente relaciones con el fascismo, aunque parece ser que nunca fue fascista. La Legión Proletaria Filippo Corridoni (corridoniani) luchó contra las escuadras fascistas de Italo Balbo en Parma, junto al Arditi del Popolo. [N. d. T.]

“Sí, el comandante de mis botas... que apedreó a D'Annunzio está pasando la marca. Pero tenemos que tener cuidado, mucho cuidado. D'Annunzio tiene demasiados seguidores como para permitirnos el lujo de descargarlo y enviarlo de una vez por todas a ese país. En Parma tenemos que comportarnos de una manera mucho más prudente que en otros lugares, y por varias razones: allí no tenemos cimientos sólidos, los nuestros son cuatro gatos, además de temerosos y políticamente desorientados, la ciudad está llena de subversivos y hasta el día de hoy no hemos podido obtener un apoyo claro de las autoridades locales, y ni siquiera el ejército de allí, tiene mucha simpatía por nosotros. En definitiva, todo aconseja posponer y evitar que el bubón reviente, sobre todo teniendo en cuenta el comportamiento provocador de D'Annunzio, que en Parma tiene muchos seguidores”.

“Eso no es todo”, continúa Bianchi, agitando las espinas y examinando al Jefe parece inseguro de qué palabras usar para decirle.

Mussolini permanece inmóvil, sigue observando la ciudad desde la ventana y espera a que Bianchi decida concluir.

“Hemos recibido noticias de algunos compañeros de Cremona. Aquí... Parece que Farinacci está organizando una expedición a Parma a lo grande, y sin consultarnos, sin que ninguno de sus miembros haya acordado los términos de la intervención. Además, según los datos que poseo, dudo mucho que para un simple trabajo de “convencimiento” para abortar el paro, sin que haya

necesidad de ametralladoras, carros blindados, morteros, granadas de mano y varias toneladas de municiones”.

Mussolini se vuelve con estudiada lentitud y mira a los ojos de Bianchi. Una vez más, sin embargo, parece mirar más allá del 'oscuro líder fascista'. Y en su rostro no hay sombra de sonrisa despectiva, ni de sarcasmo en su voz, cuando murmura entre dientes:

“Farinacci es un pobre imbécil. Si piensa crearme otros quebraderos de cabeza, tendrá que elegir: ¡O se doblega o lo rompo!”.

Bianchi aprieta los labios, baja la mirada y suspira: se convirtió en secretario gracias sobre todo a sus dotes organizativas y está trabajando duro para dotar al partido de una sólida estructura ideológica encaminada a imponer la primacía de la nación sobre la lucha de clases y sobre las divisiones entre el fascismo “urbano” y el fascismo “agrario”, entre los moderados de las grandes ciudades y los extremistas de las provincias. Pero incluso él, ahora, tiene dudas.

El partido tiene solo un año y ya atraviesa una crisis con resultados impredecibles, y espera que Mussolini, una vez más, pueda sacarlo de la tormenta.

Al mismo tiempo, le desgarran la conciencia que los Ras más destacados, como Balbo y Farinacci, serán útiles en caso de un futuro golpe de Estado; sin ellos fracasarían las movilizaciones de masas y teme que un enfrentamiento directo con el Jefe tenga efectos devastadores.

Mussolini reanuda su paseo por la habitación. Se repite a sí mismo, ignorando la presencia de Bianchi:

“Parma... Maldito Parma y ese montón de idiotas que se arriesgan a arruinarlo todo. A su debido tiempo, liquidaré las facturas pendientes, una por una. Pero mientras tanto, Parma está ahí. Maldito Parma”.

### III. PARMA LA ANÓMALA

*Parma encerraba dentro de sus húmedas murallas un laberinto de callejones, soportales, antros y caseríos llenos de pasión, violencia y generosidad. Guarida de anarquistas, sus tabernas siempre estaban llenas de rumores y canciones. Cuando ves algunas figuras oscuras, demacradas y angustiadas de gente común, con ojos somnolientos y siniestros, emerger de la oscuridad de las puertas, rápidamente te das cuenta de que en ese clima el microbio del “Ochenta y nueve” está furioso.*

BRUNO BARILLI, “Il paese del melodramma”.

El Oltretorrente nació y se desarrolló como un asentamiento de migrantes, campesinos sin tierra que llegaban a la ciudad de todas partes con la esperanza de sobrevivir al hambre, la pelagra, la malaria. El alma y el corazón más generoso de Parma, por lo tanto, se originó de una mezcla de diferentes pueblos, principalmente del campo y de las montañas de

Parma y Lunigiana, a las que los descendientes de mercenarios irlandeses, escoceses y otros territorios de Europa golpeados por hambrunas, les llevaron a emigrar, cuando practicaban una de las dos profesiones más antiguas del mundo, la de soldado de fortuna. Existían las denominadas zonas de “Escocia” y “Suiza”, y uno de los Arditi del Popolo que en el '22 luchó en las barricadas se llamaba Enrico Griffith, cuyos antepasados eran irlandeses que llegaron a Parma entre los siglos XV y XVI deambulando de una hambruna a otra. Por eso el Oltretorrente ciertamente no cultivó mitos fatuos como el de María Luigia<sup>6</sup>, sino la práctica cotidiana y directa de aceptarse, respetando las diferencias de costumbres y hábitos, superando el desprecio atávico del “ciudadano” en contra del “campesino”, en ese crisol de inmigrantes que llegaron de mil lugares diferentes en el lapso de medio millar de años, unidos por la dignidad de los miserables que nunca inclinan la cabeza y se rompen la espalda día y noche. Los jornaleros, los “scariolanti”, se despertaban a medianoche para poder llegar a trabajar al amanecer, y paradójicamente el Oltretorrente cobraba más vida a esa hora que a mediodía, resonando con pasos y chirridos de ruedas, saludos y llamadas, maldiciones y murmullos de oraciones... A medianoche hasta los sueños hacían ruido en las casuchas del Oltretorrente, sueños de redención que mantenían la sangre y las venas en ebullición perenne.

Mientras los señores escribían en las paredes –y que supieran escribir denotaba un cierto nivel social– “Viva

---

<sup>6</sup> Se refiere a María Luisa de Austria, emperatriz consorte de los franceses, reina consorte de Italia, y duquesa de Parma y Plasencia. [N. d. T.]



V.E.R.D.I.”, es decir, Vittorio Emanuele Re d’Italia<sup>7</sup>, siempre fueron los plebeyos semianalfabetos los que arriesgaron su cabeza a la hora de participar en batallas callejeras con los ocupantes austríacos. Entonces, los señores empezaron a disfrutar de los frutos de su nueva condición de súbditos bien alimentados de los Saboya, pero para los habitantes del Oltretorrente se trataba de apretarse aún más el cinturón. Los fuertes impuestos estatales los golpearon con fuerza, el impuesto sobre la tierra fue una infamia, y en pocos años los aparceros se vieron tan endeudados y reducidos a las calles que se convirtieron esporádicamente en jornaleros. El Saboya necesitaba dinero para fortalecer el ejército y crear la estructura del nuevo reino, y la devastadora crisis agraria duró desde 1883 hasta 1896, relegando a la miseria a una multitud de recién desposeídos. En 1898 se fundó el primer círculo socialista de la provincia, y a partir de 1901 comenzó a consolidarse un vasto movimiento de cooperación y ligas, tanto para el trabajo como para el consumo. Y llegamos a 1908, año de la masiva huelga sindical que hizo temblar a los terratenientes y los convenció de que la mecanización del trabajo del campo resolvería todos sus problemas: más trilladoras, menos salarios... Los parados aumentaron, y la única esperanza de sobrevivir era intentar el trabajo de un artesano mudándose a poblaciones urbanas.

Si en la ciudad los sindicalistas revolucionarios liderados por Alceste De Ambris pasaron del 'antimilitarismo' a la ilusión de

---

<sup>7</sup> Este acróstico se originó en la década de 1850 en la Venecia ocupada por Austria, refiriéndose tanto a Verdi, el compositor, del que se tomó el coro de esclavos *Va pensiero*, de Nabucco, como un canto nacional, así como para reivindicar a Víctor Manuel II de Saboya.

la 'guerra revolucionaria', ganando un gran número de seguidores, en el campo los campesinos seguían mirando con recelo ese resplandor de entusiasmo de uniformes y banderas gris verdosas, incluso tricolores; de hecho, si el conflicto hubiera favorecido al menos el pleno empleo, en parte, porque muchos brazos fueran a cavar trincheras, y luego porque las órdenes de guerra involucraban no solo a la gran industria sino también a muchas pequeñas y medianas empresas a partir de ese momento, desde las conserveras hasta sastrerías para uniformes, los dolores empezaron de nuevo con el armisticio. Aparte de que a partir del otoño de 1920 la depresión económica habría afectado también a Italia junto con el resto de Europa, desde 1918 el cese de las órdenes de guerra vació las industrias y las menos sólidas tuvieron que cerrar sus puertas. Los veteranos regresaron en grupos, y en la mayoría de los casos representaron otras bocas para alimentar en familias ya afectadas por la falta de trabajo.

Solo en Parma, de sesenta mil personas regresadas, las desempleadas eran unas dos mil, además de los mil setecientos huérfanos a los que se les aseguró un mínimo de asistencia: la administración municipal estaba tratando de frenar esa marea creciente de problemas con una serie de obras públicas para emplear la mayor cantidad de mano de obra posible, pero pronto la falta de fondos y los subsidios gubernamentales que no llegaron, bloquearon las buenas intenciones. Y el prefecto irrumpió en los ministerios con relaciones sentidas, solicitando intervenciones y préstamos para evitar “los disturbios causados por el grave malestar social”.

Si muchos tomaron el camino sin retorno que, en las cubiertas de los barcos, los llevó a América, muchos otros, la mayoría, exigieron que las grandilocuentes promesas de prosperidad y democracia que se hicieron en su momento para convencerlos de luchar, fueran ahora hechas realidad. Pero a medida que la situación empeoraba cada día, es fácil comprender cuán decepcionados y enojados estaban los veteranos, y cuánto arraigaron los ideales revolucionarios de la lejana y desconocida Rusia.

Si para los anarquistas ciertas quimeras duraron poco tiempo, y de las represiones moscovitas sacaron linfa para confirmar sus ideales libertarios, para muchos otros se convirtieron en un fin a alcanzar a toda costa.

## IV. EL INCANSABLE PICELLI

En una taberna del Oltretorrente, un hombre se despide con la mano y está a punto de marcharse. Intercambia una última broma con el posadero, recriminándole amablemente por elegir un sangiovese<sup>8</sup> con menos cuerpo que la añada anterior, y no admite respuestas del grupo de amigos a los que paga la copa.

Alguien intenta convencerlo de que se quede porque, por una apuesta perdida, ahora el casero tendría que sacar una botella de su reserva personal, pero es tarde, tiene que irse a casa si quiere terminar de leer ciertos documentos antes de dormir sacando lo mejor de ellos. Sale y los ruidosos gritos se desvanecen en el silencio del pueblo y de la noche.

El hombre va vestido de negro, desde el sombrero o hasta los zapatos, la corbata que resalta contra el blanco de la camisa también es negra; viste un traje gastado pero decoroso, lleva

---

<sup>8</sup> La sangiovese es una variedad de uva de vino tinto. Su nombre deriva del latín sanguis Jovis (la sangre de Júpiter). Es abundante desde el centro al sur de Italia, desde Romaña al Lacio, Campania y Sicilia. [N. d. T.]

consigo un robusto bastón que se puede usar como garrote si es necesario, tiene un bigote bien arreglado, una mirada intensa, aguda, iluminada por destellos de ironía que a menudo contrastan con la seriedad de su expresión. Es Guido Picelli.

Camina por los callejones de la Parma Vecchia, y los pocos transeúntes que todavía le rodean lo saludan quitándose el sombrero o la gorra: todos en el Oltretorrente lo aprecian y están ansiosos por demostrarlo.



Guido Picelli

\*\*\*

*Guido Picelli. ¡Le queríamos con el alma! No era solo estima por su incansable compromiso y absoluta disponibilidad. También era cariño, porque Picelli tenía un corazón muy grande, de una generosidad sin límites. Veréis, a diferencia de muchos, en el Oltretorrente, Picelli no nació pobre: su padre, Leonardo, era cochero, es decir, tenía un trabajo digno.*

*Guido nació el 9 de octubre de 1889, en una casa donde no se esquiaba pero no faltaba pan. Su padre decidió que debía ser relojero y Guido, de niño, demostró que sabía llevarse bien con los engranajes que marcan el paso del tiempo.*

*Pero tenía otras cosas en mente. No estaba preparado para estar encerrado en una tienda durante doce horas al día. El teatro fue su gran pasión. Y un día lo dejó todo, el trabajo de aprendiz y la familia, para irse con una compañía callejera.*

*¡Sabes, se dijo que incluso intervino con el legendario Ermete Zacconi! Quién sabe, es probable, porque tenía los ingredientes de un actor. Eso sí, no es que haya actuado alguna vez en la vida, al contrario, aunque era un tipo jovial con un chiste rápido, era todo lo contrario de un guasón de espíritu histriónico. No, no. Pero para Guido, el teatro seguirá siendo siempre el primer amor que nunca se olvida.*

*Sin embargo, en aquellos días la profesión de actor no se veía como hoy: un actor parecía un vagabundo, un*

*temerario que en realidad no quería trabajar. Entonces, sus padres convencieron a Guido de que volviera a casa a Parma y volviera a arreglar relojes. Incluso en esto logró sobresalir.*

*En resumen, el reloj del ayuntamiento había estado parado durante años. Muchos habían intentado arreglarlo, pero no se pudo hacer nada: giraba durante unos minutos y luego volvía a bloquearse. Bueno, Picelli lo intentó también. Buscó durante horas y horas entre los engranajes, el polvo, las telarañas y las palomas. Para él, no existía la palabra "rendición". Picelli nunca se rindió frente a nada ni a nadie. Bueno, de pronto, a las doce, ¡doce campanadas! Los transeúntes se detuvieron, sacaron su reloj del bolsillo y comprobaron. Esa vieja cosa oxidada se había roto y estaba dando la hora exacta en el momento adecuado Cosas que no te creerías; incluso hubo alguien que empezó a aplaudir cuando Guido miró desde allí arriba y agitó su sombrero para saludarlos. Entonces... eh, luego estalló la guerra. La Gran Guerra que solo tuvo grande la carnicería de los pobres. Picelli fue al frente, aunque pretendiera ser camillero, y girar entre las balas y las granadas; la metralleta, como se decía esos días, con una cruz roja en el casco. Nada, lo enviaron al frente. Y Picelli demostró que no era por miedo por lo que quería evitar la trinchera.*

*Obtuvo el grado de teniente e incluso recibió una medalla de bronce. Era joven, sí, pero no para la época y la situación: a los veintiséis años, para los demás soldados, parecía un hombre adulto, un veterano.*

*Quizás él también, como tantos rebeldes obligados a llevar uniforme, pensó que la guerra conduciría a una revolución, y que después de derrocar a las Potencias Centrales, la lucha continuaría contra la injusticia en nuestro país, contra los tiburones, hambrientos de nuestro pueblo. Entonces, cuando llegó a casa, puso su cuerpo y alma en la lucha por lo que creía. Y volvió a enamorarse de Parma, su Parma, esta ciudad partida en dos como Italia, ya sea de este lado o del otro lado del foso, a ambos lados del torrente.*

*Picelli nunca se cansaba, era un organizador nato. Pero no un líder, no un demagogo, no. Picelli supo dirigirse a la gente con espontánea sencillez y se esforzó al máximo por superar las diferencias y los sectarismos.*

*Gastó todas sus energías en la unidad de los trabajadores, una empresa difícil, hoy como siempre. Baste decir que en Parma había cuatro ramas de organizaciones sindicales, a menudo en abierto conflicto entre sí: la Cámara de Trabajo de Borgo delle Grazie reunía a los sindicalistas revolucionarios de Alceste De Ambris, los llamados "corridoniani" en ese momento acalorados intervencionistas, mientras que los neutralistas habían formado la Unión de Parma de Borgo Rossi, a la que se adhirieron los anarquistas y una pequeña parte de los comunistas de la época... Entre otras cosas, la sede de Borgo Rossi permaneció hasta abril de 1921, cuando los fascistas le prendieron fuego. En cambio, los socialistas convergieron en la Cámara Confederal en la calle Imbriani, y los populares en la Unione del Lavoro, en Borgo*



*Tommasini. En definitiva, realmente había mucho trabajo por hacer, un esfuerzo sobrehumano para Picelli que creía en la necesidad de permanecer unidos y se dedicó en cuerpo y alma a esta misión. Los fascistas, que eran un revoltijo muy variado, al final del día siempre se encontraban compactos, mientras que nosotros, que éramos numéricamente una marea, encontramos nuevas razones para la división en cada hora del día y de la noche, y por si eso no fuera suficiente, también desempolvamos los viejos odios que nunca habían desaparecido.*

\*\*\*

Picelli celebró una reunión en el campo de Fontanelle, un centro agrícola de la zona del Bajo Parma que cuenta con una larga tradición de luchas campesinas: aquí se fundó el primer Club Socialista de toda la provincia en 1898, que a partir de 1901 desarrolló un gran movimiento de ligas y cooperativas. En el corral de una granja a pocos kilómetros del punto donde el Taro desemboca en el Po, Picelli habla con una pequeña multitud de trabajadores que se apiñan alrededor del púlpito improvisado:

“¡El fascismo no es un fenómeno nacional, sino internacional! ¡Es la reacción de la burguesía que se ha enriquecido enormemente con la producción de guerra y ahora intenta reprimir las demandas de una población moribunda! ¡Cuatro años de guerra! Cuatro años de

atrocidades militares y opresión, toda libertad de pensamiento, prensa y organización prohibidas durante cuatro largos años. Luego, las promesas fallidas de la posguerra, el engaño del gobierno hacia quienes lo sacrificaron todo y lo dieron todo: juventud, salud, la misma vida, ¡para defender las tierras de los amos!”.

Picelli, de noche, en el modesto piso del Borgo Bernabei 71 abarrotado de libros y papeles también amontonados en el suelo, está sentado a una mesa iluminada por una lámpara de aceite, moja el plumín frenéticamente en tinta y escribe, impregnado de una pasión febril:

“La especulación más indigna y criminal es la ejercida por los *tiburones* que han acumulado riquezas sobre la sangre de los combatientes, y al final, aquí está el resultado: personas mutiladas, discapacitadas y tuberculosas forzadas a la pobreza y al hambre, que determinan un estado de espíritu y un descontento que necesariamente lleva a una rebeldía espontánea, natural, justa y sacrosanta...”

Otro mitin en el campo, esta vez cerca de Busseto, entre los campesinos que luchan por la aplicación de las tarifas salariales y una serie de jornadas laborales garantizadas, que los terratenientes, luego de una serie de huelgas, pretendieron aceptar mediante la firma de un contrato comercial que nunca respetaron, recurriendo a mano de obra mal remunerada traída de otras zonas rurales donde la presencia de sindicalistas era menos extendida e incisiva. Poner a los pobres contra los pobres es el “frente nuevo”, tan viejo como el mundo, y maniobrando dentro y detrás de las líneas están los habituales

emboscadores, los *tiburones*. Entre los jóvenes trabajadores desempleados hay numerosos veteranos de guerra: rostros que parecen muchos años mayores de lo que son, miradas endurecidas y sombrías de quienes se sienten doblemente traicionados, primero como soldados y luego como granjeros.

“Supresión de toda libertad, retorno a la esclavitud”, dice Picelli, “esto es lo que se esconde detrás de la bandera tricolor, esto es en lo que consiste su amor a la patria, j este es el verdadero objetivo que el fascismo pretende alcanzar! En Italia hay enormes extensiones de tierra sin cultivar y por recuperar, pero por “amor a la patria” los campesinos desempleados se dejan languidecer en la miseria y el grano se compra en el extranjero. Estalló la guerra y tuvimos que ir a defender la patria, pero la burguesía ha desertado cobarde y legalmente en masa de las trincheras, emboscándose en la retaguardia y en la ciudad y ¡mandando masacrar a los campesinos!”

No muy lejos, guardias reales, carabinieri y una cortina de soldados se alinean: siguen la manifestación de los campesinos y por el momento no parecen dispuestos a intervenir.

“¡Yo también les hablo a ustedes, hombres de uniforme! El patriotismo industrial fue aún más lejos: mientras había combates en el frente, los carros de desperdicios de seda y otros materiales salieron de Italia, que a través de Suiza llegaron a Alemania, para la fabricación de algodón de pólvora y municiones. ¡Se suministraron armas al enemigo para que las usara contra los soldados italianos! ¡Eso es lo que quieren decir con

'patria'! Pero para quien trabaja y produce, la patria es otra. Es lo que los obliga a emigrar por negarse el trabajo a quienes lo piden, lo que lleva al suicidio para acabar con el sufrimiento, que condena a muchas vidas jóvenes a la tuberculosis por mala e insuficiente alimentación y por vivir en tugurios insalubres, y a quienes, tras los sufrimientos sin precedentes en las trincheras, se corresponde con golpes y golpes.

¡Esa es la patria ingrata, madrastra, que no podemos ni sentir ni amar!”

\*\*\*

*Picelli nunca descansó y nunca se rindió. Con otros veteranos fundó la Liga Proletaria en Parma, que, si se refería nominalmente a los socialistas, aquí también incluía a anarquistas y sindicalistas revolucionarios. La Liga Proletaria se convirtió en pocos meses en una organización de masas, basada en la solidaridad y la visión de clase común. En la práctica, además de ayudar a los mutilados y discapacitados, y a sus familias reducidas a la pobreza, hizo todo lo posible por encontrar un trabajo para los veteranos y obtuvo tantos seguidores que muchos la vieron como el núcleo del que se originaría el ejército obrero, la milicia armada de los proletarios. Mientras tanto, Picelli reiteró que las huelgas de protesta no eran suficientes, era necesario organizar un movimiento revolucionario que no*

*se limitara a las demandas del momento. Por supuesto, la Liga cubrió las necesidades inmediatas de los oprimidos, pero al mismo tiempo luchó en el campo sindical y no se contuvo a la hora de enfrentarse a las fuerzas represivas. Y cuanto más se intensificaban las acciones de los fascistas, más urgente e indispensable le parecía a Picelli, la constitución de grupos armados de autodefensa. Así nacieron los Guardias Rojos, que luego se fusionaron en los Arditi del Popolo.*

*Los fascistas rechinaron los dientes, escupieron hiel y amenazaron con romperlos, pero no pudieron tocarlos, porque en Parma había pocos y rara vez se atrevían a sacar el hocico, y en todo caso, cuando de vez en cuando pedían ayuda a un grupo de la provincia, a su “gente de los pueblos”, Parma estaba lista para defenderse y defender a sus mejores hombres. El gobierno, sin embargo, no se mantuvo al margen, al contrario. En junio de 1920 se produjeron las grandes manifestaciones contra el envío de tropas a Albania y por mantener la base de Valona como puesto de avanzada de la colonización más allá del Adriático, Guido Picelli fue detenido acusado de haber participado en las acciones de sabotaje contra la salida de los granaderos.*

## V. CÁRCELES PATRIAS

Picelli es llevado a prisión. En la minúscula celda, mantenida en aislamiento, conserva la compostura digna que lo distingue: el bigote bien arreglado, las mejillas y la barbilla afeitada cada mañana, y dedica su tiempo a la escritura.

“Cuando todos los derechos son pisoteados y todos, sin distinción, socialistas, comunistas, anarquistas, están bajo un suplicio continuo, incesante y sometidos al mismo martirio, golpeados por el mismo palo, es necesario silenciar las posiciones partidistas. Basta de las académicas e inútiles discusiones sobre esta o aquella 'dirección política'...” Pasan días, semanas, meses. Desde la “boca del lobo”, la ventana hasta la rendija rodeada de rejas y demasiado alta para pasar por alto el mundo exterior, Picelli observa el cambio del cielo: la luz del día y la oscuridad de la noche, el azul de la primavera y el blanco brumoso del verano, el gris oscuro del otoño y la luz de una nevada invernal, y luego, de nuevo, la primavera. Un día, el carcelero desliza la enorme llave de latón en la cerradura en un momento inusual, lejos del momento de la ración y del corto paseo circular en el estrecho patio, abre la puerta y la

reja con enloquecedora lentitud, y sin mirar a la cara le informa que lo están esperando para charlar. Picelli está perplejo: el encuentro semanal con familiares lo hizo hace unos días, no tiene derecho a otros. Pero acostumbrado a no dar satisfacción a sus captores, sigue al guardia sin decir nada, después de ponerse su chaqueta cada vez más gastada y reluciente por el uso.

En la sala de la prisión, Picelli charla con un hombre bien vestido, con carpeta de cuero y la apariencia del funcionario de partido que en realidad es. Picelli, que en la situación en la que se encuentra no suele permitirse sonreír, de repente tiene una expresión entre divertida e irónica, y se ríe sin regocijo, diciendo:

“¿Igual que...? ¿Hablas en serio? ¿Yo, un diputado en el 'parlamento real italiano'? ¡Pero por favor!”

El otro, muy serio, responde:

“Por supuesto. Pero no es el Partido Socialista el que lo quiere, créame. Es la gente de Parma Vecchia, la gente de los pueblos del Oltretorrente, tu gente, Picelli, quienes quieren elegirte para sacarte de aquí. No hay otra opción. ¡Si te eligen, te tendrán que poner en libertad!”.

Picelli regresa serio y pensativo.

\*\*\*

*La mayoría de los habitantes del Oltretorrente ni siquiera habrían ido a votar. Aparte de los anarquistas, que no reconocían el principio de delegación, la gente de los pueblos no creía realmente en ello; no tenía fe en el Parlamento. ¿Y cómo se puede culpar a aquellas personas que, descendientes de duques, austriacos y saboyanos, habían recibido la misma suerte de sufrimientos y sueños frustrados? Pero para Picelli, para sacar a su amado Guido de la cárcel, todos hicieron fila y votaron por él: trabajadores con ropa gastada pero limpia, jóvenes proletarios con la gorra bajada de lado, ancianos en mal estado, inestables, apoyados por la familia; miembros que dieron las últimas recomendaciones sobre dónde poner el papel sin equivocarse, rostros ahuecados y sufrientes, los que tosieron por tisis, los que maldijeron contra el gobierno ladrón, los que callaban esperando realizar un rito desconocido. Rostros de pobreza digna y orgullosa, que acudieron a votar por Picelli porque, en el horizonte, no había ningún rayo de revolución que pudiera abrir las rejas de la cárcel.*

*Fue un triunfo. Se formó una marea en la sede de Parma Vecchia, en la provincia y también en otros distritos, tanto es así que el llamado “voto de protesta” inesperadamente hizo saltar al Partido Socialista, esperando confirmar su fuerza, y sin embargo no se dieron cuenta, o al menos no quisieron darse cuenta; sus líderes solían lidiar con el enemigo, afirmando que esos eran votos rebeldes, cruces de lápiz colocadas de vez en cuando por manos que en*



*realidad era más probable que sostuvieran un rifle en lugar de un lápiz.*

*Por eso, los parmesanos de los pueblos, que desconfiaban de los partidos y de cualquier institución, libertarios y refractarios a la autoridad por instinto, lo eligieron diputado sin siquiera tocarles la idea de que en el parlamento pudiera resolver algo, sino porque era la única forma de tenerlo a él de vuelta entre ellos.*

## VI. “BELA GENTA C'HA GODA E INTANT LA SUDA...

### PAR NA SIRA, L' E' ANDADA IN PARADIS”.<sup>9</sup>

El carcelero abre la puerta de la celda, mira hacia afuera, mira a Picelli y murmura entre dientes:

“Honorable Picelli, puede salir”.

Picelli lo mira sin mostrar ninguna reacción.

La pesada puerta se desliza sobre bisagras chirriantes. Afuera, Picelli es inmediatamente rodeado por una multitud y llevado triunfante, entre vítores y gritos, en medio de un mar de banderas.

---

<sup>9</sup> Poesía de Renzo Pezzani sobre una velada en el teatro Regio, titulada “Danno L’Otello” (Dañan el Otelo) en torno al teatro donde el pueblo celebra su apego a la ópera Otelo de Giuseppe Verdi. Está escrito en dialecto parmesano, y el extracto pertenece a sus últimos versos: Bela genta ch’a goda e intant la suda, / mo la gh’è viäda e ’n gh’è gnanca davis. /Pär na sira l’è ändàda in Paradis. /Al spetacol l’è fnì e al Regio ’l s’vuda. (Gente sana que disfrutó mientras sudaba, / pero ella, acostumbrada, no le prestó atención. / Por una noche alcanzó el cielo. / El espectáculo ha terminado y el Regio está vacío.) [N. d. T.]

Está confundido, emocionado, aturdido, camina por las aldeas de Parma: la luz lo deslumbra, los gritos lo ensordecen después de un largo tiempo en la soledad y el silencio, y ahora, de repente, se siente abrumado por una vida que vuelve a palpar con fuerza.

En las ventanas hay banderas, mantas, cortinas, todo lo que pueda manifestar la satisfacción por esa venganza de los derrotados de todos los tiempos sobre la soberbia de los poderosos de turno. Le brillan los ojos: lágrimas de gratitud, que permanecen allí, velando su mirada ardiente, y no se deciden a fluir hacia abajo, y mientras tanto su boca se abre de par en par en la sonrisa cordial que todos reconocen, que todos extrañan desde hace mucho tiempo, años. Sí, piensa, hay mucho trabajo por hacer y he perdido demasiado tiempo en ese agujero fétido. Pero ahora todo empieza de nuevo, y esta gente, mi gente, tiene un corazón tan grande como nuestra llanura. A veces pensaba que la felicidad, si alguna vez hubiera aparecido en mi vida, no la hubiera podido reconocer, pues nunca antes la había visto... Pero ahora lo sé: es estar juntos y luchar juntos, es estar lado a lado, codo a codo en la plaza y en las barricadas, es luchar por un ideal y experimentar esa rara embriaguez que da la unión entre seres humanos en una misma línea de fuego, enfrentados por un ideal común. No hay nada tan intenso que puedas experimentar en la vida.

Esa noche del 18 de mayo de 1921 se celebrará un memorable concierto en el Reynach. Los amigos le muestran a Picelli el cartel que lo anuncia, y él, ya desconcertado por la bienvenida recibida, parece no creer lo que ve:

“¡Pero este es un día milagroso! Si pienso en lo que me dolió estar en la cárcel, hace apenas un par de semanas, cuando Toscanini dirigió la “Séptima” de Beethoven en la Regio, ¡y yo encerrado allí! ¡Y también me estaba perdiendo a Váša Příhoda”.<sup>10</sup>

Luego, se congela y mira a sus amigos, con una repentina expresión de preocupación.

“Oh, pero ya han vendido todas las entradas...”

“Puedes jurarlo”, responde uno de ellos. “Pero que te liberarían de la cárcel, ya lo sabíamos desde hace unos días”. Y haciendo un gesto de mago, saca del bolsillo una entrada para el concierto de la noche. “No te preocupes, Guido, que hemos pensado en ti”.

Váša Příhoda nació en el siglo XX, en 1900. Guapo, rubio, encantador, a los veintiún años ya lo consideraban una leyenda viviente. El joven violinista bohemio había debutado a los trece años, y un día, en el Caffè Grand'Italia de Milán, Arturo Toscanini reparó en el estuche bajo el brazo de ese chico de mirada profunda y melancólica, que estaba sentado solo en una mesa mirando al vacío: instintivamente, le pidió que “tocara algo”. Se decía que Váša Příhoda era capaz de

---

10 Arturo Toscanini (Parma, Reino de Italia, 25 de marzo de 1867-Nueva York, Estados Unidos, 16 de enero de 1957) fue un director de orquesta italiano, considerado por muchos de sus contemporáneos (críticos, colegas y público en general) y por muchos críticos de la actualidad como el más grande director de orquesta de su época y del siglo XX.

Váša Příhoda (22 de agosto de 1900 -26 de julio de 1960) fue un violinista checo y compositor menor. Considerado un especialista de Paganini, su grabación del Concierto para violín en La menor de Dvořák sigue siendo elogiada. [N. d. T.]

interpretar cualquier pieza al doble de la velocidad de cualquier otro gran violinista de la época, y su magistral virtuosismo, combinado con un caprichoso gusto por la interpretación, le valió el aprecio de Toscanini, quien ciertamente no estaba inclinado al entusiasmo fácil.

Esa noche iba a dar un concierto en solitario.

\*\*\*

*Hay que hacer un esfuerzo de imaginación, porque la gente de los pueblos de Parma Vecchia, era una especie de comunidad que quizás no tenía igual en el resto de Italia... Basta pensar que, a pesar de la miseria, Oltretorrente no se habría resignado sin la representación, aunque eso hubiera significado quedarse sin comer durante días. Sí, en Parma, el pobre iba al teatro y ¡ay del que se lo tocara! Como decía un poeta, “Bela genta ch'a goda e intant la sudda... Par na sira, l'è andata in paradis”.*

*En la ciudad había siete teatros, que se llenaban por las noches a precios populares, duplicando la función. La Regio contaba oficialmente con mil doscientos cincuenta asientos, pero en febrero de 1922, para el “Otelo” de Verdi, ¡se vendieron incluso mil novecientos setenta y cuatro entradas! Bien. Sucedió que la gente del Anfiteatro se apiñaba, al fin y al cabo, eran personas delgadas con culos vanos, todo nervios piel y huesos, no tiburones bien*

*alimentados como entre las butacas. ¡Y nuestro Anfiteatro de la ópera, era el más temida del mundo! Si te silbaban en Parma, era terrible. Pero si los del Oltretorrente te aplaudían... ¡a estas alturas significaba que el éxito estaba asegurado en el resto del país! Bueno, no en vano salió de aquí Toscanini.*

*Por supuesto, el Verdi era el más popular y sigue siéndolo así, aquí entre nosotros, pero en el Centrale, el Lux, el Reynach o el Edén también asistíamos a conciertos, comedias, incluso a ver magos e ilusionistas. Sin embargo, tratad de entenderme, no era una manía de los pobres el escuchar por una noche estando a la altura de los ricos... no, era algo mucho más profundo, una especie de identificación entre la vida y la música, nos regocijábamos y sufríamos junto a los personajes del escenario y nos sentíamos unidos por una pasión común; ir a la ópera era el momento mágico de los sentimientos comunales, que también representaban la solidaridad de la vida cotidiana de los pueblos, y apiñarnos en la Galería nos daba esa sensación de sentirnos unidos, de compartir algo heroico y dramático. Y luego, reencontrabas esa gran pasión paseando por el Oltretorrente en cualquier momento, cuando oías arias silbadas o tarareadas; y no os digo en la taberna, donde todo era un coro de melómanos con el corolario de vasos y gritos por las notas discordantes de esto y aquello. Incluso sucedía que oíamos a locos hablar a golpes sobre citas de ópera. No exagero, todos se las sabían de memoria, con las consiguientes discusiones antes y después, sobre cómo será y cómo había sido.*

*Ah, que extraño me parece, contarlo ahora, hablar de esas personas que sudaban y escupían sangre y se levantaban tres o cuatro horas antes del amanecer, y que, sin embargo, en la noche de un debut los encontrabas a todos ataviados con las mejores ropas que tenían. Olían a jabón. Ese 'olor a jabón puro que había en el aire' que nunca olvidaré, orgulloso de estar allí y ansioso por compartir las emociones, pero listo para no perdonar ni un atisbo de octava por debajo del debido. Porque de hecho éramos despiadados, y ¡ay de quien decepcionase a la Galería de Parma! Y lo más terrible que le podía pasar a un tenor o a una soprano era escuchar a los de allá arriba que se echasen a reír: la risa, sí, la risa fuerte quedó como el peor de los castigos para los que desafinaban no solo con la voz, sino también con una total y absoluta falta de emoción en la interpretación. En comparación los abucheos no eran nada. Sin embargo, si el Anfiteatro los animaba... ah, qué satisfacción, lo leías en su cara y sabías que lo recordarían de por vida.*

\*\*\*

Cuando se apaga el eco de la última nota, hay un momento de silencio cargado de tensión: Váša Příhoda todavía tiene el violín apretado bajo la barbilla, su cabello rubio despeinado cubre su rostro. Mira hacia la galería. Y en el instante en que agarra el violín y lo levanta en alto, el estruendoso aplauso

estalla. Incluso Picelli, de pie, aplaude e intercambia asentimientos con el público circundante. Ciertamente no estamos en la Regio, y sobre todo falta el encanto de las voces, de la orquesta, de las grandes historias, el encanto que sufre el verdadero melómano. Picelli recuerda la reapertura de la Regio después de los años de guerra, con el “Rigoletto”, y más recientemente, el día 18 y 20 de febrero, la “Aida” dirigida por el joven Tulio Serafín, Irma Viganò en el papel principal. Sin embargo, incluso aquí hay música, hay pasión, está el encanto del virtuoso, la singularidad del intérprete que entra en el fervor popular y se convierte en una estrella.

Váša Prihoda no tendrá tiempo para descansar en el vestuario. La multitud lo vitorea, nunca deja de aplaudir con un ritmo crescendo y exige su presencia. El joven violinista no se deja rogar, y una vez que está entre el público del Reynach, es cogido por innumerables manos y llevado en triunfo. Picelli y sus amigos también siguen la procesión que se dirige al hotel donde se hospeda el violinista: continúan las celebraciones por su liberación y se fusionan con las ovaciones a Prihoda, quien, una vez de regreso en su habitación, sigue escuchando el clamor en la calle. Entonces decide abrir la ventana y mirar hacia afuera: abajo, la gente del pueblo, mezclada con los “señores”, se pela las manos. Prihoda desaparece por un instante, regresa con el violín pegado a la barbilla, y en este punto cae el silencio absoluto. Desde la ventana del hotel, las notas del “Trillo del diavolo” de Tartini<sup>11</sup> se expanden sobre el

---

11 La Sonata para violín en sol menor, más conocida como El trino del diablo, es una obra para violín compuesta por Giuseppe Tartini. Es famosa por el virtuosismo que exige del intérprete. Es la composición más conocida del compositor. La historia es contada en el Voyage d'un François en Italie de Lalande: Una noche, en el año 1713 soñé que había hecho un pacto con el diablo por mi alma. Todo salió como yo deseaba: mi nuevo siervo



centro de Parma, haciendo que los ojos brillen de emoción. Al final, el rugido del público parmesano sacude los cimientos de la plaza.

Ya es tarde en la noche cuando Picelli camina hacia la taberna, charlando con un grupo de compañeros. El entusiasmo por el concierto y el bis improvisado al aire libre aún no se ha extinguido, pero pronto la realidad prevalece sobre los placeres de la música.

“Por suerte estás de vuelta aquí con nosotros”, le dice un amigo a Picelli, hablando preocupado, “porque han pasado muchas cosas en un año. Y buenas, pocas, Guido, muy pocas”.

Otro agrega:

“Habrás oído que en abril los fascistas intentaron una escaramuza. Los bloqueamos en el Naviglio, se dispararon algunos tiros y volaron granadas de mano, tres horas de batalla, pero al final volvieron por donde venían”.

“¿Gente de la zona?” pregunta Picelli.

“Para nada, aquí los fascistas son los habituales cuatro desesperados que si sacan la nariz saben cómo acaba.

---

anticipó todos mis deseos. Entre otras cosas, le di mi violín para ver si podía tocar. Qué grande fue mi asombro al escuchar una sonata tan maravillosa y tan hermosa, interpretada con tan gran arte e inteligencia... [N. d. T.]

En abril lo intentaron con refuerzos de media región, y también llamaron a los del Veneto y Lombardía. Nos rodean, Guido. Ahora estamos sitiados”.

Picelli asiente con el ceño fruncido. Lo peor está por llegar.

## VII. TUTORES DEL ORDEN

Desde el 21 de agosto de 1920, el prefecto Vittorio Serra Caracciolo se instaló en Parma. Un año más tarde, en el verano de 1921, el ahora primer ministro Ivanoe Bonomi decidió enviar una “solicitud por escrito” a la prefectura de Parma para adoptar una actitud menos parcial y partidista hacia los escuadristas de la provincia. Serra Caracciolo ni siquiera intentó negar su connivencia con los sectores más violentos del fascismo, al contrario, respondió acusando a los socialistas de haber “realizado una campaña de denigración contra los miembros de las 'Arma dei Carabinieri' durante años, por lo que, en su opinión, era “presuntuosa la pretensión de ser defendidos por aquellos agentes a los que habían insultado y convertido en objeto de violencia”.

La “raza superior” de Parma había olido el aire y olía el aroma de la venganza: mientras el fascismo tomaba forma ahora como la fuerza de ataque para salvaguardar los intereses de los agrarios e industriales, en los grandes polos productivos del Norte, el empleo estaba fallando. Las fábricas y el declive de las

luchas obreras, golpeadas por la reacción, eran dispersadas por un crescendo de agresiones, atacadas por las fuerzas del orden y desgarradas por divisiones internas en muchos casos incurables. El espíritu solidario ya no bastaba, la masa de desocupados favorecía los comportamientos individuales dictados por la pura necesidad de alimentar a la familia, y esto provocó el inexorable debilitamiento de las organizaciones sindicales. Los municipios ya no pudieron garantizar las contrataciones que actuaban como “redes de seguridad social”, y Parma, en febrero de 1921, ya estaba, obligada a despedir a una multitud de trabajadores no cualificados a cargo del mantenimiento de terraplenes y caminos. Si bien a nivel nacional la FIOM (Federazione Impiegati Operai Metallurgici<sup>12</sup>) había firmado un acuerdo con los industriales, muchas empresas de la zona de Parma no solo se negaron a respetarlo, sino que incluso decidieron unilateralmente reducir los salarios y recortar la compensación por “alto costo de vida”, además de despedir gradualmente a todos trabajadores más activos. Otro factor decisivo en la acción de los fascistas a favor de los patronos y de los “intereses nacionales” fue la intervención rompehuelgas, que agrietó o provocó huelgas como las de los ferroviarios y postelegrafónicos: equipos organizados ocuparon el lugar de los trabajadores y garantizaron una funcionalidad parcial de los servicios. En el triste “álbum de recuerdos” de aquella iniciativa, queda, por ejemplo, la imagen de una fanática, una tal Inés Donati, que se había retratado junto a un par de compañeros con escobas en mano, mientras barrían las calles de Roma, durante la huelga de los basureros que exigían un salario digno.

---

12 Federación de Empleados y Trabajadores Metalúrgicos. [N. d. T.]

Por supuesto, no fueron pocos los fascistas de la “primera hora” que comprendieron la verdadera esencia del fenómeno Mussolini, pero ya era demasiado tarde. Los jóvenes sindicalistas revolucionarios que se habían sumado al programa “Dicianovista” (de 1919), militantes de los círculos “Filippo Corridoni”, fueron los primeros en romper la demora y tomar partido en contra de Mussolini y sus escuadras. El fascismo se habría apoderado de la figura de Filippo Corridoni, sindicalista revolucionario e intervencionista convencido vinculado a Alceste De Ambris, que se presentó voluntario y cayó en combate en el Carso en octubre de 1915.

Todavía se puede ver el monumento que el fascismo en el poder le erigió en el corazón de Parma Vecchia, y fue un caso más de “malversación” que desborda la historia de los años veinte y también la de sus orígenes; incluso habían robado gran parte del simbolismo, empezando por el negro, el color de la bandera anarquista, el uniforme, que recordaba al de los Arditi durante y después de la guerra, así como la calavera con la bayoneta entre los dientes, el emblema oficial de la primera asociación de Arditi del Popolo –con la inscripción “¡A nosotros!”, luego elevado a lema por sus enemigos mortales– e incluso las fasces, que pertenecían a la iconografía de la Revolución Francesa, incluso si en un momento dado el Arditi del Popolo asumió el símbolo del hacha que parte las fasces en dos precisamente para subrayar la elección de la lucha antifascista. Otro “barricadero” que el fascismo hizo revolverse en su tumba fue sin duda Giovanni Battista Perasso, popularmente “Balilla”, el niño genovés que el 5 de diciembre de 1746 empezó a arrojar piedras a un pelotón de artilleros

austríacos, gesto rebelde y que desató una insurrección contra la tiranía.

Así, mientras los corridonios lucharon contra los squadristi y derramaron su sangre para intentar frenar la propagación de la reacción en Italia, el infortunado Filippo Corridoni recibirá, varios años después de su muerte, homenajes insultantes de quienes habían masacrado a sus compañeros de ideales. En vano la madre y la hermana enviaron una carta de solidaridad a los insurgentes de las barricadas de Parma: una vez que tomó el poder, el fascismo lo borró de la memoria histórica, además de eliminar, anticipando una práctica estalinista, la imagen de De Ambris de 1915, foto que lo retrataba junto a Corridoni y Mussolini en una manifestación intervencionista.

Otro caso llamativo de un joven fascista de Parma que se arrepintió fue el de Marco Degli Andrei, Ardito di guerra, quien en 1921 escribió una carta abierta publicada en “Il Piccolo”:

“Yo era un fascista de acción cuando el programa fascista decía proteger las filas proletarias y luchar contra el tiburón, el agrario, el cura. Por entonces no formaba parte del programa fascista incendiar las Cámaras del Trabajo, matar, golpear a los trabajadores y hacer de rompehuelgas para proteger los privilegios de los agrarios”.

En la primavera de 1921 ya no había posibilidad de malentendidos y confusiones: el escuadrismo era el arma explosiva de los patronos agrarios e industriales, y ya nadie podía intentar contenerlo con un crescendo perverso de concesiones o de llamamientos al Estado para prevenir o

reprimir sus devastadores actos. El Estado de los Saboya y los patronos ya habían hecho su elección, y el antifascismo tuvo que sucumbir bajo la fuerza de choque de la violencia ciega de los escuadristas y la selectiva pero ciertamente más efectiva de los “guardianes del orden”.

Si en algunos casos, lamentablemente aislados y esporádicos, se registraron intervenciones “legales” de los Carabinieri, como por ejemplo en Sarzana, donde los soldados del cuartel local se pusieron del lado de los Arditi del Popolo contra los fascistas, que habían iniciado la expedición matando a un oficial del ejército real, en la zona de Parma la complicidad de los armados, asumió formas de apoyo desvergonzado. Numerosas cooperativas que habían pedido protección fueron incendiadas y reducidas a escombros precisamente porque los carabinieri se retiraron en el momento de la llegada de los escuadristas, como en el caso de Torrechiara, o permanecieron encerrados en el cuartel. Los locales sindicales fueron atacados y destruidos. Como en el caso de Roccabianca, a solo veinte metros del cuartel armado, y ni siquiera abrieron cuando algunos directivos atacados fueron a golpear frenéticamente pidiendo intervención. Los alcaldes de las administraciones de izquierda, como Busseto, Fornovo, Noceto o Soragna, tuvieron que renunciar a su mandato y esconderse, porque el aparato del Estado, a pesar de las directivas ministeriales, de hecho, no les garantizaba ninguna defensa frente a la agresión. Cuando la cooperativa de Santa Croce fue atacada, como era de esperar, los carabinieri se marcharon en silencio. El concejal Antenore Bianchi se dirigió posteriormente al cuartel de Zibello para denunciar el hecho, junto con un amigo, el mariscal en respuesta, les dio puñetazos y patadas, ayudado en la empresa

por un soldado, despotricando que él también era fascista y, arrojándolos con magulladuras y doloridos, los amenazó diciendo en términos inequívocos: “Usted puede hacer todas las quejas que quiera, yo sé cómo van a acabar, el aire ha cambiado, y en cualquier caso, si alguna vez me aburro, le arrancaré la piel”. Antenore Bianchi no se dejó intimidar, acudiendo a un capitán para finalmente presentar una denuncia. Poco después, un camión cargado de escuadristas se dirigió a su casa: habían sido advertidos por los carabinieri, aunque afortunadamente no lo encontraron. Se desahogaron con el alcalde Giuseppe Ghelfi, que había ayudado a dos trabajadores de la cooperativa destruida: fue golpeado a muerte y terminó en el hospital en estado grave.

El monstruo recién nacido tenía un cordón umbilical sólido...

\*\*\*

*En ese año que Picelli había pasado en prisión, la situación se había vuelto dramática, insostenible. Los fascistas actuaban con armas. Entre febrero de 1921 y agosto de 1922, los squadristi asesinaron a veinticinco oponentes solo en la provincia de Parma, mientras que el número de heridos fue incalculable. Para contrarrestarlos, surgieron en muchas ciudades italianas asociaciones de excombatientes que no se dejaron engañar por la propaganda patriótica fascista y optaron por luchar: así*



*nació el Arditi del Popolo, y en Parma fue Picelli quien organizó una de las secciones más fuerte y más feroz.*

## VIII. SOMOS LOS “ARDITI DEL POPOLO...” <sup>13</sup>

Los guardias reales cargan contra una manifestación de trabajadores, en Parma. Los manifestantes se desvían, ondean las banderas rojas o negras, alguien cae al suelo abrumado por las fuerzas del orden y los compañeros tratan ansiosos de llevarlo al albergue, las mujeres arremeten contra los agentes que ni siquiera las tienen en cuenta. En un momento de pausa, con los guardias agrupándose para realizar una nueva carga, desde una calle lateral llega el sonido de pasos cadenciados, botas militares en marcha...

Irrumpen en escena los Arditi del Popolo, unos ochenta, disciplinados alineados, con uniformes improvisados: algunos llevan el casco “Adrian”<sup>14</sup> del '15–18, pantalón y botas gris

---

<sup>13</sup> Osados o atrevidos del pueblo. También Osadía del Pueblo. Grupos de autodefensa obrera, formados inicialmente con componentes de ideología socialista, leninista y anarquista, pero que por diferencias, fueron quedándose apoyados solamente por socialistas no socialdemócratas y anarquistas. [N. d. T.]

<sup>14</sup> El M15 Adrian (Casque Adrian, en francés) fue un casco de combate suministrado al Ejército Francés durante la Primera Guerra Mundial. Introducido en 1915, fue el primer casco de acero moderno y sirvió como casco estándar de varios ejércitos hasta bien entrada la década de 1930. [N. d. T.]

verdoso, jersey oscuro o camisa militar, muchos llevan garrotes y palos de hierro, casi todos tienen una bayoneta en el cinturón y algunos también tienen una pistola con funda. Guido Picelli está al frente del pelotón, que se interpone entre guardias reales y manifestantes.

El oficial del gobierno tiene las órdenes de disolver o dar la orden de abrir fuego. Picelli dice en tono decidido:

“Somos los Arditi del Popolo. No nos hemos retirado al Carso y el Piave, y mucho menos lo haremos ahora. Es fácil para ti masacrar a trabajadores indefensos. Pero ahora, la gente tiene su ejército listo para defenderse.

Piénsalo, porque si abres fuego, ¡nosotros también lo haremos!”.



Los Arditi armados toman sus armas, los demás blanden sus garrotes y están listos para contraatacar. El oficial jura, mira a sus hombres y luego a los oponentes alineados; con un gesto lento de la mano, indica a los agentes que permanezcan inmóviles en su lugar. Finalmente, decide seguir adelante con pasos nerviosos, solo. Ha caído un tenso silencio, las pisadas

resuenan en la calle del Oltretorrente. Al llegar frente a Picelli, dice en tono perentorio:

“¡Identificar!”.

“Teniente Guido Picelli del Arditi del Popolo”.

“¿Picelli...? ¿Diputado Picelli? pregunta el oficial, visiblemente avergonzado.

“Para usted, y aquí, soy el teniente Picelli”.

“Honorable o teniente... ¡está arriesgando mucho! ¡Esta es una insurrección armada contra la autoridad del Estado!”

“No, capitán: esto es pura y simple defensa propia. ¡Ordene que dejen pasar a los manifestantes, o correrá la sangre, y la responsabilidad será sólo suya!”

El oficial vacila, se estremece de rabia, pero, al observar la determinación de los Arditi, que parecen dispuestos a hacer cualquier cosa, termina dando media vuelta.

En un tumulto de banderas, los manifestantes continúan avanzando detrás de los Arditi encuadrados militarmente.

\*\*\*

*Los fascistas empezaron a saborear el fruto de su propia violencia: dondequiera que estuvieran los Arditi del Popolo, ya no gozaban de total impunidad, porque los Arditi respondían golpe por golpe y muchas veces los rechazaban y dispersaban. Las formaciones de Arditi habían surgido en muchas ciudades italianas: de Roma a Bari, de Ancona a Livorno, de Sarzana a Piombino. El escuadrismo, que se alimentaba del mito de la fuerza y la opresión, entró en crisis, arriesgándose al desorden.*

*En ese momento, el Estado de Saboya y el gobierno decidieron intervenir con dureza, inclinando la balanza. Mientras los fascistas tenían libertad para armarse y reorganizarse, los Arditi del Popolo fueron perseguidos, recurriendo a la acusación de abuso de armas de fuego y la formación de una banda armada.*

*Y para Picelli también comenzaron las idas y venidas en la cárcel.*

*Lo habían metido en la cárcel tres veces, y siempre bajo un cargo abusivo de portar armas. Por supuesto, lo sabía, sin una pistola arriesgaba la cabeza. Porque si en Parma eran pocos los fascistas y sobre todo no se atrevían a hacer incursiones en el Oltretorrente, de vez en cuando, sin embargo, venían algunos grupos de fuera, con la intención concreta de liquidarlo.*

## IX. EL HONORABLE PICELLI

En una taberna abarrotada, Picelli está discutiendo acaloradamente y declara con vehemencia:

“¡Negociar con los fascistas es lamentable! No respetan ningún pacto, ¡solo conocen la ley del más fuerte! Pero, ¿cómo podemos hablar de 'pacificación' con terroristas que devastan y matan? Es irresponsable hacer concesiones en un momento como este. El fascismo se alimenta de la violencia, y cuando es golpeado en su campo se desmorona, pierde cohesión”.

Picelli es interrumpido por tres carabinieri que entran en la taberna y se dirigen hacia él.

“Honorable Picelli”, le dijo el graduado, “levante las manos, por favor”. Picelli lo mira de la cabeza a los pies, sin obedecer. Los dos soldados toman sus rifles. En este punto, surge un grito desde las mesas. Todos los presentes se ponen de pie de un salto, listos para reaccionar.

“¡Alto! ¡No demos excusas, mantengan todos la calma!”  
grita Picelli.

Luego, mirando burlescamente al graduado, lentamente levanta los brazos. Lo registran y se llevan un revólver que lleva al cinturón.

“Y esto, señor, ¿cómo lo justifica? ¿Tiene licencia para disparar?” Picelli dice:

“No importa, sabe muy bien que las autoridades no me lo han otorgado. ¡Pero como usted sabe, tengo derecho a defenderme!”

El graduado de los carabinieri asiente y declama en voz alta, para ser escuchado a pesar del rumor hostil:

“La ley es ley, y sean cuales sean sus derechos, tengo el deber de hacer cumplirla. Lo siento, señor Picelli, pero tiene que acompañarme”.

Picelli hace un último gesto a los presentes para calmarlos y sigue a los carabinieri.

Esa noche, la puerta de la celda se cierra detrás de él.

Unos días después, el mismo carcelero abre y dice sarcásticamente:

“Sr. Picelli...” y hace una media reverencia invitándolo a salir.

“¿No ha lugar a proceder?” pregunta Picelli mirándolo de reojo.

El carcelero asiente.

Reanudando de inmediato la actividad de “agitador”, según informan los papeles de la comisaría, Picelli no deja de frecuentar las tabernas del Oltretorrente. Una noche está de camino a casa. En un callejón desierto acechan luces y sombras. Una mujer los ve desde la ventana y se da cuenta de que Picelli se acerca a ellos.

Abre las contraventanas y grita: “¡Picelli! ¡Cuidado, Picelli!” y le muestra dónde están apostados los atacantes.

Cuatro individuos corren hacia él blandiendo palos y dagas, uno también sostiene una pistola semiautomática. Picelli saca su revólver, grita:

“¿Me estáis buscando, grupo de cobardes?” y apunta el arma, levantando el martillo. Los fascistas se congelan por un momento. Picelli los apunta uno tras otro. Tres guardias reales emergen de un callejón lateral, con los rifles desenfundados. Los atacantes se retiran. Picelli mira desconcertado a los agentes que no se mueven y exclama:

“¿Qué estáis haciendo? ¿No los habéis visto igual que yo?”.

El graduado sigue mirándolo fijamente y le da la vuelta, dice en tono frío:



“Veo que tienes un arma. ¿Tienes permiso para llevarla?”.

Picelli resopla con resignación, le entrega el revólver y luego estira las muñecas hacia las esposas, los “schiavettoni” en uso en ese momento, con cadenas y tornillos de mariposa. Desde la ventana, la mujer se vuelve hacia su marido en la casa: “¡Están arrestando a Picelli!”. El hombre se inclina, mira, luego se abre otra ventana, y otra más, toda la calle estalla en gritos a los guardias reales, que se llevan al detenido a toda prisa.

Picelli vuelve a la cárcel. Misma escena: entra a la celda por la noche, y pocos días después el carcelero vuelve a abrir y lo deja salir. Picelli insinúa un saludo levantando su sombrero en su cabeza. El carcelero responde: “Señor Picelli, mis respetos...”.

En su habitación, Guido Picelli escribe:

“En todo Val y Padana, Parma es la única zona que no ha caído en manos del fascismo opresivo. Nuestra ciudad, incluida gran parte de la provincia, sigue siendo una fortaleza inexpugnable, a pesar de los intentos del adversario. El proletariado de Parma no se ha doblegado y no ha sucumbido...”.

Una mujer acaba de salir de la cama, en ropa interior. Ella lo abraza por detrás.

“¿Pero nunca duermes tú? ¿Qué hora es?” pregunta adormilada.

Picelli acaricia sus manos que presionan suavemente contra su pecho:

“Once en punto. Vuelve a la cama. Tengo que ir a una cita. Espérame aquí, no llegaré tarde”.

“Mira, no me vas a encontrar, si vuelves al amanecer como la última vez...”, concluye enfurruñada. Se besan. Entonces Picelli, sin ser visto, saca un revólver del cajón y se lo mete en el cinturón a la espalda. Sale en la noche. En la cabeza, una maraña de pensamientos. Nunca ha sido un “profeta decimonónico” del ideal, de la misión por cumplir al que sacrificar cada momento de la existencia, ama la compañía de los amigos y ama a las mujeres que comparten sus pasiones, y los ama de una manera completamente diferente. Vaya, qué asceta, aunque hace mucho tiempo que no ha experimentado esa mezcla de alegría estimulante y sutil angustia que conocía antes de la guerra. Cuando el teatro era su principal pasión, estaba Norma que lo había “prendido fuego”, como le escribió en una carta a su amigo actor Alberto Montacchini: “Yo también podía estar desesperado, en ciertos días, y luego, solo necesito verla, hablar con ella, estar cerca de ella, y mi alma toca el cielo... Norma y mi teatro, ella a mi lado y el murmullo del público más allá del telón, gente que vino a escucharme... ninguna otra cosa me llega a interesar si la tengo a ella y al teatro. Puedes pedirle al sol que no brille pero no me pidas que no la ame”.

Al fin y al cabo, han pasado unos años, pero le parece otra vida y le cuesta reconocerse en ese joven que ardía de deseo y

se declaraba “derrotado por el amor” y dispuesto a arruinarse por su amada niña para hacer cualquier pacto con Mefistófeles en persona.

*Perdóname por atreverme  
Que se escape de mi labio  
Cuando en un portento mágico  
Tu rostro se me aparece.*

Recordó el aria de Boito como la había cantado Luigi Manfrini en el Regio un año antes. Norma como Margherita: en la ópera era ella la que estaba condenada, pero en la vida era él, Picelli, quien ponía todo en juego.

Ahora, en cambio, siente como una corteza en su corazón, y no sabe si lamentarlo o aceptarlo por qué o qué es: la consecuencia lógica del camino recorrido hasta ahora, las vivencias de la guerra, la lucha diaria, las responsabilidades asumidas con la militancia. Y, sin embargo, a pesar de todo, sigue conociendo mujeres generosas que no le piden nada y lo quieren como ahora, sin enamorarse. Sabe que ciertos comportamientos aportan material morboso a los lúgubres archivadores, que añaden detalles “sangrientos” a las voluminosas carpetas que se hacen a su nombre en los archivos, pero a quién le importa, que también se deleiten en calificarlo de libertino, pobre frustrado, viviendo en las sombras grises de habitaciones polvorientas, con la intención de entregar archivos a la memoria futura de otros que harán el mismo trabajo loco.

Va por una pequeña calle del pueblo. A unos cientos de metros de distancia, tres carabinieri están apostados a la vuelta de una esquina. Lo esperan por enésima vez. Antes de que llegue Picelli a sus alrededores, un hombre de aspecto apuesto y ágil, acelera el paso y se une a él. Picelli lo nota, piensa en un atacante, pone la mano en la culata del revólver que lleva detrás del cinturón. El joven, de veintipocos años pero con aire de hombre maduro que ya ha vivido mucho, se detiene, lo mira a los ojos, dice en voz baja y en tono decidido:

“Eres Picelli, ¿verdad? Mira, te están esperando” y señala con un gesto de la barbilla hacia la esquina de la calle, pero el carabinieri no se ve desde donde están los dos.

“No creo que te conozca”, murmuró Picelli, desconfiado. El otro, apresuradamente, unge su mano haciendo un gesto elocuente:

“Vamos, apúrate, dame el revólver si no quieres volver a terminar adentro”.

Los dos se estudian por unos momentos. Picelli no sabe si confiar. Pero algo en el hombre frente a él parece convencerlo... Uno de los carabinieri pone la culata de su rifle en el suelo. En el silencio de la noche, Picelli escucha el ruido. Rápido intercambio de miradas con el extraño, luego le entrega el revólver. El otro dice:

“Sé dónde llevarlo de vuelta, confía en mí”. Y desaparece en la oscuridad.

Los carabinieri salen a la luz, Picelli levanta las manos y se deja registrar con resignación. Para su desgracia, no le encuentran armas. Picelli los saluda con una sonrisa desafiante y sigue su camino.

En la sede del Arditi del Popolo, Picelli está discutiendo con otros militantes, cuando entra el extraño a quien le entregó el arma. Se va con él. El hombre le devuelve el arma, y sacándola del cinturón muestra una segunda pistola, la suya, cuya culata sobresale de un bolsillo interior de su chaqueta. Luego, el extraño se presenta, estrechándole la mano:

“Mi nombre es Antonio Cieri, llevo unos meses en Parma”. El acento es de los Abruzos.

“¿Y de dónde eres?” pregunta Picelli. “No pareces de por aquí, y de todos modos... no te conozco. Incluso si...” Picelli intenta recordar, se dice a sí mismo: “Cieri... Tu apellido me suena familiar”.

Cieri sonríe, dice:

“Vengo de Ancona. Y antes de eso, estuve en Vasto. Pero me gusta decir que soy un ciudadano del mundo, de un lugar u otro...”.

“¿Ancona? ¿Y conoces a algunos camaradas allí?”

Cieri asiente.

“Prácticamente a todo el mundo. En junio del 20 luchamos durante cuatro días contra el envío de soldados a

Albania. Yo estaba con los que tomaron el cuartel de Villarey. Pregúntales a los camaradas anarquistas de aquí, ellos me conocen”.



Antonio Cieri

“Ah, anarquista, entonces...”, señala Picelli en tono neutro. “Los Arditi preferimos dejar los ideales y las diferencias partidistas para un mañana mejor. Hoy hay un enemigo común contra el que luchar”.

“Sí estoy de acuerdo con usted. Lástima que los socialistas y comunistas sean expulsados de sus partidos si se unen al Arditi. Los socialistas porque hicieron esa mierda de 'pacificación' con los fascistas, y los comunistas porque son demasiado sectarios para entender de dónde sopla el viento... Nosotros los anarquistas, no tenemos ninguno de estos problemas. No debemos avergonzarnos de los diputados que dicen representarnos”.

Picelli se ríe divertido:

“Oye, Antonio, mira, yo también soy diputado”, lo regaña en tono de broma.

Cieri asiente irónicamente. Picelli agrega:

“Pero hablando en serio: veo que sabes de armas” y asiente con la cabeza hacia la culata de la pistola que sobresale del interior de la chaqueta. “¿Tienes experiencia, quiero decir, además de las batallas en las calles de Ancona?”

“No me gusta recordarlo”, responde Cieri, “pero hice mi parte en la guerra. Puedo entrenar hombres, si eso es lo que querías saber”.

Picelli alarga los brazos:

“¡Bienvenido al Arditi del Popolo di Parma!”

Los dos se abrazan.

“¿Por qué decidiste mudarte aquí?”

“Decisión forzada: trabajo en el ferrocarril, y después de los sucesos de Ancona, la transferencia es lo mínimo que podía haber esperado”.

Picelli se ríe:

“¡Ah, buen castigo! ¿Y estaban pensando en aislarte de las revueltas enviándote directamente a Parma? ¡Vamos, vamos, te invito a un vaso!”.



## **X. EL ANARQUISTA DE LOS ABRUZOS**

Nació en Vasto el 10 de noviembre de 1898. Fue enviado al frente con el Séptimo Regimiento de Ingenieros Telegráficos, unidad que, por su nombre, no debería haber ofrecido grandes oportunidades para el heroísmo. Y en cambio, Antonio Cieri, que no creyó en esa guerra tanto como los compañeros intervencionistas a los que también frecuentaba, se encontró en el infierno y tomó a los demonios por los cuernos. A los diecinueve años, con las insignias de cabo cosidas en un uniforme fangoso y manchado de sangre, permaneció horas y horas y días y noches bajo el martilleo del fuego de artillería, en medio de soldados ahora completamente locos, aturdidos, con baba goteándoles de la boca y la mirada apagada, marañas y haces de nervios rotos que se estremecían o reían de manera escalofriante, aniquilados por la locura que derrite el cerebro después de haber soportado un bombardeo durante demasiado tiempo. Y él no era nada, erguido y ágil, ni siquiera invulnerable, con más fatalismo que coraje, bajo los obuses que venían haciendo un ruido aparentemente inofensivo, flop–flop–flop, pero que congelaban los huesos a quienes habían aprendido a reconocerlos; una serie de bofetadas en el

aire *in crescendo* que terminaban en rugidos sordos, como sordos quedaban los supervivientes que no los oían llegar, con los tímpanos inflamados o rotos cuando estallaban sin descanso, sin importar donde. Que bajo el peine de la artillería ninguna pulga pudiera decidir cómo y cuándo salvarse. El azar decidía y nada más... Antonio Cieri tenía que ser enviado desde una posición a la otra. Las bombas parecían perseguir al cabo anarquista, sin casco en la cabeza, con las botas hechas jirones, que no se dejaba atemorizar por el terror, y destrozaban trincheras, casamatas y colinas enteras. Ese chico era invisible para las espoletas que silbaban buscándolo. El maldito silbido que tratabas de identificar con los oídos tensos y los ojos saltones, en unos instantes te taladraba el cerebro y así, si inmediatamente después no te quitaba un brazo, una pierna o la vida entera de un solo golpe, había quienes se alegraban de seguir vivos, pero él no sintió ni asombro ni alegría, porque a él, sin embargo, “la llamada de la espoleta” lo había dejado cautivado.

Fue la última, extrema, intensa ofensiva austriaca, desde Asiago al Grappa hasta el Piave, donde consiguieron abrirse paso en varios puntos. La llamaron la Batalla del Solsticio, y en un solo mes de finales de primavera habría segado doscientas treinta mil vidas, una carnicería indecible, más un “millonada” de heridos, que ni siquiera se perdía el tiempo contándolos. La de Montepal entre el 15 y el 18 de junio de 1918 se había convertido en una luna de cráteres y desiertos desolados, con más agujeros de granadas que matas de hierba, más astillas que piedras, ni siquiera un árbol sino solo tocones carbonizados y humeantes, y al final solo él, el cabo Antonio Cieri da Vasto, nacido en 1898, de diecinueve años, estaba en

pie; medalla de bronce al valor militar otorgada en el campo con procedimiento de urgencia por el heroísmo demostrado “como jefe de estación de telegrafía óptica descubierto en un área intensamente golpeada por la artillería del enemigo, desdeñoso del peligro, que cumplía la misión que se le había confiado con serenidad y muy raro celo, manteniendo incesantemente las comunicaciones”.

Qué mar de tonterías, pensó el anarquista Antonio Cieri, yo sólo traté de salvar a esa pobre gente que lloraba en mis brazos, destripados y con los ojos fuera de las órbitas, pero qué sentido del deber y qué patria, allá, en esa masa de mierda y sangre, todavía no sé cómo diablos salí con vida, y ciertamente no fue la idea de una medalla, y también de bronce, ya sabes, lo que me empujó hacia adelante, me hizo ir al siguiente puesto para decirle a esos infortunados cómo intentar salvarse entre una salva y otra de los obuses... Sin embargo, Cieri enfrentó diferentes situaciones de este tipo, y no le animaba el anhelo de una buena muerte sino la pura y simple solidaridad entre la gente desesperada. No odiaba a los austriacos, pero odiaba a los fanáticos e hipócritas y continuaría librando la misma batalla hasta el último de sus días.

Después de su baja, encontró un trabajo en los Ferrocarriles, como “diseñador principal”, y fue asignado al departamento de Ancona. La ciudad portuaria de las Marcas contaba con una larga tradición subversiva, y Cieri se entregó en cuerpo y alma a la militancia activa. A finales de junio de 1920, los contingentes de Albania tuvieron que partir de los muelles de Ancona, por el Adriático para reprimir un levantamiento popular. La solidaridad entre explotados y antimilitaristas contra las

aventuras coloniales de los Saboya –un imperialismo de opereta que, sin embargo, se cobró víctimas en una tragedia demasiado “real”– desencadenó la revuelta de la población más sensible y civilizada de Ancona, y Antonio Cieri no se quedó a mirar: en el frente había aprendido a luchar y a tratar la muerte con respeto, y fue él quien encabezó la ocupación del cuartel de Villarey, donde estaban acuartelados los Bersaglieri del XI Batallón esperando marchar a Valona. La mayoría de los soldados se unieron a los insurgentes que se apoderaron del arsenal y Cieri volvió a salir con un grupo de Bersaglieri para organizar la distribución de rifles, granadas de mano y municiones. Carabinieri y guardias reales intervinieron junto con unidades del ejército que se mantuvieron leales al régimen y los cuarteles fueron sitiados. Mientras se desataba un tiroteo infernal en los alrededores de Villarey, con Bersaglieri amotinados y algunos anarquistas respondiendo golpe por golpe, se convocó una huelga general en la ciudad y se levantaron barricadas por todas partes.

El viejo Giolitti había regresado al gobierno durante tres días, y su principal preocupación era evitar que Ancona se uniera a la “riada”. Cien millas de mar separaban las dos ciudades subversivas: si el ejemplo de Fiume fuera seguido por ésta, Ancona, podría haber sido el comienzo de una insurrección desenfrenada, sobre todo porque el mismo 26 de junio Piombino también estaba en manos de los alborotadores que habían puesto en fuga a las fuerzas del gobierno con cartuchos de dinamita... Giolitti dio la orden a la marina de guerra de bombardear la ciudad.

Los cinco torpederos fondeados en el puerto empezaron a disparar cañonazos al azar, prontamente imitados por las baterías del Cittadella, con efectos devastadores, aunque, según admitieron los propios mandos militares, no lograron alcanzar a los insurgentes “con precisión”. Hubo veinticinco muertos y cientos de heridos, bloques enteros de pisos destruidos y calles despejadas con granadas, pero los alborotadores continuaron resistiendo. En la noche del 26, los Bersaglieri tuvieron que rendirse bajo la amenaza de arrasar el cuartel con un diluvio de bombas, pero desde los barrios populares continuaron durante todo el día siguiente haciendo llover tiros en los departamentos de los carabinieri y los guardias reales que intentaron volver a ocupar la ciudad. Mientras tanto, republicanos y socialistas, ante el incesante bombardeo desde el mar, se distanciaron de la insurrección y de la propuesta anarquista de proclamar una república revolucionaria aliada con Fiume. El envío de grandes contingentes de tropas y fuerzas del “orden saboyano” –que se impusieron en Ancona a la manera de las de un “Rey Bombardero” borbónico– finalmente prevaleció, pasando a la fase de redadas también en los pueblos de la provincia, en Jesi en particular, donde los tiroteos durarían hasta el 28 de junio. Los periódicos de la época bramaban “Derrota de los anarquistas”, pero mientras tanto Giolitti renunciaba a la aventura de Albania y a la intención de enviar otros soldados: desde los cuarteles soplaban ecos poco tranquilizadores para el gobierno y vientos de revuelta. Soplando tan fuerte en Italia que dejaron pasar las tormentas del Adriático.

Antonio Cieri no pudo ser atrapado en esa coyuntura, pero le fue imposible evitar ser catalogado como “subversivo” que

había participado en la insurrección. Pero seguía siendo un condecorado de guerra, que según los informes de la jerarquía militar figuraba como un heroico luchador, por lo que era fácil entender cuánto más cómodo y menos embarazoso era renunciar a su arresto optando por el traslado. Quizás alguien se equivocó en los cálculos, porque los ferrocarriles lo asignaron a Parma, donde la solidaridad con los insurgentes de Ancona había sido muy fuerte.

El 13 de diciembre de 1921, el “diseñador principal” llegó a la ciudad emiliana y se presentó en la Sección de Obras de los Ferrocarriles, asumiendo el servicio en la oficina técnica. Encontró una habitación en la pensión de la familia Beatrisotti, en el 58 di Borgo del Correggio, y se acostumbró a ir a comer al restaurante “da Probo”, en via Venti Settembre, frecuentado por ferroviarios de paso. Pronto entró en contacto con otro trabajador, Primo Parisini, conductor asignado al departamento de Bolonia. Los dos se hicieron amigos inseparables, y los encontraremos uno al lado del otro en las barricadas del 22; una pareja muy unida a la que la gente de Naviglio rebautizó como “los forasteros” porque venían de fuera de Parma. Otro anarquista que Cieri frecuentaba en ese momento era Alberto Puzzarini, quien fue asesinado por los fascistas en una emboscada en julio de 1923.

Los tres entraron en las filas del Arditi del Popolo organizado por Picelli, que los estimó hasta el punto de encomendarles la defensa del Naviglio, la zona más difícil de mantener frente a los asaltos de las escuadras de Farinacci y Balbo.

\*\*\*

*Guido y Antonio se habían entendido desde el primer encuentro. Fue una amistad inmediata, instintiva, que de inmediato se convirtió en complicidad entre luchadores. Para Picelli, Cieri representaba el compañero ideal, especialmente en esa situación.*

*El anarquista era un hombre de acción, carismático, capaz de suscitar respeto sin dar órdenes, gracias a una suerte de capacidad persuasiva espontánea. El ejemplo era su fuerza.*

*Tenían cosas en común, esos dos. Un coraje de leones, pero sin flaquear, fríos ante el peligro y, al mismo tiempo, apasionados y generosos para afrontar la vida cotidiana. En las relaciones humanas consideraban sagrado el agradecimiento por el bien recibido, pero sabían ser duros e inflexibles con quien se mostraba mezquino y oportunista. Antonio era también un hombre culto, educado, poco inclinado a destacar, quizás más tímido que Guido, pero igualmente expansivo y dispuesto a disfrutar de esos pocos momentos de alegría, cada vez más raros, que les otorgaba la lucha diaria.*

## **XI. APRENDER A RESPETAR EL MIEDO**

Primavera de 1922. Antonio Cieri entrena a un grupo de Arditi en un claro: les enseña a desmontar y volver a montar un mosquete, una pistola, todo con gestos esenciales y rápidos, como un experto. A cierta distancia, los vigías montan guardias listos para dar la alarma si ven soldados o fuerzas del orden.

“Una pistola limpia y bien engrasada apenas se atasca”, dice como si estuviera dando una lección. “El polvo, la suciedad, el barro, la humedad, con el tiempo se acumulan en los mecanismos, dentro del cañón y en la cámara de combustión, y el mismo polvo quemado genera óxido que sedimenta y corroe. Entonces, un mal día, te encuentras frente al enemigo y tienes que defenderte. Y les puedo asegurar que en esos momentos no hay peor sensación en el mundo que escuchar al percutor golpear en vacío, o el gatillo que no llega al final de su recorrido. Tu seguridad y la de tus compañeros dependen de la limpieza y eficacia del arma. Nunca lo olvides”. En un campo de tiro improvisado, el entrenamiento continúa sobre una silueta con un fez en la cabeza. Los Arditi del Popolo disparan, alternando la posición tumbada con la arrodillada. Cieri



está atento a cada disparo que se realiza y da consejos sobre cómo dar en el blanco en el primer intento.

“La máxima prioridad es ahorrar munición”, declara a los combatientes en tono enérgico. “Nunca, repito, nunca dispares al azar cediendo al impulso. No tienes que presionar el gatillo hasta que veas el color de los ojos de tu enemigo. Y si él o ella te dispara, recuerda siempre que un hombre en ataque, un hombre en fuga, ¡nunca puede ser tan preciso como tú, que estás quieto y bien posicionado. Y una cosa más... lo más importante: aprende a respetar tu miedo. El miedo no debe ignorarse, sino reconocerse y controlarse. ¡El coraje, sin una dosis adecuada de miedo, solo sirve para que te maten como a un tonto!”

Los aprendices no se perdían ni una palabra.



Arditi del Popolo

Por lo tanto, Cieri entrena a los Arditi en ejercicios de carrera y gimnasia: quiere transformar el grupo de jóvenes antifascistas en un batallón feroz, unido y disciplinado.

“Porque en el combate, la forma física importa mucho, los reflejos y las carreras de velocidad pueden salvar tu vida en un cuerpo a cuerpo, y además... con un buen entrenamiento corres más rápido cuando tienes que escapar”. Todos se ríen, excepto uno:

“Bueno, si al final tenemos que huir, ¿vale la pena el esfuerzo ahora?”.

Cieri vuelve a ponerse serio. Mira fijamente a los ojos del Ardito que acaba de hablar, luego a todos los demás, uno por uno.

“Fue una broma estúpida, lo admito. Hicimos nuestra elección precisamente porque ya no queremos retroceder, porque estamos cansados de golpearlos y tener que escondernos después de vencerlos. Pero esto es una guerra, y en la guerra también hay que retirarse, y saber hacerlo sin que se convierta en una huida en desorden. Retirarse en buen estado e infligir pérdidas al enemigo que avanza significa evitar la derrota total y, sobre todo, tener la capacidad de contraatacar. Pero si en una situación como esta te encuentras con la lengua fuera y el corazón a punto de estallar, exhausto y sin aliento, no habrá una segunda oportunidad: solo te dispararán por la espalda. ¿Entiendes el concepto o tengo que repetirlo?”

Nadie responde. Uno tras otro, los Arditi retoman los ejercicios sin ahorrar energía, sudando y jadeando, intentando seguir el ritmo de ese loco “forastero”, al que también llaman “el rojo” por el color rubio rojizo del cabello. Anarquista abruzzese con voluntad de hierro y que no pide a nadie que haga lo que él no puede hacer.

\*\*\*

*Y así llegamos a la huelga general proclamada para el 1 de agosto de 1922. Tenía que ser la manifestación en que los trabajadores rechazaran en masa la violencia de los fascistas: en el comunicado de la Alianza del Trabajo se anunció como una “advertencia solemne al gobierno para que ponga fin a las acciones contra las libertades civiles”, pero ya era demasiado tarde, y, además, la noticia se dio a conocer con unos días de anticipación, dando tiempo al enemigo para organizar la represión.*

*Mussolini había lanzado el ultimátum de cuarenta y ocho horas, tras las cuales intervendrían los squadristi armados hasta los dientes. Sin embargo, no había tenido en cuenta la iniciativa de algún otro jerarca que tenía la firme intención de romper los huevos en la canasta: en sus proyectos, el ultimátum tenía que quedar inscrito en un juego político a resolver en Roma, creando una situación favorable. Para la participación de los fascistas en el gobierno, ciertamente no debería haberse convertido en*

*una oportunidad para iniciar un fuego que entonces hubiera sido difícil de controlar. Lejos de Roma, había quienes no esperaban nada más.*

## XII. EL SALVAJE FARINACCI

La decisión de atacar Parma fue tomada por Roberto Farinacci, el Ras de Cremona, y aunque otros jefes participaron con entusiasmo en los preparativos, él fue el principal artífice de la expedición. Farinacci estaba motivado por dos razones: castigar de una vez por todas a Alceste De Ambris y sus corridoniani, y asestar un golpe letal a la delicada trama política tejida por Benito Mussolini. De Ambris fue la espina clavada en su costado. El fascismo tenía una necesidad absoluta de identificarse con los veteranos y las asociaciones de combatientes, de explotar la larga ola de intervencionismo y distorsionar la esencia de la empresa pasándola de contrabando a su propio uso. Pero los acontecimientos fueron en la dirección opuesta. Los sindicalistas revolucionarios de De Ambris de Parma habían tomado la decisión de tomar partido contra el fascismo en términos inequívocos y, a menudo, con las armas en la mano. Un hecho muy grave, para Farinacci, fue el apoyo que el “Comandante”, como se llamaba entonces a Gabriele D'Annunzio, a los corridonios: en pleno enfrentamiento entre los dos bandos, el futuro vate había tenido nada menos que la audacia de regalarle a De Ambris

una foto propia con dedicatoria, firmada “trabajador sincero de la palabra”, puntualmente exhibida en la sede de la Cámara de Trabajo. Por sí misma, equivalía a una especie de “Protección”: D'Annunzio estaba con los corridoniani contra los squadristi, tocar a Parma significaba atacarlo personalmente. Y Farinacci odiaba a D'Annunzio y De Ambris tanto o más que a los “rojos” en general, los consideraba obstáculos para ser barridos en el camino a la toma total del poder. Además, no es un detalle secundario, Farinacci, el ex jefe de estación de Cremona, que en la guerra había sido asignado a la retaguardia para continuar desempeñando funciones ferroviarias, fue acusado abiertamente por los veteranos de ser un emboscado, y cuando en el '21 había sido elegido diputado con el apoyo de los agrarios de la zona de Cremona, le habían dado el sobrenombre de “Honorable Tettoia”<sup>15</sup>, precisamente en alusión a las recomendaciones de las que hubiera disfrutado en el ejército. Esto fue suficiente para cegarlo de odio hacia los corridonios. Para las escuadras cremonesas, en cambio, era “el Farinacci salvaje”, o incluso “el superfascista”, el más hábil para “inflamar los ánimos con sus furiosos discursos”.

Nacido el 16 de octubre de 1892 en Isernia, pasó su infancia en Tortona y luego en Cremona, tras los traslados de su padre, comisario de seguridad pública. Roberto Farinacci fue uno de los primeros en unirse al fascismo. Astuto pero incapaz de controlar su lengua, sesgado hasta el punto de exasperar al Jefe, impaciente y siempre atacante, Farinacci fue y seguirá siendo el líder indiscutible del extremismo de los squadristi, incluso frente a su transformación en milicia. Visceral

---

15 Honorable Barracón. [N. d. T.]

antisemita, más tarde será el principal defensor de las leyes raciales, incluso si varios judíos lo acusaron de otorgar certificados de pura raza aria a cambio de una generosa remuneración, y se destacará como el jerarca más cercano al nazismo, un apasionado admirador de Himmler y Goebbels, de quien se consideraba un amigo, a pesar de que Hitler no podía soportarlo y lo consideraba poco fiable, así como traicionero hacia Mussolini. Incluso cuando la Marcha sobre Roma estaba decidida y organizada, con un rencor peligroso habría provocado que Cremona “se levantara” un día antes, lo que justificó con un telegrama: “Cremona y Mantua no pueden esperar”. Se rodeó de aduladores con los que era generoso, pero también voluble y estaba dispuesto a derramar sobre cualquiera una agresión incontrolable, casi siempre desencadenada por sus obsesiones por las conspiraciones y traiciones, tanto que un día Mussolini le dijo rotundamente que abandonara los engaños de persecución. Rencoroso y vengativo, Farinacci aprendió desde el inicio de su carrera a utilizar el arma del chantaje, muchas veces sutil y en ocasiones descarado, y le llegó el momento de gran enfrentamiento con el Duce cuando se atrevió a acusar al hermano de éste, Arnaldo Mussolini, de corrupción y gestión de fondos negros: esto nunca se lo perdonaría el Jefe.

Volviendo a 1922, Farinacci el superfascista consideró la actitud de Mussolini un grave error, se opuso visceralmente al pacto de pacificación y decidió que marchar sobre Parma sería la mejor manera de frustrar sus laboriosos planes y ponerlo frente al hecho consumado de una fractura irremediable con D'Annunzio, hacia quien el Jefe mostraba una prudencia reverencial. De una sola vez, se desharía de D'Annunzio,

castigaría a los corridonios vistos como “traidores” del fascismo que surgía sobre las cenizas del intervencionismo y rompería los planes del “manipulador” Mussolini por la base, quien, hay que decirlo, fue inmensamente más “astuto” que Farinacci, por usar un adjetivo que se repitió en boca de Balbo: ante la jactancia sangrienta y arriesgada de sus Ras más carismáticos, ya hacía tiempo que tenía la costumbre de elogiarlos y exaltarlos en el caso de que la empresa de turno tuviera éxito, o desacreditarlos y disociarlos en caso contrario, o incluso condenar sus excesos en algún artículo de flagelación, consolidando así su imagen de líder único del fascismo autoritario y moderado.

Farinacci, a diferencia de Balbo, prefirió actuar en las sombras, no se exponía a la hora de crear profundas conmociones dentro del movimiento fascista, e incluso en Parma se las arregló para organizar y comandar personalmente la expedición sin aparecer nunca en las negociaciones posteriores con las autoridades de la ciudad; y mucho menos se mostró abiertamente durante los primeros asaltos armados.

Cuando Mussolini se percató de la situación, también en este caso encontró la forma de montar al tigre, estando listo para saltar a tierra. Pero no podía permitir que Farinacci saliera demasiado maltrecho: hubiera sido un golpe demasiado duro para el mito de la invencibilidad de las escuadras. Mussolini entendió que en Parma estaba en juego el destino de todo el fascismo, no solo del Ras de Cremona y sus acólitos: una derrota en el campo habría sido un ejemplo para el resto del país, habría sido la demostración de que todavía era posible detener la máquina infernal, rompiendo sus engranajes con



disparos. Y por eso decidió recurrir a Balbo, la apisonadora, el intrépido líder que acababa de incendiar Ravenna y la mitad de la Romagna. Sin embargo, en su corazón, Mussolini cruzó los dedos e hizo conjuros.

Nadie conocía mejor que él a ese revoltijo de matones, arribistas y traidores que componían sus infames escuadras. Sabía bien que eran capaces de toda devastación y violencia, pero solo cuando la proporción de fuerza era de al menos diez a uno. En Parma fue diferente. En Parma había hombres y mujeres firmemente decididos a afrontarlos, armas en brazo, sin dudarlo y sin ninguna disposición a negociar. El choque decisivo y fatal habría tenido lugar en Parma.



Con las primeras luces del día, largas filas de camiones y automóviles cargados de fascistas armados desfilan por la Via Emilia y las carreteras que convergen en Parma desde todos los puntos cardinales. Miles de ellos pasan cantando y vitoreando, con banderines y carteles a la vista. Incluso tienen algunos camiones blindados hechos a mano y varias ametralladoras. Un escuadrón a caballo o al trote, todos los jinetes con camisas negras. Están los que llevan el fez en la cabeza, los que lucen el pelo “despeinado” que tanto le gusta a Italo Balbo, o bien peinado hacia atrás con litros de reluciente brillantina, como prefiere Farinacci, que los guía en la empresa.

En el camino, un granjero anciano con una bicicleta a su lado los ve pasar.

En ese o en el mismo momento, un carro tirado por un caballo lanzado al galope cruza el Ponte di Mezzo a toda velocidad. Llegado al Oltretorrente, el joven carretero grita a los cuatro vientos: “¡Los fascistas! ¡Los fascistas!”

\*\*\*

*En la madrugada del 2 de agosto, miércoles, llegaron de media Italia: unos dicen diez mil, otros quince mil, algunos dicen que fueron incluso veinte mil. Emilianos, toscanos, venecianos, lombardos, marchan todos con los banderines e insignias de sus respectivas hordas de combate, todos envalentonados, alegres, arrogantes. Seguramente*

*pensaban resolver el asunto en cuestión de horas. Creían a Dios de su parte y ninguno había tenido en cuenta la posibilidad de recibir un golpe.*

## MIÉRCOLES 2 DE AGOSTO.

Los habitantes del Oltretorrente, de Borgo Naviglio y de Borgo Saffi, salen a la calle. Es como una llamarada que prendiese fuego a la ciudad, un río desbordándose: miles de personas de todas las edades están allí para arrancar el pavimento, para arrastrar carros y carretas, para mover vigas, ladrillos, losas de piedra, madera, muebles, alambre de púas extraído de las cercas de los huertos y patios o puesto a disposición por las ferreterías. Las barricadas se levantan por todas partes, y las mujeres son las más activas: todas se movilizan para levantar las defensas del bastión antifascista.

Los Arditi del Popolo coordinan sus actividades en un clima de entusiasmo febril, aprovechando las experiencias de la guerra: las barricadas no surgen como aglomeraciones imponentes de materiales a granel, imagen a la que estaban acostumbrados durante los grandes levantamientos del siglo XIX, sino que toman formas más parecidas a fortificaciones de trincheras; no deben exceder una cierta altura para no ofrecer un gran objetivo al fuego de artillería, detrás se cavan zanjas en las que los defensores encuentran refugio de los disparos y de las ráfagas de ametralladoras, y para bloquear a la infantería asaltante, buscan sin problemas losas, difíciles de saltar

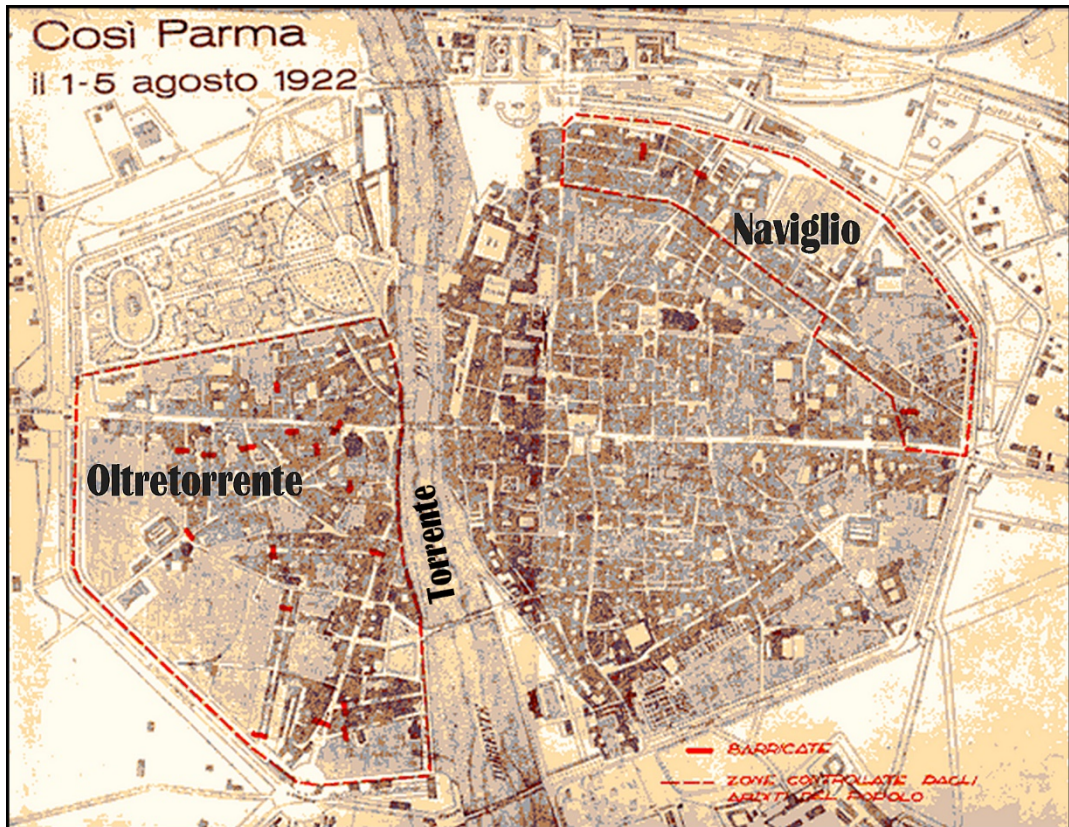
impetuosamente, madera y hierros afilados para suplir la escasez de alambre de púas, que sin embargo sigue siendo el mejor medio si se dispone en varias filas, imposible de superar sin ser golpeado por los defensores mientras tanto.

Los parmesanos de los pueblos sacan sus armas de los escondites, sobre todo rifles de caza, y algunas pistolas y revólveres antiguos, luego horquillas, podaderas, palos, azadones, picos, palas... Pero no faltan los modelos de mosquetes del '91, restos de guerra, granadas de mano y cajones de dinamita completos con mechas y detonadores: una auténtica santabarbara si piensas que entre el otoño de 1921 y el verano de 1922 policías y carabinieri habían llevado a cabo registros en todas las casas por sospechas de actividad subversiva y asaltaron pueblos enteros, volaron sótanos y áticos, rebuscaron en todas las habitaciones y se apoderaron de todo lo que pudieron.

La gente del Oltretorrente había sabido esconder bien las armas para utilizarlas en el momento oportuno. Pocas, en realidad, y la munición debía distribuirse con moderación, pero es suficiente para transformar a la gente de Parma Vecchia en un ejército de insurgentes que se preparan para vender cara su piel.

Picelli está en la calle con los Arditi en armas: algunos mosquetes, rifles de caza y pistolas de todo tipo, varias granadas de mano tipo SIPE; muchos tienen cascos, y algunos hacen alarde en su pecho de las condecoraciones ganadas en los frentes de 1915–18.

Con Picelli está Antonio Cieri. Sobre una mesa de taberna, sacada al aire libre, los dos trazan un mapa de la ciudad y estudian las líneas defensivas.



“Tenemos un punto débil: el Naviglio” dice Picelli. “El Oltretorrente es más fácil de defender, hay puentes que superar y la propia estructura de la ciudad vieja nos ayuda. Pero en el Naviglio será difícil. Allí no tenemos el río y las huertas para protegernos, vale Mentana me preocupa sobre todo: aquí pueden atacar con fuerza, tienen mucho espacio disponible. Y luego, es vulnerable debido a su proximidad a la estación de tren y al patio de carga, sin mencionar la estación de tranvía de vapor...”

Picelli y Cieri se miran a los ojos.

“¿Lo entiendes?” pregunta Picelli.

Cieri no lo duda ni un momento.

“Puedes jurarlo. No puedes ir al Naviglio”.

Picelli le aprieta el brazo, luego comienza a dar órdenes a los Arditi:

“¡Compañeros! ¡Formad equipos de ocho o diez hombres, como predijimos en los ensayos! Antonio: ¿cuántos equipos crees que necesitas para resistir el primer impacto?”

Cieri lo piensa un momento, intercambia una mirada con Primo Parisini y Alberto Puzzarini que están a su lado, rifle al hombro y granadas de mano colgando de su pecho, y finalmente responde:

“Seis son suficientes para mí. La clave estará en mantener las conexiones. Tenemos que evitar que nos eliminen, mantener la mayor parte de nuestras fuerzas aquí y lo lograremos si te mantienes en contacto”.

“Bien. De momento... mandamos cuatro equipos al Saffi, y quedan unos veinte a la vista para la defensa del Oltretorrente. Ahora... ¡necesitamos organizar los suministros y la logística para una resistencia duradera!”

Una niña mira por la ventana, blandiendo un hacha, y exclama a la gente de abajo:

“¡Que vengan! ¡Estoy dispuesta!”

En los pasillos de las casas, los insurgentes preparan rudimentarias bombas y botellas de aceite taponadas con trapos. Los tenderos proporcionan alimentos y bebidas a los defensores de las barricadas, las mujeres cuentan con un servicio de abastos.

En los campanarios, los muchachos están apostados en el mirador, y también en las buhardillas de los tejados. Picelli está con un carpintero, que ha tallado unas toscas pistolas de madera.

“A falta de cualquier otra cosa, coged palos, pasadlos tras de las lámparas y sostenedlos como si fueran armas de verdad. ¡Deben creer que todo Parma está repleto de armas!”

Llega un grupo de hombres siguiendo a un joven de aire bondadoso pero decidido: se trata del concejal Ulisse Corazza, del Partido Popular, que lleva un fusil de caza al hombro y mira a su alrededor con aire preocupado hasta que, habiendo identificado a Picelli, asiente con la cabeza y luego va a su encuentro, tendiéndole la mano. Picelli, al verlo, parece asombrado y radiante al mismo tiempo:

“¡Consejero Corazza! ¡Qué placer verle aquí!”.

Los dos se dan la mano.



“Las directivas del partido son una cosa”, dice Corazza, “y otra cosa es mirar mientras esos chacales destrozan nuestra ciudad. ¡Estamos contigo, Picelli!”

Los dos se abrazan. Los militantes del Partido Popular se unen al Arditi y los habitantes insurgentes, colocándose donde les ordenan los responsables.

Por la tarde se realizan los primeros disparos: al fuego de unos fascistas que avanzan sin ningún orden en particular, responden con disparos esporádicos que consiguen el resultado de mantenerlos a una distancia prudencial. El comisionado de Seguridad Pública Di Seri, que con un grupo de agentes interviene en Viale Mentana, intenta hacer retroceder a los fascistas apostados detrás de los árboles, pero cuando pretende desarmar a algunos de ellos, recibe un golpe en la cabeza. Los policías se retiran, llevándose al comisario medio aturdido.

Mientras los combatientes de Cieri, Parisini y Puzzarini, en Borgo del Naviglio, recogen materiales para levantar barricadas, llega un sacerdote en bicicleta, con su sotana ondeando al viento. Se baja sobre la marcha, lanza su bicicleta contra una pared cerca de la iglesia y se dirige hacia Antonio Cieri.

“Oh, Dios...”, suelta el anarquista.

El sacerdote lo reprende:

“¡No tomes el nombre de Dios en vano, hijo!”

“¿En vano? Escuche, sacerdote: sepa que Jesucristo tenía mucho más que compartir con gente como nosotros que con sus papas y cardenales”.

“Oh, “Rojo”, ¿crees que este es un día adecuado para discusiones teológicas?” exclama el sacerdote. “¡Vamos, ven y dame una mano, muévete!”

Cieri, lo sigue hasta la iglesia. Una vez dentro, el sacerdote se arrodilla y hace la señal de la cruz; el anarquista no ha puesto un pie en la iglesia desde que era un niño y por eso permanece aturdido, con los ojos pegados a un gran crucifijo que se eleva, entre luces y sombras, en una capilla lateral. El sacerdote toma un banco de un lado y le dice:

“Ahora, ¿me ayudarás o no? ¿Que estas esperando?”.

Cieri le ayuda a sacar el primer banco. Mientras lo colocan en la barricada en construcción, Cieri ordena a otro Arditi:

“Tráelos todos aquí, de dos en dos, sin estorbar y turnándonos para no dejar a la defensa sin vigilancia. Diez hombres deben permanecer apostados, y sin perder de vista al enemigo”.

En resumen, decenas de bancos se amontonan en la barricada. Cuatro Arditi empapados en sudor salen de la puerta de la iglesia, resoplando y llevando el confesionario.

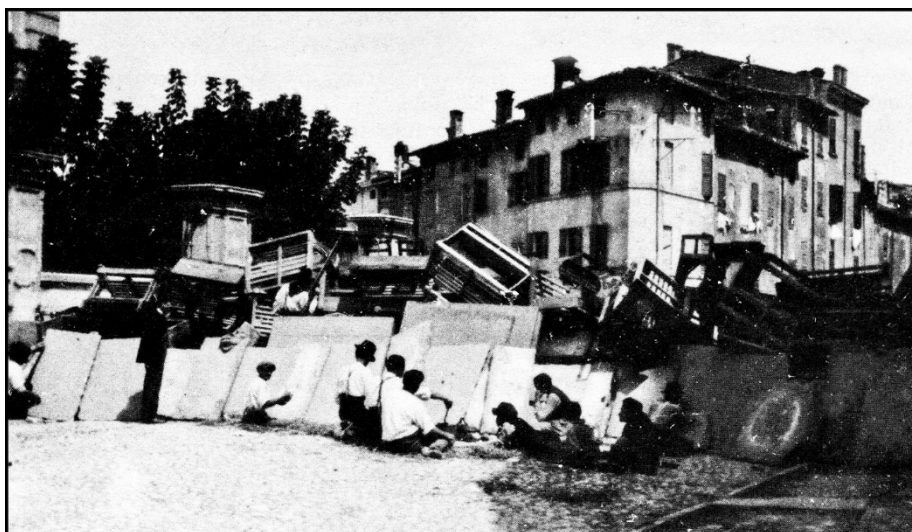
“¡Bueno no! ¡Eso o no!” dice el sacerdote.

“¿Y por qué eso o no?” Le pregunta Cieri.

El sacerdote levanta el dedo índice con expresión severa:

“Porque en los próximos días lo necesitaré ahí”. Mira por encima de la barricada y agrega: “Puede que sean fascistas y se lo merezcan, pero aún queda el quinto, no matarás. Y de todos modos tendrán que confesar. ¡Todos!”.

“Oh, claro... Definitivamente puedes contar con eso” dice Cieri, astutamente.



JUEVES 3 DE AGOSTO.

Alrededor de las ocho de la mañana, las primeras patrullas de fascistas prueban las defensas del Naviglio. Cuando la estación de tranvía y la estación de tren fueron ocupadas, dispararon contra los vigías Arditi; en particular, practican tiro al blanco contra alguien que ha izado una gran bandera roja en el techo de un edificio. Cerca de las barricadas, unos precisos disparos de mosquete les obligan a refugiarse detrás de los árboles de

las avenidas. Antonio Cieri se mueve de una barricada a otra, recomendando ahorrar munición y permanecer a cubierto.

Continúan los tiroteos y escaramuzas esporádicos. Luego los fascistas atacan el Circolo Ferroviari: los trabajadores se atrincheran en el interior, tapan las ventanas e incluso tapan las puertas. Los asaltantes atacan con barrotes y palancas. Los ferroviarios disparan algunos revólveres y los obligan a rendirse.

Los fascistas se desahogan con los chiquillos que venden “Il Piccolo”, considerado en su contra: los golpean y queman todos los ejemplares del periódico. Incluso algunos quioscos están en llamas, mientras que los squadristi persiguen a cualquiera que tenga un periódico antifascista en el bolsillo, o que simplemente no es “profascista”, y lo golpean salvajemente. Frente a la catedral una decena de camisetas negras atacan al concejal Vico Ghisolfi, señalado por un compañero local: lo golpearon con palos, se salva gracias a la intervención de un guardia municipal que se precipita y dispara algunos tiros al aire.

Continúan los intercambios de golpes. Los Arditi atacan la central de tranvías, hiriendo a algunos fascistas, que deciden despejarla y retirarse a gatas.

Detrás de las barricadas del Oltretorrente ya hay varios heridos, que están siendo tratados de la mejor manera: los médicos presentes hacen todo lo posible, pero no hay un servicio de enfermería eficiente. Desde una ventana del convento, una monja observa la escena: un médico hace todo

lo posible por ayudar a los heridos. La expresión de la joven monja es de profunda angustia. A su espalda, aparece el superior. Se miran el uno al otro durante unos instantes: es como si hubiera un diálogo silencioso entre ellos.

“Hemos rezado lo suficiente. Pero los disparos de esos bandidos son más fuertes que cualquier oración”.

La superiora aplaude, reúne a las otras hermanas que parecían estar esperando esa señal: todas vienen corriendo.

“¡Llevad vendas, tampones, desinfectante, sábanas, toallas, lo que sea necesario para tratar a los heridos!

Vamos, hermanas, ¡todas fuera! Y que el Señor nos ayude...”

Las monjas salen a la calle cargando todo lo que han encontrado para ayudar, con la superiora arremangada a la cabeza.

En la frenética actividad detrás de las barricadas, una joven se distingue de sus compañeras por su cinturón con una pistola enfundada y una bandolera con munición cruzada en el pecho. Ahora está coordinando la colocación de botellas llenas de aceite y gasolina en los alféizares de las ventanas y los alrededores. Picelli la ve en una ventana en el primer piso, le sonrío, dice:

“Oh, María, ¿estás bien?”.

“Por ahora si. Aguanta todo lo que puedas, pero si cruzan una barricada... ¡terminarán asados!” y muestra una botella con mecha.

Picelli asiente en broma con preocupación:

“María, por favor: antes de prender fuego a todo Parma, asegúrate de que ya nos han matado...”.

“No digas esas cosas, Guido”, responde María. “Ya lo escuché: 'Vencedores o muertos'... Ni siquiera me gusta en este momento. Si hay alguien que saldrá de aquí con las botas al sol, bueno, ¡serán los huérfanos de camisa negra!”

Picelli la saluda con el puño cerrado, María responde agitando ambos puños en una exhortación a resistir.

Por la tarde, los fascistas intentan un asalto más consecuente a las barricadas del Naviglio. Pronto estalla una furiosa batalla en Viale Mentana, con ráfagas de ametralladoras y granadas de mano. Giuseppe Mussini, de veinticinco años, cae. Muere unas horas después. Otros dos defensores también resultaron heridos, pero de menor gravedad. Los fascistas, sin embargo, se ven obligados a retirarse debido al intenso fuego y corren desordenadamente hacia el puente de Bottego. Mientras tanto, en el Oltretorrente solo hay escaramuzas esporádicas.

El joven Ciosè, que mantiene las conexiones entre el Naviglio y el Oltretorrente, intenta por enésima vez cruzar las líneas y es herido en el pie: antes de que los fascistas lo registren, Ciosè se traga la hoja con las comunicaciones entre Picelli y Cieri. Es el propio Cieri quien acude a su madre para decirle que ha sido

capturado. La mujer aprieta los puños, los brazos extendidos a los costados, se vuelve hacia su otro hijo de dieciséis años y desciende sobre la barricada y acecha junto a él pasándole la munición del rifle.

Por la noche se reaviva la batalla en el Naviglio, ahora identificado por los atacantes como un objetivo estratégico. Los carros blindados del ejército toman posición frente a las barricadas: los defensores esperan que hayan venido a imponer una tregua, pero algunas ráfagas parten de las torretas. Antonio Cieri ordena no devolver el fuego: es vital que el ejército no se ponga del lado de los fascistas. Sólo de los techos llueven unas tejas sobre el vehículo blindado, que al cabo de un rato se retira.

Por la noche, los fascistas acuartelados en las escuelas de San Marcelino no pueden descansar: Cieri decide que “si nosotros no dormimos, ellos tampoco”. Grupos de Arditi se acercan en la oscuridad y disparan a los centinelas que están estacionados en las puertas. La empresa se repite varias veces. Los squadristi comienzan a ponerse nerviosos y desde adentro lanzan cientos de tiros al azar.

Continúan llegando miles de camisas negras durante la noche, especialmente de Ferrara, Mantua y Cremona.

Hacia la medianoche se intensifican los intercambios de disparos: largas ráfagas de ametralladoras desde la concurrida estación de tren. En lugar de intentar contener a los asaltantes, los carabinieri y los guardias reales dispararon algunos tiros contra las barricadas.

Al amanecer, los fascistas irrumpen en la redacción y la imprenta del “Piccolo” y les prenden fuego.

Afuera, un escuadrón de soldados de caballería observa la escena sin intervenir. De hecho, algunos de ellos se ríen cuando ven a los tipógrafos que no lograron escapar a tiempo golpeados hasta la muerte.

Mientras tanto, se desarrollan febriles negociaciones entre la jefatura de policía y la Cámara de Trabajo de Borgo de Grazie, defendida por los combatientes corridonios de Alceste De Ambris, que en los últimos tiempos se ha mantenido a menudo al margen de Parma y actualmente se encuentra en Francia. A la cabeza de la resistencia de los sindicalistas revolucionarios está Vittorio Picelli, hermano de Guido, que siempre se ha puesto del lado de De Ambris. Por teléfono, el comisionado dijo emocionado:

“¡Los fascistas llegaron en varios miles, armados como soldados en la guerra! No podemos contenerlos. Te doy un consejo: sálvate todo el tiempo que puedas, y dile a los del Naviglio que huyan, ¡porque van a ser masacrados! ¡Te lo digo por tu interés!

Desde la Cámara del Trabajo la respuesta es perentoria:

“Informaremos, señor comisionado. Pero si los fascistas se atreven a violar los barrios obreros, considérelos ya muertos. ¡Lo declaramos con la misma serenidad que



cuando nos enfrentamos a otro enemigo en las trincheras kársticas!”<sup>16</sup>

Fuera de la Cámara del Trabajo se alinean los sindicalistas de la “Legión Filippo Corridoni” y numerosos trabajadores armados.

Benito Mussolini recibe informes confusos desde Parma, pasa horas al teléfono con los jefes involucrados en la expedición tratando de entender por qué una alineación tan feroz, numerosa y bien armada no puede doblegar la resistencia del gamberro subversivo parmesano.

A regañadientes, toma la decisión: solo Italo Balbo puede resolverle un problema similar. Mussolini lo habría hecho con mucho gusto sin asignarle otra expedición exitosa. Balbo goza ya de una fama enorme, y por tanto peligrosa: es un conductor decidido y carismático, el único capaz de seguirle el paso. Él también, como Farinacci, siempre está dispuesto a poner un radio en su rueda. Mussolini sabe que para conquistar el poder debe tejer tramas y desenredar con paciencia los nudos enredados, mientras que Balbo está acostumbrado a cortarlos con un golpe de espada. Sin embargo, solo el Ras de Ferrara puede doblegar a Parma, ningún otro jefe, habiendo llegado a este punto, podría hacerlo. Farinacci es incapaz, desde este punto de vista, todo ímpetu en palabras, pero nulo en

---

16 El Carso (en esloveno, Kras; en italiano, Carso; en alemán, Karst; en friulano: Cjars), también conocido como karst clásico o la meseta del Kras, es una región con una meseta fronteriza de caliza en el sudoeste de Eslovenia que se extiende hasta el nordeste de Italia. Se encuentra entre el valle de Vipava, las bajas colinas de alrededor del valle, la parte más occidental de las colinas de Brkini y el golfo de Trieste. Su margen occidental es también la frontera étnica tradicional entre italianos y eslovenos. La región es famosa como la inspiración para el término geológico karst. [Wikipedia. N. d. T.]

efectividad. Si le permite hacerlo, podría arrasar la ciudad, mientras que el imperativo categórico es evitar una masacre y demostrar que el fascismo está listo para gobernar. Una carnicería lo revolvería todo. Y como van las cosas, no es del todo seguro que los oponentes tengan que ser masacrados.

Italo Balbo acepta con entusiasmo y no renuncia a la gasconería habitual, que tanto molesta a Mussolini. El futuro Duce, sin embargo, esta vez hace bocetos y, por teléfono, le deja decirlo.

“Recuerda, Balbo: ¡firmeza y disciplina! Sin excesos ni disparos a la cabeza”.

“Tienes mi palabra, reduciré esa guarida de subversivos a un rebaño de corderos, después de lo cual... ¡a Roma! Duerme tranquilo, Jefe: esta noche estaré en Parma y mañana ya tendrás la buena noticia que estás esperando”.

Mussolini está nervioso, paseando de un lado a otro por la gran sala de su oficina personal. Balbo, piensa, es el único que todavía se permite llamarlo de tú, algo que nadie más se ha atrevido a hacer en mucho tiempo.

Demasiadas veces, ese joven descarado de Ferrara ha estado cerca de tomar las riendas de la Revolución Fascista, y en un caso incluso lo obligó a renunciar... Luego, invariablemente, la moral del subordinado que reconoce la autoridad del verdadero Jefe entró rápidamente en vigor, llegando incluso a manifestaciones de afecto emocional que avergonzaron a Mussolini.

Sí, piensa dando la vuelta al escritorio, atormentándose el labio con dos dedos, entre los muchos problemas a afrontar después, también estará, sobre todo, cómo mantener a raya a Italo Balbo, el mítico Ras de Ferrara.

## **XIV. EL RAS DE FERRARA**

Italo Balbo nació el 6 de junio de 1896 en Quartesana, en la campiña de Ferrara, hijo de un maestro de primaria, Camilo, y de Malvina, una mujer muy religiosa que, por el bien de la tranquilidad doméstica, era el contrapeso al anticlericalismo acalorado de su marido, un monárquico convencido pero alergico a las sotanas, tanto que se convertiría en secretario del círculo liberal de Ferrara. En la ciudad de Este la familia, ahora numerosa, se había trasladado para dar una mejor educación a sus hijos Fausto, Edmondo, María –quien en realidad tenía que llamarse Trieste pero el cura, solo para reavivar el odio del padre, se negó a bautizarla con ese nombre “sin santo en el calendario ni en el cielo”–, Italo, otro nombre evocador, esta vez del frustrado patriotismo paterno tras la aplastante derrota del colonialismo itálico en Adua, y Egle, el más pequeño. Faltaba César, el hijo mayor que murió de meningitis a los cinco años. También Fausto habría sido abatido a los veintisiete años por un tumor cerebral, dejando un vacío infranqueable en Italo que adoraba a su hermano, el más culto y creativo de la prole, poeta precoz y prometedor periodista, de ideales republicanos con gran desprecio de su padre, pero

también el orgullo de su familia: había publicado un volumen de poemas con el editor Zanichelli, se graduó con la máxima puntuación y obtuvo la cátedra en Lugo di Romagna, donde también se había hecho cargo de la dirección de la biblioteca municipal, por no hablar de sus frecuentes artículos en periódicos locales, como “Il Popolano” de Cesena.

Quién sabe cómo hubiera sido el futuro de Italo si hubiera tenido la fuerte ascendencia de Fausto, quien un año antes de su muerte escribió artículos en un diario condenando con vehemencia la violencia política en la región, convencido defensor del diálogo contra todas las formas de opresión. Pero Italo, aunque seguía venerando su memoria, pronto elegiría el camino de las armas y la acción, enamorándose de quimeras retóricas como “Bella morte”.

Republicano más por fidelidad a los ideales de su hermano que por conocimiento de los hechos, Italo se unió a los mazzinianos, considerados de izquierda y subversivos en una Italia monárquica y conservadora: incluso en este caso, era la voluptuosidad de estar siempre a la vanguardia y las ganas de luchar lo que lo empujaba al extremo de todo. Hasta el punto de que intentó ofrecerse como voluntario con Ricciotti Garibaldi, hijo del Héroe de los Dos Mundos, en una expedición a Albania para “liberarla del yugo de los turcos”. Solo tenía quince años y se escapó de casa para presentarse en la reunión de Fano de 1911. Pero, aparte de que fue capturado por un amigo de su padre, la expedición de Giolitti nunca partió para la intervención, quien Prefirió canalizar estas energías para los preparativos para la guerra en Libia. Guerra que impuso un alto al fervor combativo del adolescente Italo: los mazzinianos se

opusieron furiosamente a ella y él emprendió de manera igualmente furiosa manifestarse en su contra. Y cuando un aumento en la matrícula en varias escuelas secundarias italianas provocó protestas estudiantiles, se distinguió como uno de los editores de huelgas más seguidos en Ferrara. Tras un enfrentamiento en la calle con los carabinieri, el indomable Italo partió para terminar sus estudios de bachillerato en San Marino, por orden perentoria de su padre que quería mantenerlo alejado de los “subversivos” de los que Ferrara, según él, ahora estaba embrujada. Y estaba en Staterel o Monte Titan cuando estalló la Gran Guerra.

El intervencionismo enardecía las mentes de republicanos y sindicalistas revolucionarios; también sacó a muchos militantes de las filas socialistas, acérrimos opositores a la guerra e incluso algunos anarquistas se convencieron de que el conflicto, además de desmoronar las tiranías centroeuropeas, sería un “fuego regenerador”, “capaz de extender las llamas al resto del continente, especialmente en Italia, donde, una vez armados y entrenados para el combate, los revolucionarios habrían acabado con la dinastía Saboya y la burguesía de tiburones”.

Italo no perdió el tiempo. Intentó varias veces, sin éxito, marchar a Francia para alistarse como voluntario.

Tenía que contentarse con pronunciar discursos donde se presentaba la oportunidad. Y fue así que conoció a Benito Mussolini, un intervencionista de concepción muy fresca, tras su pasado como socialista hostil a la guerra. Balbo se inscribió de inmediato en los recién nacidos Fasci de Acción

Revolucionaria, distinguiéndose en los enfrentamientos callejeros con guardias reales y carabinieri, siempre en primera fila cuando había que salir a la calle. Finalmente logró alistarse como voluntario, gracias al cumplimiento de la edad permitida, solo unas semanas antes de la declaración de guerra de Italia a las Potencias Centrales.

El destino parecía frustrar su ansia de luchar. No solo no lo enviaron al frente, sino que después de una especie de recorrido por varios cuarteles italianos, el alto mando lo envió de regreso a casa, a esperar una posible llamada. El Ejército Real siguió su propia lógica completamente comprensible: para las jerarquías militares, los voluntarios eran una mezcla de alborotadores y exaltados, sobre todo subversivos; mejor por lo tanto esperar a montar los “batallones disciplinarios” para usarlos como carne de matadero y deshacerse de ellos de una vez por todas...

Italo Balbo, sin embargo, aunque figuraba como un exagerado intervencionista “mazziniano”, provenía de una familia respetable y, a pesar de sus fracasos, siempre había “estudiado”. Entonces, cuando también le correspondió la convocatoria regular, lo asignaron al curso de oficiales en la academia de Módena, y una vez cosidos los codiciados títulos en el uniforme, se alistó en el batallón Val Fella de los Alpes. Ya en esos días, en el momento en que Italo Balbo sentía una fuerte atracción por los vuelos y los aviones, Francesco Baracca era el héroe resplandeciente de toda la patria.

Aún no había disparado un solo tiro al frente cuando el teniente Balbo pidió ir a la Fuerza Aérea. El mando aceptó la

petición trasladándolo a Turín, y fue su salvación, porque el batallón Val Fella se encontró rodeado en Caporetto: los austriacos lo aniquilaron y los pocos supervivientes acabaron en campos de prisioneros. El boyante teniente rompemontañas estaba una vez más lejos de la sangre, de las entrañas esparcidas por las trincheras, de los miembros destrozados por granadas y ametralladoras y del vómito de los moribundos.

En resumen, la “bella muerte” simplemente no quería tocarlo. Sin embargo, la urgente necesidad de tropas frescas después de la derrota significó que Balbo fue transferido de regreso a las tropas alpinas. Y esta vez lo pusieron al mando de una unidad de asalto; si de verdad quería demostrar algo, después de los años que pasó despotricando contra los “cobardes derrotistas”, ahora no solo podía oler, la tan aclamada “guerra regenerativa”, sino convertirla en indigestión.

Italo Balbo no se dejó rogar. En esta segunda fase de su guerra, se distinguió en diversas acciones, tuvo un breve interludio detrás de las líneas –quizás un merecido descanso para el guerrero– y finalmente participó en la ofensiva del monte Grappa, con un saldo de tres medallas al valor, dos de plata y una de bronce.

Detalle curioso: las sentencias de los superiores recogidas en su cuadernillo militar le consideran esquizofrénico. Algunos lo definen como “disciplinado y celoso”, otros “impulsivo, irreflexivo y demasiado hablador”, uno lo describe como “de poca disposición para la vida militar, no dotado de un carácter firme” y otro: “oficial educado e inteligente, con suficiente



cultura militar, impregnada de entusiasmo patriótico, es capaz de ejercer una gran fascinación sobre los subordinados”.

Aquí, esta última observación es, en los años venideros, incontrovertible. Balbo, en acción, era un conductor nato, un líder instintivo. Algo que Benito Mussolini, una vez que asumió el poder, conocía demasiado bien y temía.

El 23 de marzo de 1919 Benito Mussolini fundó el primer Fascio di combattimento en Milán, y en septiembre Gabriele D'Annunzio ocupó Fiume al frente de sus “legionarios” como una forma de protesta extrema por la imposibilidad de anexar la ciudad croata a Italia, en vigor del veto del presidente estadounidense Wilson en la Conferencia de Paz de París. La memoria histórica de la empresa de Rijeka<sup>17</sup> será entonces absorbida y manipulada por el fascismo y nadie, durante muchas décadas, recordará, por ejemplo, que muchos legionarios dijeron que querían llevar a cabo el “Soviet de Rijeka”, y que entre ellos había más “subversivos” que nacionalistas. Aunque contradictoria y nebulosa, la política de D'Annunzio en enero de 1920 llevó al liderazgo del llamado Comando de Rijeka al sindicalista revolucionario Alceste De Ambris, compañero de creencias de ese Filippo Corridoni que en Parma tenía muchos seguidores decididos a oponerse con las armas al fascismo. Sin embargo, en medio del caos, el

---

17 Anteriormente denominada Fiume. El Estado libre de Fiume (en italiano, Stato libero di Fiume, en croata, Slobodna Država Rijeka) fue un Estado independiente que existió en Fiume (actual Rijeka) entre 1920 y 1924. La ciudad se halla en la costa del mar Adriático. Originariamente puerto de Hungría, Fiume fue objeto de disputas territoriales entre el Reino de Italia y el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos tras la Primera Guerra Mundial. En efecto: en 1919, un ejército italiano —compuesto por militares de bajo rango a las órdenes del poeta italiano Gabriele D'Annunzio— ocupó la ciudad, estableciéndola como Estado soberano desde 1920 a 1924. [N. d. T]

fascismo recién nacido abrazó por completo el reclamo de Fiume como una “patria victoriosa” y “regenerada” por la guerra que acababa de terminar. Entre los que apoyaron otro “armémonos y vayamos” obviamente estaba Italo Balbo, esta vez ya no mazziniano ni dispuesto, como lo había hecho antes de la guerra, ni siquiera a escribir en un periódico socialista, sino encendido por un nacionalismo furioso, de lo que más tarde se advertiría al propio D'Annunzio. Después de las emocionantes experiencias en las trincheras, Balbo se sintió animado por un odio feroz hacia los socialistas. Tendrían que pagar caro la oposición al intervencionismo. Pese a las feroces proclamas de “fiumanismo”, se cuidó, sin embargo, de no dejar el ejército para alistarse con los legionarios, como hacían tantos de sus compañeros: quizás era la primera vez que se manifestaba el otro don fundamental del líder en él, que además del carisma, debe demostrar que sabe evaluar cuándo conviene quedarse quieto y ponderar la situación. Además, estaba ciertamente disgustado por las manifestaciones confusamente prosoviéticas de la mayoría de los rijekers.

Entonces, unos meses después de su licencia, decidió graduarse, les deseó a los legionarios sus mejores deseos y se quedó en casa.

Regresó a “Ferrara la Roja”. Tenía mucho trabajo por hacer, ya que había comenzado a definir el bolchevismo como “una gangrena”, en la ciudad donde los socialistas en 1919 incluso se llevaron el setenta y cinco por ciento de los votos: una Ferrara dispuesta a desencadenar la revolución, según los colegios electorales, aunque el Partido Socialista empezara a bombear agua al fuego. E Italo Balbo, al fin y al cabo, también seguía

hablando de “revolución”, pero desde hacía algún tiempo añadía el adjetivo “fascista”. Y en poco tiempo habría creado una obra maestra de vuelco político, transformando a Ferrara en el epicentro del terremoto de Mussolini.

Aterrados por el avance de los subversivos, los agrarios, es decir los latifundistas, no esperaban más que aferrarse a un salvavidas. E Italo Balbo intuyó que eso era exactamente lo que les podía ofrecer el fascismo de Ferrara. Exasperando la acusación antisocialista, que estaba tan cerca de su corazón, se deshizo del programa del siglo XIX, que estaba a favor de los “campesinos pobres”, y creó el “escuadrismo” como una cohesión híbrida entre brutal violencia contra los opositores al poder y garantía de orden social para los empresarios: “Siempre que la libertad de los ciudadanos se vea amenazada por las huelgas”, los equipos de Balbo estarán dispuestos a intervenir. Y por “ciudadanos” se refería sobre todo a los terratenientes y ganaderos, que en Ferrara en 1920 eran molestados por las demandas de los trabajadores, que muchas veces acababan en sangre debido a la brutal intervención de la policía de los Saboya, a la que en ocasiones le seguían vendettas aisladas.

Los agrarios pusieron a disposición de las dotes carismáticas de Balbo, apoyos y financiación: de los escasos cincuenta militantes del Fascio en los primeros meses, pasaron a mil en diciembre de 1920, que se convirtieron en siete mil en marzo de 1921. Cifras que siguieron relegando el fascismo en el ámbito de una pequeña minoría, pero una minoría que podía contar con armas y medios, incluidos camiones para viajes rápidos, con el consentimiento total de los terratenientes, así

como con la vergonzosa connivencia de los representantes de las instituciones, en particular de la prefectura. Y si mientras tanto los fascistas de la primera hora, los “puros” que todavía decían tener ideales antiburgueses y cercanos a las demandas de los oprimidos, es decir, los obreros y campesinos sin tierra, empezaron a recalcular y acusarlo de “traición”, Balbo ni siquiera les hizo caso, y dejó que la sucesión de hechos los obligara a dimitir o perderse en la calle; como sucedió con Olao Gaggioli, quien luego de ser el primer secretario del Fascio de Ferrara, llegó a definir abiertamente la obra de Balbo como una vergonzosa mutación del fascismo en un “guardaespaldas de los tiburones”. Gaggioli abandonó el fascismo y volvería a adherirse a él exactamente el día después de la muerte de Balbo en 1940.

El “bautismo de fuego” de las escuadras de Ferrara tuvo lugar el 20 de diciembre de 1920, cuando intentaron impedir una concentración socialista en la ciudad, recurriendo a la ayuda de unos doscientos compañeros de Bolonia y de los núcleos rurales de la zona. Atacaron fríamente a los manifestantes reunidos en la plaza, golpeando a lo loco, pero, mientras el tumulto rabiaba e intentaba reaccionar, se dispararon algunos tiros desde el castello d’Este.

En la confusión general, murieron tres fascistas y un socialista, así como un transeúnte ajeno a los disturbios.

La dinámica de los hechos nunca se esclareció y, entre las acusaciones mutuas, nunca se supo si algunos militantes socialistas estaban ansiosos por dar una lección a los agresores, o preocupados por evitar un asalto al Ayuntamiento hasta el

punto de perder la cabeza y disparar a ciegas, o si los fascistas fueron los primeros en abrir fuego. Sin embargo, el hecho es que en Ferrara nada había sido igual que antes. Fue la apoteosis de Balbo. Finalmente tenía tres “mártires” para lucirse, tres víctimas del sacrificio desde las que apalancar para desatar la indignación de quienes lo subvencionaban pero que dudaban en exponerse. Transformó el funeral en una manifestación masiva, inició una suscripción para las familias y, sobre todo, logró la destitución del prefecto De Carlo, que fue reemplazado por Samuele Pugliese, un ferviente admirador de los métodos de las escuadras: el orden social estaba amenazado por huelgas, ocupaciones y exigencias salariales, por lo que era necesario intervenir.

El irresistible ascenso de Balbo coincidió con la agudización de los contrastes con Mussolini. El Jefe apostaba todo por los industriales y desconfiaba de los agrarios, de los que Balbo se estaba convirtiendo en el campeón. Además, Ferrara ignoró las directivas de Milán sobre la obligación de hacer fluir los subsidios al comité central y se quedó con los sustanciales fondos pagados por los terratenientes de la zona, que consideraban a las escuadras de Ferrara como su “guardia blanca”. Con estos medios a su disposición y pudiendo contar con la ceguera cómplice de la prefectura, Balbo inició la militarización de los escuadrones, dividiéndolos en pelotones y compañías, con departamentos de motociclistas para las conexiones. Pretendía obtener ese “ejército disciplinado con el que conquistar la victoria decisiva”, como escribió en ese momento, y con una fuerza similar a sus espaldas entró en curso de colisión con el Jefe, quien entre tanto, entre junio y julio de 1921, optó por la táctica ofreciendo un “pacto de

pacificación” a los socialistas. Balbo se opuso con tanta vehemencia que escribió frases en el diario “Il Balilla” redactadas por él, dirigiéndose a Mussolini, que definió su obra como “fantasía infantil, sentimentalismo femenino, ideología democrática y cálculo por las manipulaciones de la política”.

Y estalló la tormenta.

El futuro Duce respondió de la misma manera, acusando a los “emilianos”, pero se refería principalmente a los ferrareses de Balbo, de defender “los intereses privados de las castas más sordas y miserables que existen en Italia” y amenazando con abandonar el Fascio si no agachaban la cabeza. Precisamente, con un movimiento de calculada estrategia, los puso de espaldas a la pared dando su renuncia al ejecutivo cuando, el 16 de agosto, los habituales emilianos rechazaron el denostado “pacto”. Evidentemente la renuncia fue rechazada, y obtuvo el resultado deseado: un sentido telegrama de Italo Balbo que le rogaba, en nombre de “nuestra soberbia fe”, no considerar su oposición como un hecho personal, porque el pacto de pacificación era a su advertencia, dañino pero dictado por el “amor cegador por la reconstrucción política nacional”. Mientras tanto, en Ferrara circulaba “Il Balilla” que Mussolini definía, en aquellos días, empañado por un “superficialismo grotescamente infantil”. Una esquizofrénica relación de amor y odio unía al emiliano con la Romaña: mientras esta última siempre habría mantenido una actitud fría y cautelosa, el Ras de Ferrara parecía capaz de despreciar al Jefe desde la distancia pero sucumbía a su encanto cada vez que lo tenía delante de él. Se acercó a él lleno de despecho y decidido a “decirle cuatro cosas”, y salió de la oficina de Milán

en un estado de éxtasis, totalmente subyugado. Entonces, bastaron unos meses, y volvió a considerarlo un político astuto y traicionero, a la espera de ser amansado nuevamente por una “caricia del maestro”.

El “intelectual” del régimen de Bottai escribió sobre ese singular informe:

“Lo amaba con un amor furioso y colérico, feroz y despectivo... Habría hecho documentación falsa para agarrarlo, para sentirlo suyo. Pero en el fondo lo despreciaba... Le permitía ser pícaro: una travesura de segunda mano, capaz de recurrir a cualquier medio, hasta el menos noble e indigno. Sin embargo, él mismo se enamoró más que cualquier otro: bastaba una persuasión del Jefe para que entrara en éxtasis y se lanzara a la empresa más arriesgada”.

Quizás su actitud hacia Mussolini reflejara la incongruencia registrada en los días de su vida militar, cuando las relaciones fluctuaban entre la indisciplina y el fervor patriótico, entre la impulsividad imparable y la obediencia debida. A Italo Balbo le encantaba más que nada en el mundo destacar, sobresalir, brillar, como demostraría con las memorables hazañas de las travesías del Atlántico, cuando logró oscurecer la figura del Duce a nivel internacional. Y habría otro choque feroz, al menos tanto como ese del pacto con los socialistas: sería sobre las leyes raciales, cuando Balbo se exponía con palabras de fuego –en Ferrara muchos de sus partidarios y amigos, después de todo, eran judíos– atacando abiertamente a Mussolini. Pero también permaneció en ese momento esperando “coraje” para

“retroceder” y reavivar el amor por el Jefe, a quien seguía dándole el tú, el único jerarca de hecho exento del uso obligatorio del “usted”.

Balbo demostró ser muy ingenuo: el pacto era una jugada formal, puro humo en los ojos para el uso y consumo de la opinión pública exacerbada por la violencia desenfrenada, un compromiso que pretendía demostrar que el fascismo quería garantizar “orden y legalidad” porque ahora él se creía maduro para el poder. Ese pacto nunca será respetado por los escuadristas, y resultó ser una trampa en la que los socialistas cayeron con una miopía fatal, la ilusión que habría hecho cumplir al Estado iniciar el desarme de los equipos paramilitares, cuando en realidad, en cambio, desató la persecución de cualquier oponente armado.

Sin embargo, los “paramilitares” de Ferrara no se quedaron con las manos vacías ni antes ni después del infame “pacto de pacificación” con trabajadores y cooperativas. Y se entusiasmaron con su Ras. Hubo un escuadrón que escribió una verdadera declaración de amor por el líder Balbo:

“Un rostro en el que suele imprimirse una sonrisa aristocrática e irónica. Sin embargo, un ligero desplazamiento de las líneas frontales, sobre las que se hinchan pequeñas y poderosas venas, es suficiente para que el arco de la pestaña adquiera un formidable tono imperial. El gesto, el paso, el movimiento elástico, dan ahora a la esbelta figura un toque algo salvaje y tigresco... Puede ser el más bondadoso y al mismo tiempo el más cruel del mundo...”.



La “fiera”, entre las muchas expediciones, también se dirigió a Berra, el pueblo donde los socialistas mantuvieron vivo el recuerdo de tres huelguistas asesinados en 1907. Los escuadrones de Ferrara tenían una lista: iban casa por casa y golpeaban, prendían fuego, disparaban. El saldo de la heroica empresa se “limitó” a un cierto número de heridos, pero cuando la esposa de un atacado trató de reaccionar, sosteniendo una horca y gritando todo su desprecio en el rostro de los vándalos, los valientes jóvenes del Ras la emprendieron a balazos. Unos días después, mataron a otra mujer, culpable de oponerse a sus redadas; el escuadrista asesino –vástago de una familia de agrarios adinerados– fue arrestado, pero el prefecto lo dejó en libertad para “evitar conflictos con los fascistas”.

A partir de entonces, le habían tomado gusto, y así el mito fascista de que “no le tocaban un pelo al bello sexo” quedó definitivamente destrozado.

Parece que Balbo estaba profundamente decepcionado. Pero a estas alturas ya había puesto en marcha una máquina infernal en la que ya no era posible separar a los “puros” de los matones vulgares, delincuentes callejeros, violadores y sádicos.

Siempre intentará purgar sus filas de cierta chusma, pero al final seguirá usándola, limitándose a unas severas reprimendas. Se consideraba un caballero, un “alpino inmaculado”, pero se rodeaba de bestias que nunca se complacían con las “sonrisas aristocráticas e irónicas” de su Ras. Sus acólitos no aspiraban a tener “un formidable tono imperial”, tal vez pretendían imitar el porte “fiero y tigre” del

venerado Italo, pero una vez que entraban en acción masacraban, disparando en la cara a quemarropa, asesinaron a personas desarmadas como sólo los “hombres” saben hacer.

En julio de 1922 Balbo organizó y dirigió la expedición punitiva que desataría la última y sangrienta temporada de lucha de violencia de los fascistas antes de que tomaran el poder absoluto. El objetivo principal era Rávena, la ciudad “subversiva” por excelencia. La muerte de seis manifestantes en enfrentamientos con las fuerzas del orden había llevado a miles de personas a tomar las calles, liberando simbólicamente gran parte de la ciudad del control represivo de los carabinieri y guardias reales.

En Rávena hubo una estrella en ascenso de los escuadrones armados, Ettore Muti, que será voluntario en Etiopía y España, cónsul general de la Milicia y luego secretario del Partido Nacional Fascista del 39 al 40, finalmente asesinado por los carabinieri badoglianos<sup>18</sup> después del 8 de septiembre de 1943 porque trató de evitar la detención reaccionando violentamente, él mismo, que había recibido la complicidad y el consentimiento tácito de los carabinieri de Ravenna.

En este momento, Ettore Muti era el organizador veinteañero de los escuadrones de acción de Ravenna, y pidió desesperadamente ayuda a los camaradas de Ferrara en una situación en la que su pequeño grupo de matones se vio asediado por oponentes decididos a acabar con los abusos y continuas negaciones de los “pactos de pacificación”.

---

18 Relativo al general P. Badoglio (1871-1956), jefe del gobierno italiano desde la caída de Mussolini (25 de julio de 1943) hasta junio de 1944. [N. d. T.]

Balbo acudió y desató el infierno.

No se debe subestimar el espíritu de venganza que empujó a los “emilianos” a dar una lección a la “Romaña”. Romaña contaba con una larga tradición de rebeldía contra todo orden establecido, pero es probable que Balbo también se dejara llevar por la rivalidad atávica entre emilianos y romagnoli cuando, por ejemplo, sucumbió al resurgimiento del odio hacia su Capo di Predappio. Sin embargo, el atractivo de Muti fue una invitación para Balbo. De hecho, a una serie de funerales.

El 26 de julio, más de tres mil escuadristas, en su mayoría de Ferrara, convergieron en Rávena, entusiasmados por mostrarle a Ettore Muti cómo se resolvían las cosas.

Las asociaciones de trabajadores declararon una huelga general llamando a una movilización. Los fascistas atacaron y ocuparon la Casa del Pueblo, luego prendieron fuego al edificio de la Cooperativa Socialista, orgullo de Nullo Baldini, que había dedicado los últimos veinte años a la organización de las cooperativas de la Romaña. Según las crónicas de la época, Balbo habría permitido que Baldini abandonara la sede de la confederación antes de que estuviera completamente envuelta en llamas, para disfrutar de esa escena, que describió en su diario:

“El fuego en el gran edificio arrojó espeluznantes resplandores en la noche. Toda la ciudad estaba iluminada. Hay que dar a los adversarios una sensación de terror... Cuando vi salir al organizador socialista con las manos en la cabeza y los signos de desesperación en el

rostro, comprendí toda su tragedia. El sueño y las penurias de toda una vida se reducían a cenizas”.

Balbo reconoció, en esa ocasión, que la organización de las cooperativas de Ravenna se “regía por criterios honestos”, pero “lamentablemente la lucha civil no tiene término medio”. Cuando escribió, el “El combatiente caballeresco” tenía la ventaja, y supo reconocer el coraje, la dignidad y hasta la capacidad del enemigo para hacer frente a sus hordas. Desafortunadamente, aunque fue un trabajo sucio, alguien tenía que hacerlo. Y le correspondía a él hacerlo de la manera más “fiera y salvaje”.

Mussolini intentó detenerlo. Estaba tejiendo hábilmente el complot para obtener la participación de los fascistas en el nuevo gobierno presidido por Luigi Facta, un liberal de Giolitti cuyas incertidumbres y vacilaciones habrían favorecido el rápido ascenso al poder; y los fragmentos de la “columna de fuego” en la tierra de Romaña corría el riesgo de destruir sus planes. Encargó al jerarca Michele Bianchi, futuro Quadrumviro de su Marcha sobre Roma, que le enviara un telegrama con la orden de alto y de esperar la llegada a Rávena del político Dino Grandi, una figura reflexiva y poco inclinada a disparar a la cabeza. Grandi conoció y admiró a Balbo desde niño, cuando escribió: “Es inquieto, extrovertido, lleno de simpatía humana, mientras que yo soy solitario, estudioso, introvertido, el primero en la clase”. De hecho, Mussolini esperaba que la amistad entre los dos le permitiera a Grandi imponerse y hacer que la razón prevaleciera sobre el deseo de represalias. Todo inútil. Balbo el inquieto y extrovertido envió a Bianchi, Grandi y Mussolini al diablo de un solo golpe, y respondió con su

arrogancia habitual: “¡Aquí estamos al cargo! En Roma puedes hacer lo que quieras. ¡Nos interesaremos en Roma cuando podamos lanzarnos sobre ese nido de búhos para hacer un barrido limpio!”.

Y sembró el terror en media Romaña, no contento con haber humillado la parte más sana y trabajadora de Rávena, como si la invitación a la prudencia sonara como una provocación a la que debía responder con cubos de gasolina al fuego: también en este caso, queda por preguntarse cuánto tuvo de espíritu de venganza el amante enojado hacia Benito.

Salieron de Rávena al amanecer del 29 de julio, con Italo Balbo a la cabeza de la horda de vándalos. Pasaron por varios centros de la provincia, el de Forri, y luego en Rimini, Sant'Arcangelo, Savignano, Cesena, Bertinoro, dondequiera saquearon, golpearon, quemaron oficinas de sindicatos, partidos, organizaciones de trabajadores. Derribaron puertas de casas particulares y sacaron a los rojos o presuntos a golpes y tiros, gritos y llantos desesperados de esposas e hijos, y en plena oscuridad, detrás de ellos la noche se iluminaba por los "sueños y labores de toda una vida" que se esfumaban.

La indignación se extendió al resto del país y se convocó una huelga nacional. En ese momento Mussolini enfundó sus garras y dejó a un lado la máscara de pacificador, dando a los huelguistas un ultimátum de cuarenta y ocho horas: o volvían al trabajo, o soltaba las escuadras a la manera del Ras de Ferrara. Mientras tanto, pensaba precisamente en Parma, último bastión, última factura a pagar en su Emilia.

## XV. “SI PICELLI GANARA...”

Al llegar a Parma en la noche entre el 3 y el 4 de agosto, Balbo ocupa el hotel Croce Bianca y lo convierte en su sede. En la habitación utilizada como oficina y centro de operaciones, el Ras anota en su diario:

“Por primera vez, el fascismo se encuentra frente a un enemigo feroz y organizado, armado y bien equipado, además de decidido a resistir hasta el amargo final”.

A lo lejos, ecos de detonaciones, algunos estallidos aislados. Continúa escribiendo:

“Los fascistas locales son pocos. La ciudad permaneció casi impermeable al fascismo. No pudimos evitar la huelga general por la debilidad de nuestras fuerzas...”.

Más disparos, esta vez más cerca; una explosión amortiguada desde la distancia, pero con un eco más largo: probablemente una granada de mano. Balbo niega con la cabeza y suspira. Se

esfuerzo por retomar el hilo de pensamientos que confiar al diario.

“El Oltretorrente completamente en manos de los rojos. La población está atrincherada y las casas transformadas en fortalezas, con abundancia de armas y francotiradores en los techos: las calles bloqueadas por barricadas con el material de las escuelas e iglesias. Incluso los sacerdotes en enaguas participan en la resistencia subversiva...”

Luego agrega en su diario, con una escritura nerviosa y apresurada:

“Debo admitir que nuestros oponentes están mostrando su valor y coraje. Picelli está en las trincheras para animar a los luchadores. Si Picelli ganara, los subversivos de toda Italia levantarían la cabeza. Se demostraría que armando y organizando escuadras rojas se puede neutralizar cualquier ofensiva fascista”.

Están llamando a la puerta. Entra el ayudante de campo, le entrega una hoja de papel y dice:

“La lista de camaradas caídos y heridos. Debemos informar a las familias”.

Balbo se desplaza hacia abajo en la lista, mordiéndose el labio. Él espeta:

“¡Por Dios, nunca hemos tenido tantas pérdidas de una vez! Y la moral, ¿cómo está?”.

El ayudante parece perplejo, balancea levemente la cabeza, señal de que incluso la moral de los escuadristas está experimentando los primeros fracasos. Balbo se pone de pie de un salto, golpea el escritorio con el puño y exclama:

“¡Es fácil romper montañas hasta que tienes un enemigo fuerte y resuelto frente a ti! ¡Bien! ¡En Parma hemos encontrado pan para nuestros dientes! ¡Y si alguien retrocede, le patearé el trasero! ¡A latigazos los haré ir a esas malditas barricadas! ¡Soy el único en darles moral!”



## XVI. MARÍA Y LAS DEMÁS

En la oscuridad de la noche, unas figuras se deslizan encorvadas y silenciosas a lo largo del muro fronterizo de un gran cuartel militar. Son tres mujeres. La primera es María, la joven amiga de Picelli. Llega frente a una puerta lateral, se detiene y espera. María se lleva las manos a la boca: emite una especie de silbido, parecido al grito de un pájaro nocturno. Después de unos momentos, se escucha un sonido similar en la distancia.

Entonces se abre la pequeña puerta en la parte trasera del cuartel. Surgen dos soldados, uno muy joven y otro unos años mayor y los galones de cabo. Este último mira a su alrededor, aprensivo. Les da varios paquetes de munición. El soldado más joven tiene tres mosquetes al hombro: las mujeres toman uno cada una y se lo ponen al cuello. El cabo dice suavemente:

“Por favor, que no se pierda una sola palabra: si nos atrapan, ¡estamos jodidos!”.

“Calla, somos mudas, sordas y ciegas”, le tranquiliza María.

Cuando las tres mujeres se despiden y se preparan para desaparecer en la oscuridad, el cabo agarra a María del brazo:

“Oh, linda barricadera: ¿ni siquiera un beso de buenas noches?”.

María permanece indecisa por un momento; luego, de repente, pasa el brazo por el cuello del cabo y le da un beso en los labios.

Las tres mujeres se vuelven y se alejan, acompañadas sólo por el susurro de las largas faldas. El joven soldado, un poco enojado, dice:

“¿Y yo... nada?”.

El cabo le da una palmada en la gorra y le tapa los ojos con la visera:

“¡Pero ves, cariño, estas son cosas geniales!”

Los dos desaparecen detrás de la puerta.

María y sus compañeras llegan a las barricadas del cruce Oltretorrente a través de los oscuros huertos y campos baldíos, e inmediatamente van a entregar rifles y municiones al Arditi. Picelli está discutiendo con algunos capataces:

“Se llevaron a Ciosè. Parece que estaba herido y esperamos que no entendieran cuál era su trabajo; sin embargo, ahora el problema a resolver urgentemente es cómo mantener las conexiones con el Naviglio.

Cieri y su gente están luchando con coraje de leones, pero si perdemos el contacto y allí se rinden en algún momento, no podemos ayudarlos si no lo sabemos a tiempo. A quién me aconsejaría enviar, teniendo en cuenta que no puede haber nadie conocido en la ciudad como antifascista y mucho menos como Ardito, porque si lo capturaran a él también...”.

María, que seguía el discurso, lo interrumpe adelantándose:

“Yo. Voy a ir allí”.

Todos los hombres la miran, luego intercambian miradas interrogantes y perplejas.

“Bueno, ¿qué tenéis que mirar? Será más fácil para una mujer pasar que para uno de ustedes”.

“María”, trata de disuadirla Picelli, “que no respetan a nadie. Si te atrapan... solo porque eres mujer...”

María hace un gesto apresurado:

“Basta, Guido: todos estamos arriesgando nuestras vidas, hombres y mujeres. Necesitamos a alguien que mantenga las conexiones y yo sé adónde ir sin que me descubran. Y si la mala suerte realmente me atrapa, no se divertirán mucho, porque

me guardo la última bala para mí. Y eso es todo. Vamos, ¿qué debo decirles?”.

Los hombres muestran vergüenza, pero también admiración, hay quienes se rascan la cabeza bajo la gorra, quienes miran hacia otro lado fingiendo interesarse por los mosquitos que zumban en formación en el caluroso aire de agosto, y luego de unos momentos de indecisión Picelli agarra dos paquetes de munición y se los da.

“Primero se los das a Cieri. Y vuelves aquí y nos cuentas cómo es la situación”.

María desliza los paquetes de bolsas en dos bolsillos internos de la falda, desabrocha el cinturón con la pistolera y esconde la pistola en la ingle, también se quita la bandolera y luego se pone en marcha a paso rápido. Picelli la mira, luego, instintivamente, la llama:

“¡María!”.

Ella se vuelve, se detiene por un momento. A Picelli le gustaría decirle que tenga cuidado, se ve en sus ojos que, quizás por primera vez en esos días, expresan aprensión e incertidumbre... Pero él no puede decir una palabra, y María le sonrío y se va de nuevo, desapareciendo en la oscuridad de la que había emergido poco antes.

## **XVII. LOS ÚLTIMOS SIERVOS HONESTOS**

La “anomalía” de Parma también estuvo representada por algunos “servidores” del Estado de formación liberal que no estaban dispuestos a cerrar los ojos a la violencia fascista, como sucedía en el resto del país. En agosto de 1922, la prefectura de Parma estaba gobernada por Federico Fusco, considerado un excelente funcionario, culto, diligente, abierto al diálogo e intransigente en el respeto de los intereses de la administración. Fusco estaba firmemente convencido de que los aparatos del Estado debían actuar como mediadores neutrales en los conflictos entre los empleadores y la clase obrera, y no invariablemente tomar partido por los industriales y agrarios, evitando así requerir la intervención de las tropas pero intentando por cualquier medio entrar en negociaciones. Idealmente, Fusco creía que era tarea de las instituciones eliminar las causas del malestar social que degeneró en conflicto, en lugar de reprimir y salvaguardar los intereses de los privilegiados solamente. Había que preservar el orden público con políticas sociales preventivas y no con brutales acciones policiales.

Instalado en Parma el 5 de abril, Fusco tuvo que afrontar inmediatamente una situación delicada cuando los fascistas pretendían organizar las celebraciones de la llamada “Navidad de Roma” el 21 de abril. El recién nombrado prefecto decidió conceder el permiso y Roberto Farinacci llegó como invitado de honor a Parma. Y pocos días después, accedió sin demora a otorgar permiso a la Alianza del Trabajo para manifestarse con motivo del Primero de Mayo. Los fascistas levantaron acusaciones de “connivencia con los rojos”: Fusco había desplegado grandes fuerzas a las entradas de la ciudad para evitar que equipos de otras zonas atacaran la manifestación de los trabajadores. En el parlamento algunos diputados fascistas arremetieron contra el prefecto y plantearon preguntas al ministro del Interior en las que aseguraban que en Parma la situación del orden público era muy grave, la “banda socialcomunista” ocupaba barrios enteros con impunidad y la autoridad del Estado se mantenía al margen y se veía incómoda. Fusco no se dejó intimidar y continuó por la vía de la mediación. Luego, el 19 de julio, cayó el gobierno de Facta por un voto de censura tras la invasión de Cremona por parte de los escuadristas convocados por Farinacci: devastaron la Cámara del Trabajo, la sede del diario socialista local, varias cooperativas, e incluso las casas de dos diputados, al final los fascistas también habían ocupado la prefectura. Roma había ordenado la destitución del comisario y del prefecto por la flagrante complicidad con los fascistas, pero el caos que siguió produjo un voto de desconfianza en Facta, incapaz de llevar las riendas de la situación. Luego, con la huelga general proclamada a raíz de la expedición de Balbo a Rávena, el prefecto Fusco se preparó para enfrentar la tormenta emitiendo una orden de prohibición de reuniones,

manifestaciones y movimiento de automóviles y camiones. Poco tiempo después, el desembarco de diez mil escuadristas hizo risible el texto de esos carteles colgados en la ciudad. Fusco comenzó a enviar sentidos telegramas a Roma, señalando que los pocos medios de que disponía no podían evitar que la situación se deteriorara, y pidió expresamente a las autoridades que intervinieran en la dirección central del Fascio para que “cesara este estado de cosas que amenaza con producir consecuencias cada vez más lamentables”.

En cuanto al ejército, el mando de las tropas en la plaza de Parma fue encomendado al general Lodomez, personaje ambiguo que al principio se quedó mirando de qué eran capaces los fascistas, manteniendo a los soldados lo más ajenos posible al conflicto.

El general sabía que dentro del ejército había fuertes contrastes, que ciertamente no quería exacerbar, y en Parma el antifascismo estaba demasiado arraigado y organizado para arriesgarse a un enfrentamiento con la población: ¿Cuántos soldados habrían obedecido la orden eventual de abrir fuego sobre la gente del Oltretorrente?

Luego, con la evolución de la situación, habiendo constatado que una turba de matones había invadido Parma, que robaba tiendas, golpeaba a ciudadanos indefensos y se derretía en el campo de batalla como nieve al sol, Lodomez tuvo una oleada de orgullo residual y manifestó todo su desprecio como oficial de Saboya al emitir una declaración de mala gana al editor del “Piccolo”, Aroldo Lavagetto: “Esos soldados valen una...”

Todo apunta a que el término usado por el general Lodomez fue “mierda”, pero el tiempo requería que el editor lo sustituyera por “palabra militar irrepetible”.



## **XVIII. VIERNES 4 DE AGOSTO**

A las 9:45 Italo Balbo entra en la prefectura con sus jefes, entre los que se encuentra el cónsul Arrivabene, comandante de la Legión de Mantua, y el secretario político de la federación de Mantua Ivano Fossati. A partir de aquí, se pierden las huellas de Roberto Farinacci: habiendo obtenido lo irreparable, vuelve a la sombra de Cremona. Es probable que esté enojado por la tarea de resolver la situación encomendada a Balbo y furioso por la resistencia encontrada en Parma, pero también satisfecho con el resultado logrado.

Cuarenta fascistas se alinean frente a la entrada, presididos por un escuadrón de guardias reales con dos ametralladoras. El prefecto Fusco está con el cuartel de Parma, varios representantes de la administración municipal y provincial, el procurador del rey y el general Lodomez. Balbo no pierde el tiempo en preámbulos:

“Prefecto: si las barricadas levantadas por los subversivos durante más de veinticuatro horas bajo la mirada de las fuerzas del orden público sin que éstas interviniesen para

impedirlo, no se derriban, mis hombres reemplazarán a las autoridades para restablecer el orden y poner fin a la huelga general”.

Un poco más tarde, Balbo telefona a Mussolini y le informa en tono emocionado:

“¡El prefecto está estancado y con él toda esta banda de perezosos! Di un ultimátum: a las 14 rodearemos a los subversivos y lanzaremos el ataque decisivo. Solo buscaba la promesa de colocar cañones para disparar bombas de gas lacrimógeno, ¡pero aquí todos parecen estar al servicio de los bolcheviques!”.

“Prudencia, Balbo”, insinúa Mussolini, “La atención del país está toda en Parma. Repito: resuelve, pero sin excederte. Ahora no. ¡Somos el nuevo orden, no una horda de devastadores! Y si hay facturas que dejar sin pagar, no lo dudes: en poco tiempo las liquidaremos todas, ¡sin excepción!”.

“Jefe, no habrá cuentas por saldar. ¡Incluso los sacerdotes nos disparan! ¡Por no hablar de esos meapilas de lo popular, que en Parma todos esconden un corazón de león! Ellos también se paran en la barricada, junto con el resto de la chusma... anarquistas, comunistas, republicanos, por no hablar de esos perros rabiosos que siguen a De Ambris y se hacen llamar 'corridoniani', un insulto a nuestra bandera...”

“¿Y los socialistas?” pregunta Mussolini.

“Los líderes, al menos de palabra, parlotean sobre la paz y la armonía. ¡Pero sus militantes están todos allí, levantando barricadas, con cascos en la cabeza! ¡Aquí necesitamos un ejemplo que recuerden durante un siglo!”

“Ten paciencia, Balbo: ¡la Revolución Fascista es imparable! También tendremos tiempo para alisarles la joroba, uno por uno...”

A las 14 horas, el ejército avanza hacia las barricadas del Oltretorrente, precedido por dos carros blindados. El fuerte contingente de soldados está bajo el mando del coronel Simondetti.

Picelli se reúne rápidamente con los jefes de escuadras Arditi y con varios representantes de los ciudadanos insurgentes. Luego improvisa un discurso para todos:

“¡Escúchadme! ¡Debemos evitar absolutamente que el ejército se ponga del lado de los fascistas! Por tanto: ¡no solo dejaremos pasar a los soldados, sino que los recibiremos como si fueran libertadores!”

Hay cierto descontento entre la gente, algunos no confían, otros se oponen abiertamente, pero Picelli se esfuerza por convencerlos:

“¡Usemos la cabeza, camaradas! Si atacamos al ejército, se habrá acabado. ¡Esos tipos tienen armas y carros blindados!”

Pensadlo: entre esos soldados también están los hijos de nuestro pueblo, ¡no todos son carroña! Si logramos dividir la unidad del ejército 'desde adentro', sus oficiales no se sentirán seguros de poder dar la orden de atacarnos... ¡Usemos la cabeza, por Dios!”.

La gente alrededor de Picelli reflexiona, discute, muchos ahora están de acuerdo con él. Varias mujeres muestran mayor flexibilidad y disposición: una llega con un frasco de vino en la mano y les grita a las otras:

“¡Mujeres, venid conmigo! Entre esas cabezas cuadradas también hay alguien que conozco... Vamos compañeras: antes de que empiecen a disparar... ¡confraternicemos!”.

Algunas chicas se soltaron el pelo y se dirigieron hacia las barricadas con aire festivo.

Los hombres están mirando, como si los hubieran cortado. Observan a sus mujeres avanzar con determinación y no saben si protegerlas o confiar en su protección. Por otro lado, las compactas filas de soldados avanzan con cierta incertidumbre.

“¡Viva el ejército proletario!” gritan las mujeres.

“¡Bienvenidos, soldados! ¡Viva el ejército!”

“¡Hermanos! ¡Por fin habéis llegado!”

Los soldados intercambian miradas indecisas y asombradas. Aquellos sobre las torretas de carros blindados

esperan órdenes del coronel o señal para detenerse. Luego avanzan entre las mujeres que entre tanto abrazan a los primeros soldados de la formación.

Picelli se escabulle rápidamente y le tiende la mano al coronel. Este último primero hace el saludo militar diciendo:

“Soy el coronel Simondetti”.

Luego le da la mano a Picelli.

“Bienvenido, coronel. Te conozco. Eres un hombre de honor y os damos la bienvenida como libertadores, como podéis ver”.

Todos ahora celebran la llegada de los soldados. Un joven de uniforme se asoma a las mujeres, reconoce a una de ellas, se avergüenza y se confunde, ella lo saluda en voz baja, dándole un beso en la mejilla:

“Hola, soldadito: ¿te acuerdas de mí?” y guiña con un toque de complicidad. Los dos, evidentemente, se encontraron en una situación muy diferente. El joven soldado se ruboriza, murmura:

“Eh, cierto. Pero todos ustedes parecen locos aquí. ¿Qué se os ha metido en la cabeza?”.

“Mira, soldadito, a que tú, con ese rifle, nunca nos dispararías, ¿verdad?”

“Bueno, no, pero no todos son tontos como yo en el cuartel. Si supieras cuántos hay a los que les gustaría acabar con los “rojos”.

Desde las ventanas, la gente arroja flores a los soldados, la bienvenida festiva deja estupefactos a los soldados, que deambulan con cautela, pero aún felices de haber evitado el enfrentamiento con los defensores del Oltretorrente.

Al otro lado de los puentes sobre el Parma, los fascistas están furiosos, no creen en sus propios ojos, se inquietan y maldicen. Balbo observa la escena, con el rostro oscuro, apretando los músculos de su mandíbula, sus nervios están a flor de piel.

Luego, deja escapar:

“¡Qué escena más repugnante! Ese grupo de cobardes está siendo engañado por subversivos. ¡Vamos, vamos al Naviglio que allí, de momento, el ballet de los pederastas continúa!

Y se va seguido de la cola de la capicenturia: van a intentar de nuevo un ataque al Naviglio.

El coronel Simondetti discute con Picelli y otros Arditi: “No puedo garantizarles que los fascistas se retiren de la ciudad. Han tenido demasiados muertos y heridos para poder convencerlos de que renuncien a su venganza”.

Picelli lo toma del brazo y lo conduce hacia una casa, señala una ventana en el primer piso con persianas cerradas:

“Coronel, ¿ves esa ventana? Allí vive un conocido fascista, es el editor del “Fiamma”, el panfleto que elogia a los matones que asolan Parma. Bueno, coronel: nadie le ha agraviado ni un pelo, y vigilamos la casa, para evitar que algún exaltado sucumbiera a las tentaciones equivocadas. ¿Lo entiendes? Si logras restaurar el orden en la ciudad, te garantizo que no habrá otras consecuencias. Pero si nos siguen atacando... bueno, ya habéis visto de lo que somos capaces”.

“Señor Picelli, lo repito: en lo que a mí respecta, defenderé la vida y la libertad de los ciudadanos por todos los medios. Pero no depende solo de mí, y lo sabe. Haga un gesto de buena voluntad: desmantele las barricadas y le doy mi palabra de oficial que los fascistas no cruzarán esos puentes”. Picelli niega con la cabeza con pesar:

“Oh, coronel, te creo, porque te conozco y sé cómo eres. Pero si desmantelamos las barricadas, ¿quién nos puede garantizar que otros, como los oficiales de la caballería de Novara o los guardias reales, no permitirán que los fascistas se aprovechen para incendiar la ciudad? “.

El coronel Simondetti asiente, dice en voz baja:

“Déjeme hablar con el general Lodomez. Mientras tanto, evita responder a las provocaciones. Si disparan, manténgase a cubierto. Deme tiempo para probarlo”.

Nuevo ataque en vigor sobre el Naviglio. Italo Balbo coordina personalmente las operaciones. Los fascistas avanzan en línea, al principio logran mantener una cierta disciplina

militar. Antonio Cieri, estacionado con su equipo de Arditi detrás de la barrera apodada la “trinchera”, indica a los demás que esperen. En lo alto del campanario, un niño de catorce años está al acecho. Su nombre es Gino Gazzola. De vez en cuando se inclina y observa los movimientos de los atacantes, luego grita a las barricadas lo que ve desde allí.

“¡Vienen refuerzos!” grita a todo pulmón. ¡Doscientos o trescientos al menos! Hay un camión con una ametralladora en el techo, ¡ya se ha ido por la avenida!”

Cieri, desde la calle, le muestra que ha entendido. Luego, con el gesto de un veterano, se pasa la correa del mosquete por el antebrazo y apunta a la manera de los francotiradores. Enmarca uno de los jefes de centurión que avanza hacia la cabeza de sus hombres, y dispara. El fascista cae centrado en el pecho. Los atacantes se congelan y comienzan a disparar. Detrás de ellos abren fuego dos ametralladoras. Algunas granadas de mano vuelan de un lado a otro, la batalla continúa. Se adelanta un vehículo blindado de los fascistas, pero las botellas incendiarias caen de los techos y se estrellan contra el pavimento formando una barrera de fuego. El vehículo blindado retrocede, y con él los atacantes que se esconden detrás.

El coronel Simondetti conversa con el general Lodomez. El comandante en jefe de la plaza de Parma tiene una expresión sombría e impenetrable; escucha al oficial subalterno sin pestañear, sentado detrás del escritorio, mientras el coronel está de pie, con la gorra bajo el brazo y una mano en el cinturón, dice:



“General, entre nuestras tropas hay descontento, tensión. Algunos oficiales de guerra veteranos no tienen ganas de disparar a los Arditi: lucharon codo con codo en las trincheras y muchos soldados conocen a la gente del Oltretorrente, confraternizan. Los informantes nos dicen que de nuestro cuartel habrían salido armas y municiones para los insurgentes. En definitiva, la situación corre el riesgo de salirse de control”.

El general emite un fuerte suspiro: es evidente que se está reprimiendo, pero a la última afirmación del coronel le hubiera gustado golpear el escritorio con el puño. Mira a Simondetti directamente a los ojos:

“Y a usted, coronel, ¿qué le parece?”.

El coronel permanece indeciso. Luego responde:

–No lo creo, señor. Obedezco órdenes porque soy ante todo un soldado, y...”.

“Sí, sí”, el general Lodomez lo interrumpe abruptamente, “lo sé, ahórreme la retórica. Le pregunté cómo se siente acerca de los alborotadores que han levantado barricadas y empuñan rifles y granadas de mano. ¿Le parece que el Estado puede tolerar una insurrección armada contra la autoridad?”

“No se han levantado contra las autoridades”, responde el coronel en tono franco: en este punto, no puede resistirse a decir cómo piensa.”Se defienden de la agresión. Los camisas negras que los asedian proceden de

al menos cinco regiones diferentes. Estamos ante una verdadera invasión, señor, y por hombres armados, con ametralladoras y vehículos blindados”.

El coronel Simondetti se detiene, reflexiona. El general lo insta:

“¿Entonces, coronel? ¡Concluya!”.

“Sí, concluyo, señor general: si eso de los fascistas no es una insurrección en armas contra los poderes del Estado, ¡de momento no entiendo lo que se quiere decir con esa definición!”

El general asiente: obliga al coronel a salir a la intemperie. Se levanta y dice apresuradamente:

“Tengo una conversación telefónica con el Ministro en exactamente media hora. Le mencionaré lo que me has dicho, no lo dudes. Gracias por su franqueza, coronel Simondetti”. Esta última frase parece contener una amenaza velada. “En cuanto al resto... Una vez resuelta esta lamentable situación, tendremos que limpiar nuestro interior, coronel. Sin demora y sin mucha consideración, ¡tengalo por seguro!”

El coronel saluda haciendo sonar los talones y se va.

El general Lodomez mira por un momento la puerta por la que acaba de salir, luego se dirige a la otra puerta de la oficina, y entra en una habitación contigua donde lo esperan unos jerarcas fascistas, que se levantan de un salto al verlo entrar.

“¿Qué significa esta historia del coronel Simondetti que habría dado garantías a los subversivos?”

El general hace un gesto perentorio para imponer silencio. Él dice:

“He recibido presiones de Roma. El gobierno quiere que se restablezca el orden y la legalidad, no les puedo dar más tiempo”.

Un jerarca responde en tono agresivo:

“Nosotros también hemos hablado con Roma. ¡Y el Sr. Benito Mussolini nos dijo que ha recibido llamadas telefónicas constantes de las autoridades de la ciudad pidiéndole que sea indulgente! ¡¿Pero sabe cuántas muertes y heridas hemos tenido ya?! Aparte de la clemencia, ¡ese matón tiene que pagar muy caro! ¡Y antes que nada hay que sacar a ese coronel Simondetti de su cargo, de la abierta y descarada 'inteligencia con el enemigo'!”.

“Señores: el Coronel tiene un pasado militar de integridad y coraje reflejados, y además, ustedes definen como 'enemigos' a los habitantes de Parma Vecchia, pero aquí no estamos en el Karst ni se alaba a los austrohúngaros, al contrario... Y finalmente, en cuanto a sus valientes luchadores, permítanme ser franco: tienen al menos diez mil y se están llevando tal varapalo que si yo fuera tú me avergonzaría por el resto de mis días”.

Los jefes están furiosos. Uno de los más jóvenes exclama:

“Se lo informaremos a Balbo, y tenga la seguridad de que lo recordará a su debido tiempo”.

El general le lanza una mirada de desprecio. Otro interviene para aumentar la dosis:

“¡No nos iremos hasta que hayamos aniquilado a los rojos y a quien los ayude a matar a nuestros camaradas! ¡Restauramos el orden! ¡Tenemos el deber de advertirle que, después de la actitud indescriptible de una parte del ejército y de las autoridades de la ciudad, estamos rompiendo todas las relaciones de colaboración!”.

El general los mira uno a uno, con expresión severa. Luego, dice en voz baja:

“Hasta que reciba una orden específica del Gobierno para hacerlo, mis hombres no intervendrán. Pero es solo cuestión de horas, mañana a más tardar estoy seguro de que tendré que deteneros. Mientras tanto... el compromiso de desmovilización que anunciaron sus jefes en Roma... puede que no hayan recibido ninguna noticia, ¿verdad? Aprovechen el tiempo que les queda. No puedo hacer más”.

Los fascistas atacan el Oltretorrente, abren fuego, sus armas apuntan más allá de Parma: desde la terraza de los baños públicos las ametralladoras disparan cinta de balas tras cinta, algunas se atascan debido al cañón ahora incandescente. Ulysses Corazza, el concejal del Partido Popular, lucha en una barricada. Y recibe un balazo en la frente. Muere instantáneamente. “¡Mataron a Ulysses Corazza!” grita un niño

que corre hacia la barricada de Picelli, que recibe la noticia con consternación. Hay muchos heridos entre los defensores: los gemidos que se escuchan entre una pausa y otra del tiroteo traen a la memoria de los veteranos los escenarios de hace cinco o seis años.

En Ponte Umberto, los fascistas disparan al azar y matan a un transeúnte en bicicleta, Attilio Zilioli, que intentaba llegar a su casa.

Mientras tanto, la situación en el Naviglio es crítica. Espoleados por Balbo, los fascistas logran conquistar algunas decenas de metros. Es un diluvio de balas. Cieri se mueve de un punto a otro, incita, anima, sigue recomendando obsesivamente ahorrar la munición, que escasea. Primo Parisini está a su lado, y mientras retira el cerrojo del mosquete le grita que no se exponga. Inmediatamente después, un trozo de hormigón se desmorona a unos centímetros de la cabeza de Antonio, que ni siquiera parece darse cuenta. Alberto Puzzarini se sostiene detrás de una barricada cercana, barrido por el fuego cruzado. Durante un ataque más violento, Carluccio Mora, de veinticuatro años, cae golpeado en el pecho. Cieri y su gente no se rinden, pero resistir la lluvia de plomo se ha convertido en una empresa desesperada.

María se acerca a la barricada, Cieri grita en el estruendo de los disparos:

“¡Ve a Picelli y dile que nos estamos quedando sin municiones aquí! ¡Si no llegan balas del Oltretorrente, tendremos que defendernos solo con las bayonetas!”

Entonces Cieri sacude el brazo de María, le hace un gesto afectuoso con la cabeza y dice:

“¡Y si te localizan, corre sin mirar atrás! ¿Lo entiendes? ¡Solo corre!”.

En el campanario, el pequeño Gino Gazzola sigue comunicando la posición y los movimientos de los fascistas.

Cieri escucha, luego le grita a su vez:

“¡Está bien, Gino! ¡Ahora baja para abajo! Refúgiate, ¿entiendes? ¡Te digo que bajas para abajo!”.

El chico señala a los atacantes que empiezan a avanzar de nuevo:

“¡Hay al menos un centenar de ellos detrás de los árboles! ¡Y ahí, cuidado, se están reuniendo! Mira a tu derecha, ¿los ves?”.

Un francotirador fascista apostado en el balcón del primer piso de una casa en el lado opuesto apunta.

Enmarca el campanario.

El dedo se contrae imperceptiblemente sobre el gatillo.

Gino Gazzola recibe un golpe en el pecho. Por una fracción de segundo está petrificado. Hay más que dolor en su rostro juvenil. Luego, murmura “Mamá...” y cae hacia atrás. De repente, un niño se ha marchado.

Cieri lo ve caer, lanza un grito desesperado: “¡No! ¡Gino!”. Corre hacia el campanario, se lanza sobre una estrecha escalera de caracol, sube a saltos, tres escalones en la bóveda. A mitad de camino, se encuentra con el sacerdote, que sostiene a Gino Gazzola en sus brazos, inerte. Cieri lo toma en sus brazos y lo baja.

En la calle está la madre del pequeño Gino. Cieri se lo entrega con delicadeza. La mujer abraza a su hijo muerto contra su pecho, lo acuna como si estuviera durmiendo, se pone en marcha sin proferir un lamento, seguida de otras mujeres del pueblo.

Antonio Cieri permanece inmóvil unos segundos, asombrado. Luego, saca el revólver de su pistolera, y con una expresión distorsionada, impregnada de una furia incontenible, se precipita sobre la barricada, instando a los Arditi:

“¡Matémoslos a todos! ¡Vamos valientes! ¡Matemos a todos esos cabrones!”.

En medio de una furia abrumadora, el anarquista realiza disparos de revólver corriendo hacia adelante y arrastra con él no solo a los Arditi, sino a cientos de habitantes del Naviglio que, blandiendo todo tipo de armas improvisadas, lo siguen en el contraataque. Primo y Alberto lo han alcanzado, despotrican y disparan con un velo de sangre en los ojos: no ven las armas que les apuntan, solo sienten las ganas de matar, la misma negación del instinto de supervivencia que se apoderaba de los atacantes en el frente, cuando corrían para encontrarse con las balas.

Los fascistas son tomados con la guardia baja: no esperaban que los papeles se invirtieran. Ahora disparan al azar, alcanzan a Mario Tomba de diecisiete años, que cae agonizando. Pero los demás lo pasan y siguen gritando como obsesionados y quien tiene un arma dispara sin dejar de correr.

Cieri se encuentra frente a un fascista que le apunta con una pistola: el arma se atasca. El anarquista aprieta el gatillo del revólver, pero el percutor golpea en vacío: está descargado. Mientras el fascista, tembloroso, mete otro cargador en el semiautomático y retira frenéticamente la corredera, Cieri saca la bayoneta y se lanza sobre él. Los dos se abrazan: Cieri hunde la bayoneta una, dos, tres, cuatro veces en el vientre del otro. El fascista se pone rígido. Los dos se miran a los ojos: tienen aproximadamente la misma edad, veintipocos... El joven de la camisa negra se queda flácido, se desliza lentamente al suelo. Cieri lo deja caer. Una expresión fugaz de piedad desaparece y vuelve la furia anterior: incita a la gente del Naviglio y a los Arditi. La marea humana abrumba a los fascistas, que primero se retiran y luego huyen en desorden.

Sólo ahora Antonio Cieri se detiene, jadeando: recupera la calma, comienza a llamar a su gente.

“¡Parad ya! ¡Parad! Volvamos a las barricadas. ¡Vamos valientes! ¡Cubrid la retirada! Retrocedamos en grupos de cuatro. Olvídaos de los que se escapan, disparad solo a los que dan la cara. ¡Con orden! ¡Con orden! ¡Gira hacia atrás en orden!”



Los Arditi cubren la retirada de la gente de Naviglio y, retrocediendo escalonadamente, continúan disparando contra los fascistas que están tratando de reorganizarse.

Una vez al abrigo de la trinchera, Cieri se seca el sudor y se mira las manos: le tiemblan. Luego se las lleva a la cara, en un gesto de inmenso cansancio.

Llega María, que esta vez lleva un pantalón de hombre. A pesar del pelo largo, recogido en el mejor de los casos detrás del cuello, las ropas sucias y el polvo, a Cieri le parece preciosa.

María saca paquetes de municiones de su cinturón, luego saca más de su corsé, de entre sus pechos y de sus bolsillos.

Antonio empieza a sonreír, dice:

“¿Pero, cómo te fue?”

María resopla, responde:

“Me dijiste que corriera, ¿verdad? ¡Intenta correr con faldas!”.

El anarquista sacude la cabeza, toma los paquetes de balas y comienza a rasgarlos para repartir la munición, María se desabrocha el corsé: debajo tiene una especie de vendaje, prácticamente un doble acolchado que la envuelve en el vientre y en la espalda. Está lleno de sémola de maíz.

“¡Hey, mujeres!” grita, “¡Traed un caldero, hay polenta para todos!”

En unos instantes sacan un caldero de una casa, otros encienden el fuego, y hay quienes agregan unas salchichas, un poco de salsa, un poco de queso. En pleno verano en las llanuras, el clima ciertamente no es el más adecuado para apreciar la humeante polenta, pero los insurgentes del Naviglio no les parece cierto poder comer algo sustancial durante una pausa en los combates.

María se acerca a Cieri. Se mete las manos entre el pelo revuelto y saca un papel cuidadosamente doblado:

“Esto se lo envía Picelli. Sé lo que hay escrito. Dice que resista”. María hace una mueca y agrega:

“¡Resistir! ¡Como si aquí no pudiéramos hacer otra cosa que resistir!”.

Antonio Cieri mira fijamente a María durante un buen rato. Quizás ni siquiera sepa si es admiración, cariño, atracción...



María pierde su expresión alegre y, al verlo sucio de sangre y polvo, melancólico y exhausto, pero aún con ese orgullo y fiereza en su mirada, se acerca y los dos se abrazan fuerte, desesperadamente.

Por la noche, Cieri se coloca detrás de la trinchera. Tiene una expresión lúgubre, insondable, como si pensara en algo intenso, algo a lo que no se puede renunciar.

De repente, se inclina hacia adelante, agarra la última granada de mano que queda en la caja de munición común y se la mete en el bolsillo. Primo Parisini lo observa. Cieri levanta la vista, se dirige hacia él, le dice en voz baja:

“Dios, Primo... ¿tienes reloj?”

El Ardito sonrío:

“Eh, por supuesto, aunque el reloj...”

Cieri hurga en su bolsillo, saca el suyo y se lo da.

“Si te pido que hagas una determinada cosa en un número específico de minutos, ¿puedes garantizarme que no te equivocarás?” Primo asiente con una expresión irónica.

“También puedo contar los segundos si es necesario”.

Cieri sigue muy serio, lo agarra de la muñeca.

“Por el momento, escúchame con atención: en quince minutos, exactamente quince minutos, estarás en el campanario y encenderás una cerilla”.

“¿Una llama?” pregunta el otro, perplejo.

“Sí, un fósforo, pero sin exponerte, al contrario, haz una cosa: te quitas la camisa y la pones en el alféizar de la ventana, como si estuvieras dentro. Y enciende el fósforo por detrás, bien resguardado”. Cieri mira a Parisini a los ojos.

“¿Me entendiste correctamente?”

“Bueno, Tonino, lo entendí... Pero tú, ¿qué diablos te metiste en la cabeza?” Mira, si quieres hacer algo sin mí, olvídale”.

“No, esta vez no, confía en mí, necesito tu ayuda aquí. En quince minutos: camiseta expuesta y fósforo encendido. ¿Comprendido?”

El otro asiente, con aire poco convencido.

Cieri se mete en una calle lateral; se aleja caminando encorvado, casi doblado en dos.

Alberto Puzzarini, que ha seguido la escena no muy lejos, sin decir una palabra va a tomar posición en la primera línea de defensa, coloca su rifle en una abertura y apunta con cuidado a las posiciones enemigas, dispuesto a cubrir a los hombres y a su amigo en caso de que sea localizado. Alberto frunce el ceño,

maldiciendo entre dientes, pero no ha tenido ganas de detenerlo: conoce a Antonio lo suficiente como para saber que no toma decisiones apresuradas, lo que sea que se le haya metido en la cabeza, significa que ha pensado primero sobre ello a fondo. Pero, maldito mundo infame, piensa maldiciendo el sudor que le cae sobre los ojos y la frente y empaña su vista en el visor del Carcano Mannlicher '91. No es él quien siempre se ha burlado de la necesidad de respetar el miedo y ser cauteloso... Antonio sabe lo que hace, por supuesto, pero en las últimas horas se ha mostrado demasiado osado, demasiado "Ardito", ya sea desafiando las balas abiertamente, casi fatalista. Ese contraataque hubiera podido tener un desenlace fatal pero, al final, esas bestias, esos cobardes, se encontraron frente a frente con gente resuelta y dispuesta a replicar golpe por golpe ... Alberto se enjuga el sudor de los ojos, por un momento, y la sombra de Antonio ya ha desaparecido en la nebulosa oscuridad de ese ardiente agosto.

El anarquista se cuela por las calles más allá de las barricadas, esquivando a los centinelas fascistas apostados uno tras otro. En la oscuridad, logra no ser visto. A su alrededor, la confusión de los escombros que dejan los combates lo ayuda, mientras esporádicos disparos resuenan en la distancia, con algunas explosiones aisladas. Finalmente llega a un palacio, el que se vislumbra desde la trinchera. Mira los balcones, los altibajos, pero no ve nada en particular. Espera. Los quince minutos están a punto de pasar. Echa un vistazo al campanario, apenas iluminado por la luna menguante. Espera un poco más.

Hasta que, en lo alto, un resplandor: Primo ha encendido una cerilla, y por unos instantes se distingue una figura, una camisa ligera expuesta entre las columnas del campanario.

Desde el balcón del primer piso, en el centro del edificio, se dispara un tiro. Cieri ve claramente el fuego. Mientras tanto, la oscuridad total ha vuelto al campanario.

Cieri se arrastra por el suelo, como aprendió en los años de la guerra, cuando llegaba a las trincheras enemigas sin hacer un solo crujido, cuando atacó, con la hoja de la bayoneta entre los dientes y la bomba apretada en el puño, las posiciones en el hielo de los Alpes de las tropas de élite del enemigo, los mejores tiradores que mataron a sus compañeros de sufrimiento uno tras otro.

Cieri está debajo del balcón. Tira de la anilla o carrete con los dientes, luego hace un gesto ligero, silencioso, casi un movimiento a cámara lenta: lanza la bomba por encima de la balaustrada con energía calibrada, para que caiga suavemente, con el menor ruido posible.

Hay algo, un murmullo de asombro e indecisión. La bomba explota y arroja el cadáver del francotirador a diez metros de distancia, junto con los escombros. En el caos que sigue, Antonio Cieri se las arregla fácilmente para ganarse el camino de regreso, mezclado con las sombras de los fascistas que se agitan convulsivamente, gritan y disparan a ciegas.

Cuando el anarquista vuelve a estar detrás de la barricada, con los hombros y apoyado en la trinchera de losas y ladrillos,

se deja llevar. Parisini lo mira, sosteniendo su camisa en sus manos con su dedo metido en el agujero de la paleta.

“El pequeño Gazzola está vengado”.

Cieri no mueve un músculo. Parece impenetrable.

Llega Alberto Puzzarini y se sienta junto a Cieri. De él sale un suspiro ronco, se rasca la barba de la barbilla y el cuello que lleva varios días sin afeitarse. Permanece en silencio, hasta que decide deshacerse de la pregunta que le aprieta la garganta:

“¿Te produjo satisfacción?”

Cieri tuerce los labios, murmura:

“El mismo que sientes cuando aplastas una cucaracha dentro de la casa”.

El Ardito enarca las cejas: no parece convencido de la respuesta. Él añade:

“Las cucarachas no matan a los niños”.

Cieri asiente.

Primo Parisini, limpiando el rifle y volviendo a montar el cerrojo bien engrasado, lo ve caer de nuevo en el silencio.

“Oh, Tonino”, dice. “No has dormido en tres días. Escúchame, ve y descansa un rato, estamos aquí”.

La larga noche detrás de las barricadas del Oltretorrente no está hecha solo de silencios; entre un ataque y el siguiente, se eleva el canto de los habitantes de los pueblos, que siempre han preferido las arias de ópera a las canciones de lucha y los himnos. La voz de tenor de un Ardito se entrelaza con otra límpida de mujer. Los fascistas, al otro lado de los puentes, se miran asombrados.

*“Cuando la noche cubra el cielo,  
no tendrás compañeros,  
que de los matones de un rival,  
sea un escudo para ti cualquier puñal...*

*Espero Ernani, estrella de los bandidos...  
Que tu valor será recompensado...”*<sup>19</sup>

Un ametrallador de camisa negra molesto, dispara una andanada hacia la barricada. Al otro lado, el canto se interrumpe unos instantes: luego se reanuda aún más vigoroso que antes.

*“Por bosques y laderas  
solo tenemos por amigos  
el mosquete y la daga...  
Cuando cae la noche en las horribles cuevas  
nos sirven de almohada...*

*Tenemos un destino común,  
la vida y la muerte,  
tu brazo y tu corazón...*

---

<sup>19</sup> Este y los siguientes son fragmentos de arias del Ernani de Verdi. [N. d. T.]



*cual flecha disparada,  
sabrán golpear la meta señalada...”.*

En un momento, un Ardito se asoma de la barricada, dispara un tiro a los sitiadores e inmediatamente después entona a todo pulmón:

*“Mil guerreros me acosan,  
me persiguen inhumanos:  
¡Soy Ernani el bandido!”.*

Apenas tiene tiempo de refugiarse cuando decenas de balas llueven a su alrededor, las detonaciones se mezclan con los insultos gritados por los fascistas y la risa provocadora de los “líricos” barricaderos.

\*\*\*

*Mientras les cuento todo esto, me parece increíble que hayan pasado cincuenta años. Medio siglo, ¿os dáis cuenta? Y he olvidado cosas de mi vida, pero esos días, y quizás incluso más las noches, los tengo ante mis ojos como si fuera hoy; como si tuviera que encontrarme con Picelli a unos metros andando a paso ligero. Revisando las barricadas una a una de una calle a otra, preguntando por tal o cual herido, animando a los cansados a que no se pongan de pie, animando a una esposa o un hijo, a escuchar los informes de los responsables y decidir con ellos*

*ya sea para trasladar a los hombres donde más se necesita, para dar consejos, recomendaciones y sobre todo para organizar la guardia, y luego unirme a un coro y tomar una copa con amigos, o mejor aún una taza de café, para evitar el agotamiento que vence la voluntad de resistir. Porque, verás, en un momento dado se produjo la lucha más feroz en el Naviglio, y te puede haber parecido que Picelli estaba perdido, pero si es cierto que en las barricadas del Naviglio estaban haciendo lo imposible para repeler los asaltos, bajo las granizadas de balas y granadas de mano, era igualmente vital mantener el control de la situación en el Oltretorrente, no solo coordinando fuerzas, sino también manteniendo alta la moral que, al cabo de un tiempo, empezó a mostrar las primeras señales, ¿cómo puedo decir?, no de ceder, no eso, sino de incertidumbre, de preocupación por cómo terminaría. “Picelli, ya no tenemos gasa”. “Picelli, se suponía que me relevarían hace una hora y aún no han llegado”, “Picelli, me quedé sin municiones”. Y el incansable Picelli siempre tenía una palabra para todos, alguna propuesta para solucionar temporalmente un problema, o una broma, un gesto de cariño o un reproche bondadoso, en fin, no cerraba un ojo quién sabe cuánto tiempo hacía. Nunca se quedaba quieto, se movía constantemente, porque sabía que su presencia contaba más que cualquier estrategia decidida en una mesa o plan cuidadosamente estudiado. En cierto punto, ¿qué era lo que mantenía unidos a esos hombres y esas mujeres? ¿Qué era lo que te hacía sentir como una mierda si dejabas a tus compañeros en la calle y te ibas a la cama después de cerrar la puerta? Picelli entendía esto, lo había aprendido primero en las trincheras y luego en la lucha diaria, que*

*todos tienen su punto de quiebre, que el desánimo llega tarde o temprano a todos, ese momento en el que se hace comprensible que todo ser humano tenga miedo y sienta un gran deseo de abandonar. Matan al compañero que está a tu lado, y piensas: “La próxima me toca a mí”.*

*Ves a los heridos, ves la sangre, te das cuenta de que la lucha ha perdido todo el encanto que tenía antes, cuando olía a ideales románticos y aventura, mientras ahora apesta a tripas y adrenalina, a sudor rancio y miedo, y tú te preguntas si lo aguantarás, cuando estés ahí, en la acera, con los compañeros gritando en busca de un médico y una camilla que no llega, y mientras tanto te desangres y sientas que la vida te da la espalda justo cuando tú, quién sabe qué.*

*Porque, créeme, toda insurrección representa la culminación de abusos, opresiones y humillaciones indecibles. Ciertamente no es el deseo de sentir emociones fuertes lo que lleva a la rebelión a la gente. Esta gente había soportado una vida miserable durante demasiado tiempo, y la llegada de los hunos había sido la chispa sobre una carga a punto de estallar.*

*Ninguno de ellos había levantado barricadas para poderse engañar a sí mismo, creyendo que cambiaba el destino de un país a la deriva. Sin embargo, en una población que se levanta y resiste fuerzas tan abrumadoras, siempre hay un entusiasmo, que la estimula, que raya en la euforia. Y la gente, mientras cierra las vías de acceso a las aldeas, se enardece de un sentimiento que se asemeja a la alegría:*

*cada uno es parte de un todo, se siente reconfortado al sentirse solidario con los otros y ahuyenta el miedo a la muerte y del futuro oscuro aferrado a los demás. Fue la identidad de las aldeas lo que los mantuvo detrás de las barricadas, donde la sangre derramada no parecía arañar la fuerza de voluntad.*

*Pero luego de varios días y noches de resistencia, muchos comenzaron a preguntarse: “¿Y después de esto? ¿Qué haremos después?”.*

*¿Cuánto tiempo podremos repeler a los hunos? La información no llegó rápido, en agosto de 1922, pero todos sabíamos que el fascismo se extendía por todas partes y que nosotros, detrás de esas barricadas, éramos el último bastión. Y Parma no era una isla en medio de un océano: tarde o temprano, el resto de Italia la habría aplastado en la barbarie. Por supuesto, las barricadas, de tiempo en tiempo, siempre han puesto en fuga el miedo a la muerte. Pero el tiempo que pasa excava, como el agua de un arroyo que erosiona los pilares de puentes improvisados, contruidos con el entusiasmo del primer día; y luego, lentamente, un crujido, un estrépito, el fracaso. La muerte no asustó a las barricadas del Oltretorrente y el Naviglio. Pero cada vez más gente se preguntaba: “Y si me quedo ciego, o sin un brazo o una pierna, qué será de mis hijos, cómo se las arreglará mi esposa, cómo va a salir adelante mi madre... ¿Qué será de mí si me quedo lisiado y sin trabajo? Y después de todo esto, ¿qué haremos después?”.*

\*\*\*

Falta poco para el amanecer. Una mujer va a sentarse junto a los defensores que están de guardia detrás de una barricada. Trae una olla de leche y un poco de pan. Alguien hace una broma sobre el hecho de que él hubiera preferido el vino, pero la mujer no le hace caso: se pasa las manos por el pelo y suspira. Los indicios de risa a su alrededor se desvanecen rápidamente. Uno le pone la mano en el hombro y le pregunta:

“¿Cómo está? ¿Tiene fiebre?”.

La mujer asiente. Su esposo resultó herido y lo encomendaron al cuidado de médicos voluntarios.

“La bala le aplastó el codo. El brazo derecho, ¿te das cuenta? Seguirá siendo un desgraciado de por vida. También existe el riesgo de que tengan que amputarlo. ¿Y cómo trabajará sin un brazo? Tenemos cuatro hijos...”

“No estáis solos” intenta consolarla otro. “La Liga de los Proletarios existe también para eso, de hecho, sobre todo para eso: hemos pensado mucho en los huérfanos y viudas, Dios no lo quiera...” La mujer lo interrumpe con un gesto de la mano:

“Sí, sí, la Liga”, murmura. “Verás lo que pasa con la Liga, cuando esos bastardos ganen”.

“Pero ganaremos nosotros” interviene otro más. “¡Nunca lo conseguirán en Parma!”

Un hombre de unos cuarenta años, uno de los mayores del grupo, niega con la cabeza y dice en voz baja:

“No escuchemos. ¿Qué importa si no pueden con Parma? El resto de Italia se va por el desagüe. Y así sucesivamente, ya no habrá cooperativas, Cámaras del trabajo...”

Se hace un pesado silencio. Es como si de repente la melancolía se hubiera apoderado del entusiasmo.

La mujer se da cuenta de esto, se seca una lágrima que no había podido reprimir, se pone de pie y dice:

“¡Suficiente! Dejémoslo, que llorando sobre nosotros mismos no solucionaremos nada”.

Y vuelve al lugar de donde vino, seguida de las miradas tristes de los compañeros.

Cuando ella ha desaparecido en la oscuridad, un joven pregunta a los demás:

“Pero, si al final todo acaba en una mierda, ¿Qué hacemos aquí disparando?”.

“Porque no podemos hacer otra cosa”, responde secamente un Ardito, que luego toma su rifle y va a ocupar el puesto detrás de la barricada.

El estado de ánimo descendió como un velo negro. No había necesidad de intentar exorcizarlo con bromas o clichés. Hay quienes esperan que los fascistas vuelvan a disparar, para romper ese lúgubre silencio.

Un sonido de pasos proviene de la misma calle por donde acaba de salir la mujer. En el silencio de la noche, las pisadas sobre el pavimento resuenan con un ritmo cadenciado, pasos rápidos, veloces. Los defensores de la barricada esperan ver al hombre que está a punto de aparecer en la esquina del edificio.

El disparo llega con un crujido como madera que se parte, empezado desde lejos: un francotirador estacionado en un techo, probablemente, al otro lado del puente. Todos se agacharon instintivamente, con la cabeza hundida en el hombro, un gesto más útil para evitar un segundo disparo que para esquivar esa bala mientras viaja. En esa fracción de segundo, ven las astillas de yeso y la nube de escombros a pocos centímetros de la sombra furtiva, que se inclina abruptamente fundiéndose con la masa oscura de un barril contra la pared.

“¡Hijo de un cerdo canadiense! ¡Serás perseguido por las fasces de un facista!”

Los que están al abrigo de la barricada se vuelven hacia el hombre que, sin aliento, reacciona con una fuerte andanada de

insultos. Eso debió haber llegado también a oídos de ese “hijo de rata de alcantarilla” y sus amigos, porque inmediatamente después estallan una lluvia de disparos al azar, dirigidos a la voz que ha surgido de la oscuridad. El Arditi dispara a su vez, apuntando a los destellos del último disparo.

“¡Basta, camaradas! ¡Dejad de desperdiciar municiones!”

El “objetivo” errado por los francotiradores se acerca encorvado, haciendo gestos perentorios para que dejen de disparar. Y cuando le reconocen, el asombro dura sólo un instante, porque alguien nota las manchas de sangre en la camisa blanca, a la altura del pecho.

“¡Picelli! ¡Pero te dieron! ¡Muéstrame, quédate quieto!”

“No, no es mía, esta sangre” les tranquiliza Picelli. “Ayudé a un compañero hace un rato, que tenía una herida grave en el costado, y acompañándolo a la enfermería se apoyó en mí”. Luego se inclina con cautela y señala un edificio al otro lado del puente.

“Estando bien resguardados, de nada sirve disparar mientras se queden ahí. Guardad los cartuchos para cuando intenten presentarse. ¿Entendido?”

Todos asienten. Picelli da una palmada en el hombro del Ardito vecino, hace un gesto con la cabeza a los demás y vuelve a desaparecer en el crepúsculo oyéndose el ritmo cadenciado de sus pasos sobre el pavimento oscurecido de la última hora de la noche, mezclándose con las voces agudas de los jóvenes vigías en las buhardillas y con el repiqueteo cansado de



quienes vienen a reemplazar a los centinelas, esperando el amanecer.

## **XIX. SÁBADO 5 DE AGOSTO**

Alrededor de las once de la mañana, Italo Balbo reúne un fuerte contingente de squadristi armados hasta los dientes. Apoyados por dos ametralladoras que barren las barricadas y las casas vecinas, se preparan para atacar. El propio Balbo da la orden de avanzar. Los fascistas no parecen muy decididos, han perdido toda la osadía ostentosa del inicio de la expedición: caminan encorvados por miedo a ser baleados, tratan de mantenerse a salvo. Cruzan el puente de Verdi, donde está apostado un gran contingente de soldados: los oficiales los miran sin intervenir, pero el descontento es evidente entre la tropa, miran con hostilidad a los fascistas, alguien maldice y escupe en el suelo.

Mientras tanto, otros squadristi se desahogan en el área de la ciudad que controlan. Atacan y arrasan los locales de profesionales que, de diversas formas, se han distinguido por su oposición al fascismo: los abogados Ghidini, Grossi, Ghisolfi, Baracchini, el ingeniero Albertelli; también irrumpieron en el despacho del contable Argenziano, señalado por algunos fascistas como “amigo de los rojos”, y luego en la casa de Tullio

Masotti, director del “Piccolo”. Saquean las oficinas de la Liga de Trabajadores y del Partido Popular. En el edificio que alberga el local de los populares, los fascistas, no paran, también derriban la puerta de la casa de la familia de los condes Anguissola. La pareja de sirvientes que encuentran en la casa están aterrorizados, lo que parece ser el mayordomo intenta detenerlos diciendo:

“¡¿Qué estáis haciendo?! ¡Esta es la casa de los condes de Anguissola! Una familia honrada, que nada tiene que ver con subversivos... ¿Qué hacéis, por el amor de Dios?”.

Los fascistas los hacen a un lado. Uno parece indeciso:

“Pero estos de aquí no tienen nada que ver con el Partido Popular...”.

El otro levanta los hombros y espeta:

“¡A quién le importa! En Parma todos conocemos a los camaradas uno por uno. Y estos de aquí, si no están con nosotros, ¡significa que están contra nosotros!”.

Los squadristi, además de destrozar muebles y enseres, cogen todo lo que encuentran de valor en la lujosa residencia de los condes, incluidas algunas chucherías y una cierta cantidad de efectivo recogido en los cajones.

Afuera, en las calles, el comportamiento de los invasores ahora está fuera de control: se aprovechan de las tiendas de alimentos para alimentarse, toman “donaciones espontáneas” en dinero, diciendo que servirán para apoyar la “Revolución

fascista”, obligan a los propietarios a levantar los cierres y las contraventanas, de lo contrario serán considerados en huelga y después brutalmente golpeados. En definitiva, terminan por convencer a las autoridades de que es necesaria la intervención del ejército para frenar a los “hunos”.

Los atacantes liderados por Italo Balbo llegan por Farnese, pero a la altura de la Chiesa delle Grazie son recibidos con disparos: disparan desde los techos y ventanas, así como desde las barricadas. Los primeros en reaccionar fueron los sindicalistas corridonianos, seguidos inmediatamente por los otros Arditi. Algunos fascistas caen heridos, otros van a la deriva, alguien intenta arrastrar a los compañeros afectados: la retirada se convierte en una fuga caótica.

De vuelta en el puente, Balbo está furioso, arremetiendo contra los hombres que no tuvieron agallas para continuar. Se dirige a algunos líderes, instándolos a reorganizar sus fuerzas para un segundo intento. En este punto, un oficial del ejército da un paso al frente y se enfrenta a Balbo: es el coronel Simondetti. Saluda militarmente, dice en tono seco:

“Estimado” Doctor “Balbo, ya es suficiente. He recibido la orden de detenerle”.

Balbo lo mira de arriba abajo.

“¿Qué dijiste? Coronel, ¿de qué órdenes está balbuceando? Sal del camino, este no es el momento para desvaríos”.

Desde las barricadas y desde las ventanas de las casas, los antifascistas comienzan a gritar y gesticular:

“¡Dejadlos pasar, mataremos a esos tontos! ¡Que se den a conocer, obtendrán lo que se merecen!”.

El coronel levanta un brazo: los soldados apuntan con sus armas a Balbo y sus hombres.

“Por favor, no me obligue a intervenir. Repito: tengo órdenes de restablecer la legalidad por cualquier medio”.

Balbo tiembla de ira. Mira hacia sus líderes de centuria y se da cuenta de que están hablando con algunos oficiales del ejército. Con cuatro pasos nerviosos los alcanza y les pregunta qué diablos están haciendo. Uno de los líderes fascistas, de rostro oscuro, responde:

“Ras, esta gente aquí dice que, en todos los demás frentes, los nuestros crean el desorden. He perdido ocho hombres, y los heridos ya no se cuentan, no tenemos forma de atenderlos y esto es un desastre”.

“¡Basta!” grita Italo Balbo. “¡Qué desorden ni desastre! Ni siquiera quiero escuchar esas palabras. ¡Si le echamos cojones, resolveremos este asunto esta mañana!”

Los demás están perplejos, avergonzados. Balbo se da cuenta de que numerosos squadristi están desapareciendo a toda prisa.

“¡¿A dónde vais?!” grita. “¡Volved aquí, cobardes!”

Uno de los líderes intenta intervenir:

“No somos cobardes. Nadie nos dijo que encontraríamos una situación semejante. Tienen más armas que nosotros, hay demasiados y están bien atrincherados. Tú mismo has admitido que tampoco esperabas que estuvieran tan bien entrenados, y...”.

Balbo lo agarra por el cuello, habla entre dientes hocico contra hocico:

“¡Cállate, payaso! ¿Quieres que toda Italia se ría de nosotros mañana? ¡Cállate!”.

En ese momento llega un coche militar precedido y seguido de una numerosa escolta. El general Lodomez sale y se acerca a Balbo con su personal y numerosos soldados de protección. El general saluda con rigidez, se presenta a Balbo:

“General Lodomez, comandante en jefe de la plaza. Estoy aquí para hacer cumplir las órdenes y, como soldado, les puedo asegurar que no tendré dudas ni escrúpulos”.

Balbo permanece en silencio por unos momentos, mirando al general. Luego pregunta con desdén:

“¿Y de dónde vienen estas órdenes?”

“Directamente del Ministerio, Dr. Balbo”.

El Ras de Ferrara, con la cara lívida, niega con la cabeza, apenas reprime la ira, dice con voz alterada:

“General, ¿qué diablos hacéis aquí arriba? ¿Es posible que esta maldita ciudad sea diferente del resto de Italia? ¡La Revolución Fascista tiene excelentes relaciones con el ejército, y dondequiera hemos recibido apoyo abierto! ¡¿Es posible que solo aquí, maldita sea, nos encontremos con soldados que están del lado de los subversivos?!”.

El general no parpadea y responde en tono neutro:

“Preste atención a lo que dice o lo que insinúa. Ninguno de mis hombres está con los 'subversivos', como usted los llama. Ha tenido cuatro días y cuatro noches para hacer lo que pretendía hacer. Tiene los resultados frente a sus ojos: os han rechazado y continúan rechazándoos, y mientras tanto sus “jóvenes” se entregan a todo tipo de desórdenes, saquean estudios y casas particulares de estimados profesionales, roban tiendas y exigen dinero en los bancos. Todo esto ha superado todos los límites. Si seguimos dándoos rienda suelta, terminaréis arrasando la mitad de la ciudad. Y no podemos permitir eso”.

Balbo hace un gesto de impaciencia, responde:

“Si arrasáramos esas guaridas de pulgas del Oltretorrente, hasta el suelo de Parma ganaría en limpieza y belleza. Y si Vds. fueran patriotas, ¡no sería nuestro turno de hacer el trabajo sucio!”.

Lodomez tiembla, parece a punto de reaccionar con vehemencia ante la soberbia de ese joven señor que se atreve

a cuestionar su patriotismo, pero se refrena, prefiere mantener un desprendimiento desdeñoso, y concluye:

“Retírese ahora y salvará las apariencias. Reúna a sus muertos y heridos, y dé gracias al cielo de que estemos aquí para evitar que os masacren”.

En la plaza Steccata, frente al hotel Croce Bianca donde se ubica el centro de operaciones de Balbo, un grupo de escuadristas vivaquea descansando del “agotamiento” del asedio. Entre ellos hay un cremonés apodado Gattaccio<sup>20</sup>, quizás por sus ojos verdes de felino, la mirada astuta, y su actitud cautelosa, siempre al límite. Tiene una mochila que ha colocado al lado, mientras que el rifle está apoyado contra la pared. Sentado con las piernas abiertas en la acera, charla con un compañero de rostro menos tranquilizador que el suyo: una cicatriz le surca la mejilla hasta el mentón y los nudillos de las manos hablan de luchas despiadadas. Gattaccio dice:

“Nos han engañado bien. Farinacci había hablado de una acción a resolver en veinticuatro horas, algunas cabezas que romper y algunas brujas que asustar, y en cambio nos encontramos aquí con un ejército de rojos que disparan como poseídos... Un caporetto número dos”.<sup>21</sup>

---

20 Gataco, felino, lince [N. d. T.]

21 El término "caporetto" se usa en italiano como un sustantivo femenino y tiene el significado figurativo de "derrota sin gloria", "derrota muy dura", "fracaso absoluto", "desastre enorme". Su uso es muy frecuente tanto en el ámbito político como en el deportivo. La batalla de Caporetto, o la duodécima batalla del Isonzo, fue un enfrentamiento librado durante la Primera Guerra Mundial, entre las fuerzas combinadas de los ejércitos austrohúngaro y alemán, contra el Ejército Real italiano. Supuso la derrota más grave en la historia del ejército italiano. [N. d. T.]



El otro asiente, escupe a un lado y agrega:

“Vi a un compañero acertado entre los ojos por un disparo desde al menos doscientos metros. Podemos decir que tenemos ametralladoras, pero los idiotas que idearon esto tuvieron que pensar también en morteros, porque sin eso nunca pasaremos al otro lado del torrente. ¡Dan órdenes estúpidas y luego nosotros nos revolcamos en la mierda!”.

Un escuadrista da un paso adelante con el brazo derecho colgando del cuello y una venda alrededor de la muñeca empapada en sangre. Los dos lo miran de reojo y él, con un mohín entre los labios, pregunta si tienen fuego. El amigo de Gattaccio asiente, saca las cerillas del bolsillo y da lumbre al herido.

“Si todavía estamos aquí es porque algunos jefes tienen el culo protegido... Ayer estuvo cerca de que todo este burdel terminase de la peor manera”.

Los dos lo miran esperando que les explique. El tipo tose, se frota el brazo entumecido y dice:

“Balbo y su equipo pasaban por aquí, ocupados estudiando qué hacer para obtener un buen resultado, cuando un rojo con camisa negra le arrojó una granada de mano a los pies. Bueno, ¡no explotó! ¿Os dais cuenta de lo que es una patada en el trasero? Y mientras saltaban hacia atrás, el rojo se desvaneció sin ser molestado. Buen hígado, sin duda. Seremos diez o quince mil de nosotros, ¿quién

carajo reconocerá a un rojo si se pone una camisa negra y te pone una bomba debajo de los huevos?”.

Ellos dos no responden, el tipo asiente a modo de saludo y se va a recostarse en un banco, maldiciendo por el dolor de su muñeca.

Gattaccio saca unas tenazas de su bolsillo y juega con ellas, mirándolas sombríamente. El amigo sonrío:

“¡Te roe, eh, que no hayas podido usarlas todavía!”

“Las usaré, las usaré, quédate tranquilo que tarde o temprano las usaré...” En la guerra, los dos fueron compañeros de la misma compañía, y después de su licencia habían “invertido” los frutos recolectados durante el conflicto: con los dientes de oro arrebatados a los cadáveres, Gattaccio había comprado la casa donde vivían sus padres en alquiler, y ahora pensaba comprar otra para él con las ganancias de los escuadrones de asalto.

Además, la suya era una costumbre muy extendida en todas las guerras, prácticamente desde que existían los dientes de oro. Pero los dos no se limitaron a esto: también se apoderaron de cadenas, dinero de bolsillo, cajas de rapé de plata o medallas de recuerdo, cualquier objeto de valor que luego pudieran revender a los traficantes que conocían. Gattaccio mantenía una estrecha relación con Farinacci, pero el Ras de Cremona le prohibió ser visto en público con él, tuvo que evitar visitarlo en la sede del partido o en cualquier lugar frecuentado por otros fascistas: utilizó a Gattaccio para cumplir órdenes que oficialmente nunca se habían dado.

Se acerca un escuadrista joven con aire altivo, un poco demasiado arrogante para esos dos que han visto tanto y ahora han asumido la expresión cínica de los veteranos quebrados en cada experiencia. El joven los saluda con el brazo extendido:

“Camaradas: ¡A nosotros!”.

“A tu hermana” murmura Gattaccio.

“¿Cómo dijiste, camarada?” pregunta el recién llegado mirándolo torcidamente.

En respuesta, Gattaccio saca del bolsillo de su camisa su “amuleto de la suerte”, un alfiler formado por una daga diminuta rodeada de hojas de oro y roble, con las palabras “A Noi”<sup>22</sup> debajo, y se lo muestra al joven, quien lo mira y no comprende. Con voz cansada, Gattaccio explica:

“Esto se lo arrebaté a un Ardito del Popolo durante una batalla en Roma. En ese momento nos tocaban como tambores, pero logré romperle el cráneo a uno de esos mendigos y como recuerdo me llevé su placa”.

“No comprendo. ¿Qué quieres decir?” replica el joven.

“No hay nada que entender. Solo quería confundir un poco tus ideas... porque pareces un tipo que tiene pocas ideas en la cabeza, pero claras como el sol, ¿no?”

---

<sup>22</sup> “A nosotros”, contraseña de los Arditi del Popolo usurpada por los fascistas. [N. d. T.]

El otro siente el sarcasmo en el tono del veterano y prefiere dejarlo pasar. Se sienta también, y al cabo de un rato, pregunta de nuevo:

“¿Estáis descansando anticipando el próximo asalto?”.

Gattaccio y el amigo intercambian miradas: ya están cansados de tener a ese chico “entusiasta” demasiado cerca. Pero entonces Gattaccio piensa que podría divertirse con el chavalote, la tarde estaba tomando un giro aburrido y bien podrían aprovechar la diversión que ofrece el caso. Se levanta con un bufido, se frota la espalda dolorida y dice:

“¿Sabes qué? Hemos descansado lo suficiente: creo que es hora de volver al ataque”.

El joven se pone de pie de un salto, toma su rifle, se pone su fez y parece ansioso por seguir a esos dos: a sus ojos son hombres acostumbrados a mil y batallas, sus rostros hablan por sí mismos y ejercen una notable fascinación en él.

“Dí un poco, tú, ¿cómo te llamas?”

El joven hincha su pecho y dice estentóreo:

“Camarada Monaldo Parutini, Fascio de combate de Rovigo!”.

“Descansa, camarada Monaldo de Rovigo, descansa”, le dice Gattaccio. Luego, volviéndose alrededor de él, comienza a burlarse.

“Monaldo... Monaldo... Como decir mona de Aldo”.

Los otros escuadristas que acampan por allí se echan a reír groseramente. El joven de pronto parece perder el entusiasmo: se enciende y mira a su alrededor con asombro, como pidiendo la solidaridad de los presentes por un trato que no se merece. Gattaccio disfruta viéndolo así y sigue enfureciéndolo.

“¿Con quién viniste aquí?”

“Con... con los compañeros de Ferrara, con nuestro Ras Italo Balbo...”

“Ah, bien, bien. ¿Y qué esperabas al venir a Parma?”

El infortunado Monaldo escudriña a los compañeros, quienes a su vez lo miran esperando a ver cómo termina.

Es una típica escena de novatadas en los barracones, y todos quieren divertirse a costa del chaval. Por otro lado, él siente que tiene que demostrar que posee los atributos: lo toma como una especie de prueba a superar, sabe que no puede escapar de la escaramuza.

“Esperaba alisar el cabello de los subversivos como hicimos en Rávena y en toda la Romaña. ¡Porque yo estaba allí, con la columna de Balbo!”

Gattaccio asiente y hace alarde de admiración.

“¿Y cuál es el mejor recuerdo que guardas de esa empresa, compañero Monaldo Parutini conocido como Aldo el Mona?”.

Los venecianos presentes ríen más fuerte que los demás. Monaldo saca el labio inferior y se muerde el fino bigote: está nervioso y, además, está a pleno sol que es un verdugo ardiente. Intenta hablar sin que le tiemble la voz:

“Tengo, de hecho, un recuerdo memorable. ¡Cuando el Ras conoció al asesino de uno de nuestros camaradas y nos dio una lección de generosidad caballeresca!”.

Gattaccio se calienta. Mira a los demás y hace una expresión exageradamente desconcertada.

“Cuéntanos. ¿A qué estas esperando?”

Monaldo Parutini se aclara la garganta y se seca el sudor de la frente:

“Acabábamos de salir de Ravenna, el auto de Balbo estaba frente a la columna, cuando un compañero que estaba con él reconoció a un tipo que caminaba por el borde de la carretera. ¡No era otro que Rossi, un comunista que había matado al camarada Aldino Grossi de Massafiscaglia! En cuanto nos vio, Rossi se tiró a la zanja, pero nos abalanzamos sobre él y lo inmovilizamos. ¡Piensa, ese criminal llevaba dos pistolas y cuatro granadas de mano!”.

Gattaccio emite un silbido de asombro, Monaldo no le hace caso y continúa:

“En el momento que lo subimos a bordo, después de Cervia, luego de un paso a nivel, dejamos la carretera principal y nos adentramos en el pinar. En un momento determinado Balbo hace que el coche se detenga, y nosotros en la parte de atrás, con el camión, hacemos lo mismo. Rossi es empujado hacia un tronco y Balbo le pregunta: “¿Eres tú quien mató a ese pobre chico de Massafiscaglia?”. Nada, el comunista se pavonea y no responde. “Estás en nuestras manos”, dice Balbo, “tenemos derecho a hacer lo que queramos contigo y debemos vengar a nuestro camarada”.

Bueno, el comunista, como si nada hubiera pasado, tranquilamente responde:

“Lo sé, tú eres mi enemigo y yo soy tu enemigo, haz lo que tengas que hacer”.

“Mira, te vamos a matar”, le insta el Ras, “porque si tú y tus pares me hubierais encontrado solo, ¿qué me habríais hecho?” Y el comunista:

“Te hubiéramos matado”. Tenía mucho valor, el tipo, y mucho coraje también, ya que estábamos a punto de dispararle. Pero Italo Balbo nos dijo: “¡Este tiene agallas!”. Luego, al Rossi: “Somos luchadores, no asesinos. No matamos a un indefenso cuando somos muchos y estamos armados. Márchate”

Bueno, sí, ¡Balbo lo dejó ir! Bueno, ¿qué hace el comunista? Él no se escapa como un infierno, ¡no! Se queda ahí, el fanfarrón, y dice:

“Gracias, pero en tal caso yo no haría lo mismo”.

Volvimos a los vehículos y ese desgraciado caminó hacia el mar.

“¿Te das cuenta? ¡Con líderes como Balbo, los italianos no pueden evitar estar de nuestro lado!”.

Gattaccio pone los ojos en blanco: está cansado de jugar, y ese chavalito todo honor y arrojo lo está poniendo de los nervios.

“Ese cuento de hadas de paladines sin tacha ¿dónde lo oíste contar?” El joven Rovigotto tiene una explosión de orgullo:

“¡No he oído hablar de eso! ¡Estuve allí, lo viví!”.

Gattaccio hace una mueca de náuseas.

“Oh, sí, estabas allí... ¡Perro! He participado en todas las expediciones más importantes desde el primer día, desde la primera hora, ¡Y nunca he presenciado ni escuchado nada parecido! Yo también estuve allí en Rávena, y la columna nunca se detuvo a lo largo del camino para detener a un idiota y mucho menos se desvió hacia el bosque de pinos”.



Monaldo Parutini se queda en silencio y lo mira con una mezcla de rabia y miedo. Gattaccio le grita en la cara a unos centímetros de su boca:

¿Sabes qué, Monaldino? El 29 de julio, de Ravenna a Cesena, rompí más dientes de idiotas que en el matadero municipal. Quemé tantas casas de rojos de mierda por la noche que me bronceé, por la fuerza de las llamas, ¡y por la noche escupí mis pulmones por la gasolina que respiré! Media Romaña ha prescindido del alumbrado público, de cuántos fuegos he encendido. ¿Y sabes una cosa más, novato de mierda? Aquellos como tú, me hacen cagar. ¡Esto es una guerra, por Dios! Y como en todas las guerras, querido señorito niño de mamá, ¡al enemigo se le destripa, se le rompe el cráneo y se le arrancan las vísceras con las manos cuando no quedan más cartuchos en el cargador! Los rojos deben aterrizar, en vez de eso de 'por favor, tranquilícense, no somos asesinos', ¡Todo tonterías! En ese momento, si no se les rompe el cuello de inmediato, nos lo romperán a nosotros, porque ¡Son unos hijos de puta tanto y más que nosotros! ¡¿Entiendes, tonto?!".

El joven tiembla de indignación, miedo, vergüenza, tiembla por todas las razones del mundo y no sabe qué hacer. En ese momento, Italo Balbo irrumpe en escena seguido por los jefes de centuria y los jefes de su "estado mayor". Vuelven al hotel Croce Bianca.

“¿Bien? ¡¿Qué están haciendo, montón de lavanderas?!”, grita Balbo. “Vuestros compañeros están allí para tomar la

iniciativa a los subversivos e intentar erradicar este bubón, y vosotros aquí, rascándoos la barriga. ¿Quizás habéis olido el olor de las hembras parmesanas y en lugar de darles eso os dispararon en el culo?” Algunas risas resuenan a su alrededor, pero la mirada enojada del Ras de Ferrara silencia a todos.

“¡Agarren sus armas ahora y cumplan con su deber! ¡Habéis tenido demasiada munición, ahora usadla!”

Y diciendo eso, pateo la mochila de Gattaccio, que rueda medio metro, dejando que algo brille al sol. Balbo lo nota, se inclina, saca el objeto: un candelabro de plata. Y luego una estatuilla de bronce. Y luego un collar de perlas...

Los músculos de la mandíbula del Ras se contraen espasmódicamente, los labios se estiran hasta que descubren los dientes y la mano salta hacia la funda, pero un segundo pensamiento repentino lo vuelve a levantar. Un poderoso revés golpea la cara de Gattaccio.

El escuadrón cremonese permanece impasible, no baja la mirada y trata de no mostrar la menor molestia. Balbo se acerca y silabea a unos centímetros de su nariz:

“¿Qué le estabas diciendo a este chico? ¡Abre los oídos, gilipollas! Los matones, los criminales, la roña que se pega a la Revolución Fascista como garrapatas, ¡Sois el lastre que puede arrastrarnos hasta el precipicio! ¡Pero no lo dudes, encontraremos el insecticida adecuado para ciertos parásitos a su debido tiempo!”.

Gattaccio no muestra el menor asombro, hace alarde de una vaga sonrisa arrogante y responde en voz muy baja, casi un susurro ronco:

“Felicitaciones, Ras. Eres bueno para culpar a quien está a tu lado. Con los de allí, en cambio... ¿eh? ¿Qué pasa?” e indica con el pulgar el Oltretorrente. Balbo está a punto de darle otra bofetada, pero no deja de ver que el tipo ni siquiera insinúa cubrirse, al contrario, sigue mirándolo con los ojos burlones. Por un instante, Balbo parece casi admirado por la insolencia del escuadrista. Y añade:

“No tenías derecho a pegarme. Farinacci me conoce bien, y me estima. Y cuando le hable de ti y de tu bravuconería, y sobre todo de cómo lo reemplazaste “brillantemente”, es decir, empezando a lamer el culo a generales y prefectos, no creo que se lo tome de la mejor manera. Sabes cómo es Farinacci, ¿no?”.

Balbo se ríe fría, desdeñosa, exclama:

“¡Ah, ¿ahora me estás amenazando nada menos que con ir a lloriquear al Ras de Cremona?! Bueno, escúchame títere: yo también conozco a Roberto y ni siquiera eres digno de decir su nombre. En cualquier caso, si de verdad quieres decírselo, debes saber que, si me pide explicaciones, se las daré, después de lo cual harás bien, gilipollas, en escapar al fin del mundo, porque Farinacci odia hacer un tonto de sí mismo y es despiadado con los que lo prostituyen” y señala el morral, “robando bienes”.

Los dos se examinan durante unos segundos más, luego Balbo gira sobre sus talones y se va.

Gattaccio se pasa el dorso de la mano por la mejilla y mira el rastro de sangre extraído de la comisura de su boca.

Monaldo Parutini está tentado de vengarse, pero está claro que Gattaccio quiere desahogarse con alguien, y se lo lee en la cara, lee el odio, la furia, y guarda silencio.

A primera hora de la tarde, el obispo Conforti también va a ver a Balbo para intentar la mediación.

El prelado se baja del coche con conductor frente al hotel Croce Bianca. El piquete de camisas negras saluda con un “presenten armas” militar. El obispo ignora la puesta en escena y entra.

En la oficina utilizada como centro de operaciones, Italo Balbo lo ataca:

“Monseñor Conforti, ¿pero se da cuenta?! Detrás de las barricadas, ¡también hay sacerdotes y monjas disparándonos! ¡Qué clase de pastor eres, que abrigas en tu pecho a ciertas serpientes! Sacerdotes con fusiles en la mano, pero ¿dónde se ha visto?!”.

El obispo mantiene un tono tranquilo pero resuelto:

“Dudo mucho que algunos sacerdotes hayan tomado las armas, y mucho menos nuestras hermanas. Por supuesto,

algunos párrocos del Oltretorrente seguramente habrán hecho todo lo posible por sus fieles, pero repito...”.

Balbo lo interrumpe golpeando el escritorio:

“¡¿Pródigo para tus fieles?! ¿Qué estás diciendo? ¿Llamas fiel a ese revoltijo de subversivos sin Dios y sin hogar? ¡Vi a tus sacerdotes rojos! ¿Estás cuestionando mi palabra?”.

Es como si el obispo no hubiera escuchado:

“Sea como fuere, le imploro que acepte la situación. Si no se retira, habrá un baño de sangre. Es consciente de eso. El odio engendra odio, y después de cuatro días de violencia, todo lo que has logrado es aumentar el número de insurgentes detrás de las barricadas. Como ciudadano, antes incluso que como obispo, os invito a ser realistas”.

Balbo, intolerante, está a punto de responder, pero el obispo continúa:

“La realidad es esta: no ganasteis. Si os retiráis, podéis decir que no habéis perdido. Es la única salida honorable que os queda”.

Balbo lo mira fijamente, el obispo sostiene su mirada. El Ras piensa durante mucho tiempo, pero no sabe qué más decir. Se siente atrapado y recuerda las palabras del general Lodomez: de alguna manera debe irse “salvando las apariencias”.

Momentos después, el obispo sale del hotel y el piquete presenta sus armas por segunda vez. Monseñor Conforti

levanta los dos dedos unidos y traza una cruz en el aire con un gesto apresurado, que a los camisas negras les parece más un signo de mal agüero que un acto de bendición.

Mientras los refuerzos militares –el 66 y el 36 de infantería, un batallón de Bersaglieri y las tropas alpinas de Cadore– convergen en la ciudad, los fascistas comienzan a desmovilizarse, yendo maltrechos a los camiones o haciendo fila a lo largo de las carreteras. No cantan con tanto ardor como lo hacían cuando llegaron, y muchos están heridos.

Italo Balbo sale del hotel Croce Bianca. En el hall, lo detiene un señor mayor, distinguido y elegante, con un bastón y un pañuelo al cuello.

“¡Estimado señor! Soy el Conde Anguissola. ¿Es usted el que comanda estas hordas de lansquenetes?”<sup>23</sup> Balbo lo mira con expresión de incredulidad.

“¡Tus hombres han robado mi casa! ¡Quiero mis joyas, abalorios, dinero, todo de vuelta!” Balbo alza los ojos al cielo, resopla y extiende los brazos, camina hacia la salida, diciendo apresuradamente al conde:

“Está bien, Conde Vattelappesca, está bien. ¡Se te compensará, te doy mi palabra!”.

---

23 El nombre Lansquenete deriva del alemán landsknecht que significa “sirviente/servidor de la tierra”. Los lansquenetes pertenecían a una clase de soldados de infantería que al principio no eran más que unos siervos que hacían la guerra en calidad de peones, y servían a los caballeros de palafreneros, sin llevar más armas que una pica. Más tarde formaron cuerpos independientes de piqueros, que se distinguían por llevar vistosos uniformes y llegaron a constituir la base de la infantería alemana en la época del Renacimiento. [N. d. T.]

El conde lo mira alterado y grita detrás de él:

“¡Vergüenza! ¡Vergüenza!”.

Balbo entra al auto como una furia, su asistente ya está en el asiento trasero, a quien dice enojado:

“Debes emitirme un comunicado condenando la 'intemperancia', usa este término, y escribir que 'deploramos al grupo de personas mal informadas que han cometido alguna devastación', concluyes afirmando que 'ya se han impuesto castigos muy severos'. ¿Claro?”.

El secretario escribe frenéticamente en el cuaderno.

El coche empieza a moverse. Balbo agrega:

“Búscame a esos perros que han robado en las casas: ¡quiero arrancarles la piel vivos personalmente!”.

El Ras mira por la ventana las murallas de la ciudad que se deslizan:

“¡Ciudad de mierda! ¡Ciudad de mierda!”.

Momentos después, dos jóvenes en bicicleta salen de un callejón, sacan sus revólveres y disparan al coche. Balbo y el ordenanza se inclinan hacia atrás, el fascista que conduce se mueve violentamente y el auto se desvía y se arrastra contra una pared. Los dos Arditi vuelven a pedalear y desaparecen. Una multitud de camaradas se apresura desde

atrás. Rodean el coche. Balbo está visiblemente conmocionado.

“¡Ras! ¿Todo bien? ¿Qué pasó?”

Italo Balbo recupera su frialdad habitual:

“Nada serio. Parma me ha despedido”.

Luego mira los agujeros de vidrio en la carrocería y las ventanas, mira a su alrededor y agrega en voz baja:

“Porque nos volveremos a encontrar, Parma. Nos volveremos a encontrar pronto...”

\*\*\*

*Balbo no volvería a Parma tan pronto como esperaba. También porque, lamentablemente, unos meses después, a finales de octubre, los fascistas marcharon sobre Roma, por lo que Balbo tuvo que posponer sus intenciones de venganza...*

*Incluso hoy no sé, no entiendo, por qué la izquierda podría ser tan miope... El Partido Socialista no entendía mucho del fenómeno fascista, no tenía la profundidad de visión para darse cuenta de que se trataba de un movimiento heterogéneo basado en el mito de la fuerza, de*



*la opresión, y que por tanto no había forma posible de diálogo. Italia no podía hacerse la víctima dado que no existían las condiciones que llevarían al nazismo al poder en Alemania y, además, ganando las elecciones, sin la necesidad de un golpe de Estado disfrazado de marcha sobre Roma. Porque como saben, en Alemania fueron sobre todo las políticas irresponsables de Gran Bretaña y Francia las que desarrollaron un sentimiento de venganza que se convertiría en un río desbordante, alimentado por la miseria, y la furia ciega de las sanciones post-belicas que humillaron al pueblo alemán hasta el punto... de suministrar paladas de carbón al horno del nacionalismo. Pero Italia no, Italia era una "potencia vencedora" y las esperanzas frustradas afectaban únicamente a sus clases dominantes, incapaces de crear las condiciones para una nación en sintonía con la "modernidad" y tan faltas de valor que se aferraron a un fascismo que llevaría al país a la ruina. Al país, no a ellos: ya que, atiborrados de pedidos de guerra, los toscos y temerosos empresarios italianos habrían seguido engordando con las órdenes de la próxima guerra, suministrando ridículos tanques de chapa y botas con suela de cartón, desde el Alamein hasta el Don, del desierto a la estepa helada, siempre la misma basura, para seguir siempre, bien alimentados.*

*Los líderes socialistas abrigaban la perniciosa creencia de que al hacer concesiones podrían limitar el daño y alcanzar cierta moderación. Qué siguió: un movimiento que explotó los impulsos más irracionales del alma humana y se alimentó de la violencia, cuanto más margen de maniobra se le concedía más violencia ejerció.*

*El escuadrismo fue el resultado de una mezcla salvaje de nacionalismo de segunda mano y venganza subclase, montado por arribistas políticos y aprendices de brujo, y los "patronos del vapor" aprovecharon la oportunidad, sintieron su esencia y la posibilidad de canalizar las energías. Agrarios acostumbrados al servilismo de los miserables, industriales incapaces de desarrollar sus intereses mediante la negociación y el espíritu de iniciativa, pequeños propietarios con el deseo de conquistar finalmente un pedazo de tierra prometida, todos deseosos de acabar con las huelgas y la agitación, todos deslumbrados por un nuevo orden impuesto con plomo y fuego. El Partido Socialista inició el suicidio de la izquierda firmando el pacto de pacificación, sin querer entender que el fascismo nunca llegaría a un acuerdo, nunca respetaría ningún compromiso, porque solo conocía una forma de avanzar: aplastando a sus oponentes. Ante tal realidad, solo se podía responder golpe a golpe hasta el punto de romperlo y dispersarlo. El fascismo vivió los únicos momentos de crisis cuando el Arditi del Popolo contraatacó y golpeó con fuerza. A estas alturas, teníamos pruebas claras de que no había otro camino a seguir. Chicos, créanme, les digo con la mano sobre el corazón. No hay nada emocionante en matar a un ser humano, y pronto nos dimos cuenta de que el riesgo era llegar a compartir el "mito de la violencia". Repito ahora que ya soy viejo, que ya no tengo más años de experiencia sino menos años de vida, pero he visto tanto que he aprendido que la pasión y el coraje no bastan para cambiar el rumbo de los acontecimientos. Pero frente a la gangrena, uno no puede tomarse el tiempo y esperar que el diálogo reduzca a la*

*podredubre, la convenza de estar satisfecha con solo una parte del cuerpo sano. Es necesario intervenir duro y sin piedad, antes de que el mal lo devore todo. Los Arditi del Popolo fueron los únicos que entendieron esto y actuaron en consecuencia. Pero los partidos... Si los socialistas solían practicar las normas formales de la política apelando a una firma en un papel de desecho, los comunistas fueron tan tontos como para repudiar a los Arditi por puro sectarismo, incluso si muchos comunistas, socialistas, republicanos, parte de lo popular, e incluso el llamado D'Annunzio se unieron a nosotros. Los anarquistas fueron quizás los más consecuentes y prudentes, lástima que fueran pocos. Y lo que podíamos, lo teníamos que hacer contra todo y contra todos: policía, carabinieri, ejército, por supuesto, pero también partidos y organizaciones que deberían haber estado a nuestro lado. Oh, no se trataba de intentar escalar el cielo, no, no... Ninguna revolución imaginada durante la guerra del 15 al 18 fue posible, pero aplastar la cabeza del escorpión antes de que inoculara su veneno, eso mismo sí pudimos hacerlo. Repito: la única crisis profunda que atravesó el fascismo fue por las duras derrotas del campo, que le produjimos nosotros los Arditi.*

*Pensad, si el fascismo no hubiera llegado al poder, tal vez ni siquiera Hitler lo hubiera logrado, sin ejemplos concretos de apoyo en Europa. Y en España, Franco no habría llegado a ninguna parte sin el armamento, municiones, financiación y ayuda directa de las tropas italianas, una ayuda mucho más fuerte que la nazi. Y quién sabe, quizás se hubieran podido evitar la guerra mundial y los campos de exterminio. ¿Os lo imagináis? Si nos hubieran apoyado permitiéndonos*

*desbaratar a los fascistas golpeándolos en la ciudad y en el campo, desbaratando el único punto débil que tenían, que era el mito de la 'invencibilidad', tantos desastres nunca habrían sucedido y hoy no seríamos sujetos de poderes e intereses ajenos... tal vez no estaríamos aquí llorando un muerto más. Pero ya sé, ya sé, ninguna historia se hace con los si y los quizás. Y la historia la escriben los ganadores. Y los vencedores fueron ellos, no porque no fuéramos capaces de vencerlos, sino porque nos encontramos solos, contra un enemigo que solo respetaba a quienes lo golpeaban más fuerte que él hacía. La gente del Oltretorrente lo entendió y lo puso en práctica. Si todas las demás ciudades hubieran hecho lo mismo, si Parma no hubiera sido el último y extremo grito del antifascismo en armas, que era la única forma de oposición concreta y consciente a la situación real, no habría habido marcha sobre Roma.*

*Con Mussolini en el poder, Parma también tuvo que ceder. Muchos antifascistas se exiliaron para evitar la persecución, para no terminar como Alberto Puzzarini, amigo de Cieri, a quien mataron a traición en el verano del 23. Por supuesto, Mussolini prefirió encarcelar o enviar a confinamiento a los que no podían salir del país, reprimiendo a su Ras más sanguinario que con gusto hubiera continuado con sus ejecuciones sumarias. Picelli, que todavía era diputado, se trasladó a Roma, donde sufrió diversos atentados y detenciones. En noviembre de 1923 el prefecto de la capital ordenó a la jefatura de policía y carabinieri vigilarlo día y noche, y detener, identificar y registrar a quienes lo frecuentaran. En ese momento Picelli*

*se encontraba con su pareja quien permanecería con él hasta el final. Se llamaba Paolina Rocchetti, y la policía, además de registrar su piso en busca de los escritos de Picelli, hizo que la despidieran de la empresa donde trabajaba acudiendo a su jefe para decirle que había contratado a la “conviviente de un peligroso subversivo”. “Qué cobardía”.*

*Picelli no creía mucho en la oposición parlamentaria, había pedido, y se unió al Partido Comunista, pero el partido no le agradaba: en ese momento estaba bajo la dirección de Amadeo Bordiga, y Picelli no compartía su sectarismo dogmático. Una elección problemática, también porque el partido rechazó su afiliación en el primer intento. Luego, sin embargo, considerando el ascendente de que disfrutaba entre los jóvenes, aceptaron el registro. Picelli tenía claro desde el principio cuál era el camino a seguir para frenar el ascenso al poder del fascismo, pero a estas alturas ya era demasiado tarde: proscrita la organización del Arditi del Popolo, los combatientes desaparecidos, perseguidos por el Estado y abandonados por los partidos de izquierda. Y en cuanto a su acta de diputado, la necesitaba sobre todo para intentar defender a los presos políticos, manteniendo viva la red de ayuda y acudiendo a las cárceles a comprobar sus condiciones. Pero las autoridades lo estorbaron por todos los medios, si las leyes especiales no eran suficientes recurrían a métodos más perentorios. En cuanto a los fascistas, las provocaciones no se detuvieron ni siquiera dentro del parlamento, donde ahora también estaba sentado Italo Balbo, el Honorable Generalísimo de la*

*Milicia. Una vez, por ejemplo, en mayo del 24, un grupo de diputados fascistas había comenzado a arremeter contra Picelli en un transatlántico, y él se había comportado como de costumbre, sin retroceder, es más, preparándose para golpear al primero que hubiera pasado a su alcance.*

## XX. DE LA FRONTERA AL EXILIO

En el transatlántico Montecitorio, Picelli está en el respaldo de una gran mesa y se enfrenta a sus oponentes, que se agolpan amenazadoramente. Picelli tiene una expresión desafiante, dice sarcásticamente:

“¡Bien! ¡Diez contra uno! Es vuestra especialidad, ¿no?”

Un fascista, el más joven del grupo, le pregunta con desdén:

“¿Sería usted el “famoso” Picelli de Parma en este momento?”.

“¿Y por qué me preguntas? ¿Tienes miedo de acabar como sus compañeros en Parma hace un par de años? Pregúntale a tu líder Balbo, quién soy y qué hago. Nosotros, los Arditi, éramos seiscientos, sólo seiscientos armados, y él comandaba al menos diez mil, fanfarrones como tú, ¡pero tuvo que irse con el rabo entre las piernas!” Los fascistas arremeten, alguien da un paso al frente para atacar a Picelli, que en este punto sostiene el inevitable bastón con ambas manos como si fuera un

garrote y está listo para golpear. En el mismo instante, una voz estentórea resuena desde los atacantes:

“¡Camaradas! ¡¿Qué diablos está pasando aquí?!”.

Todos se dan la vuelta: Italo Balbo avanza con pasos decididos, se abre paso, dejando a un lado a sus “colegas” de mala manera, y cuando llega en presencia de Guido Picelli exclama en un tono sutilmente divertido:

“¡Picelli! Habría apostado... ¡Cuando hay alboroto, Picelli nunca falla!”.

“Sí, claro, algarabía”, espeta Picelli despectivo. “Tus gamberros no hacen un alboroto: atacan solo cuando están seguros de que son al menos diez a uno. Pero como bien sabes, no soy del tipo que huye de la confrontación”.

“Oh, lo sé, Picelli, lo sé. ¡Eres un hueso duro de roer y respeto a los oponentes que luchan de frente!” Picelli hace una señal de suficiencia, casi burlona, comentando solo con la expresión del rostro y un encogimiento de hombros la frase de “respeto varonil” pronunciada por Balbo. Este último, dirigiéndose a sus seguidores, agrega con severidad:

“Si tuvierais un poco de sal en vuestras calabazas, también aprenderíais algo del enemigo, cuando él puede enseñaros lo que es el coraje...”. Luego, mirando a Picelli a los ojos pero sin dejar de hablar con los diputados fascistas, dice: “Porque Picelli es un hombre valiente, no hay duda sobre eso. Los valientes merecen respeto, ¿está claro? Y



aunque me duela ver a ciertos hombres acercarse a los bolcheviques, les doy la mano a los que son como Picelli...”.

Italo Balbo le tiende la mano. Picelli mira la mano y luego Balbo a los ojos.

“Lo siento, Dr. Balbo. Sé que eres diferente a la turba que te rodea, a tu manera tienes un vago sentido del honor, pero no puedo estrechar la mano de los que están de parte de los tiburones. Y tu Duce, querido Balbo, por mucho que balbucee de revoluciones y se llene la boca con la palabra 'pueblo', no es más que un instrumento de la reacción de los patronos, un político astuto que sabe llevar los pies en varios zapatos, incluido el tuyo cuando le conviene. “Signori”... ¡arrivederci!”

Y después de insinuar un saludo, llevando el mango de su bastón a la frente, Picelli se aleja por el transatlántico.

Balbo lo mira fijamente mientras, con pasos lentos, se va dando la espalda al puñado de fascistas.

De hecho, Balbo se destacó de la peor mafia. Incluso en la época de las expediciones punitivas, a hierro y fuego contra las cooperativas y Cámaras del Trabajo, quiso lucir un comportamiento a su manera “caballeresco”, presumiendo de ser un oficial retirado de las tropas alpinas, en vez del feroz Ras de Ferrara. En El '24 ya había abandonado el papel de alborotador siempre dispuesto a desatar enfrentamientos y vestía el uniforme de Generalísimo de la Milicia. Un uniforme decorado con medallas reales y falsas y cruces de guerra en memoria de la lucha de Quadrumviro en las trincheras, es

decir, el “héroe” de una marcha que lo había traído a Roma solo porque ese trágico títere “Rey de Copas”, Vittorio Emanuele III, se había negado a decretar el estado de sitio y había confiado inmediatamente a Benito Mussolini la tarea de formar un nuevo gobierno, convencido de que los camisas negras eran el mejor antídoto contra el “desorden social”. De su apoyo incondicional a la dictadura fascista obtendría a cambio la corona de emperador de Etiopía y rey de Albania, y las imágenes de la época lo mostraban regodeándose en la basura de ceremonias impregnadas de una retórica involuntariamente cómica, para pasar luego directamente al basurero de la Historia con la huida cobarde a Brindisi el 8 de septiembre de 1943, cuando abandonó al ejército italiano a merced de las represalias alemanas.

Balbo, lejos de condescender con las mascaradas del régimen y los desfiles escenográficos, sin embargo, pareció apreciar el uniforme de papel maché de general, porque al final fue él quien transformó las bandas de asesinos en Milicia Nacional, cuando pudo. Cada vez se le veía con más frecuencia con elegantes trajes confeccionados por los mejores sastres de la capital. De espíritu franco, él mismo, pero todavía vanidoso y no inmune a la arrogancia que rabiaba en las altas esferas del poder, Balbo se había regalado una bonita capa de barniz brillante, bajo el cual ocultaba el barro de tantas hazañas escogidas realizadas por sus hombres. Camaradas, que en cualquier caso no prestaron mucha atención a las advertencias del ex Ras que se convirtió en general y futuro mariscal. Poco más de un año después, en noviembre de 1925, los diputados fascistas organizaron una auténtica paliza contra el “honorable colega comunista” atrapado solo: Picelli se defendió lo mejor

que pudo, pero eran demasiados y por poco no terminan en el hospital. Todo esto sucedió en plena Cámara de Diputados, en un parlamento ahora desprovisto de todo peso político y vaciado de sus funciones. Ya no era posible oponer resistencia apelando a las instituciones.

Las leyes, además, fueron hechas y anuladas por los jefes a su antojo. En el '26 se promulgaron las llamadas “leyes especiales” para reprimir todas las formas de oposición, y Picelli también fue enviado a confinamiento. Lo enviaron primero a Lipari y luego a Lampedusa: allí permanecería seis años.

Paolina Rocchetti lo siguió, y en 1927 decidieron casarse en Lampedusa. Mientras tanto, Picelli no se resignó y organizó intentos de evasión. No pudo salir de la isla, pero favoreció la fuga de otros, como Carlo Rosselli, Emilio Lussu o Fausto Nitti. Picelli lo pagó en persona y terminó en la cárcel nuevamente por un corto tiempo.

Luego, en 1931, después de su sentencia de reclusión, se dedicó con empeño a encontrar la forma de salir del país. No se trataba “solo” de arriesgar la cárcel y la vida misma: la lucha contra el régimen significaba pagar el alto precio de ver arrestadas y perseguidas a todas aquellas personas que le ofrecían apoyo y solidaridad. Los afectos estaban más expuestos a la venganza que los cómplices conscientes. Entonces, con la ayuda de algunos amigos de confianza, Picelli finalmente pudo deparar en Francia.

\*\*\*

*Picelli nunca volvería.*

*Una vez en Francia continuó, sin resignarse al silencio del exilio, dedicándose a la actividad política, tanto que fue expulsado y regresó clandestinamente en varias ocasiones desde Bélgica. Hasta que decidió irse a Moscú, siempre con su mujer Paolina a su lado, hacia finales del verano del 32. Esperaba poder contribuir a la construcción de lo que representaba la mayor esperanza para los oprimidos en todo el mundo: la Unión Soviética. Aunque intuía que algo no estaba funcionando en la dirección correcta, en esos días las noticias no llegaban fácilmente desde la lejana Rusia, y luego estaba la propaganda del régimen, y sobre todo nuestra necesidad de creer que al menos allí se vivía un sueño verdadero. Para millones de explotados la Unión Soviética no solo era un mito, sino también una fuente de consuelo: se masticaba amargo, se comía hiel, se soportaban humillaciones y persecuciones, pero siempre se tenía esa gran esperanza, que alejaba las tinieblas. Por supuesto, los anarquistas soplaron las brasas de la gran decepción y hablaron de Kronstadt, el baluarte del Báltico con los legendarios marineros de la base militar que en 1917 se habían definido “honor y gloria de la revolución”, levantada contra la tiranía zarista junto con los trabajadores de la vecina Petersburgo. En 1921, el descontento con la centralización de poderes, la conducta miope de los bolcheviques que no aceptaron las críticas,*

*reaccionando con la sempiterna acusación de ser manipulados por “agentes extranjeros”, todo ello unido al hambre que hacía insostenible la situación y a los abusos de los comisarios políticos, llevaron a los habitantes y marineros de Kronstadt a reafirmar la consigna de la revolución: “Todo el poder a los soviets”, es decir, decisiones tomadas por los soviets, por los consejos, no dictadas por niveles superiores. Su protesta fue desdeñada y se hizo pasar por una conspiración de provocadores al servicio de las potencias occidentales; los anarquistas presentes en gran número en el bastión fueron despedidos como enemigos de la revolución y Trotsky ordenó al Ejército Rojo aplastar la revuelta.*

*Fue un baño de sangre, y los marineros veteranos de la lucha contra los ejércitos zaristas blancos fueron fusilados mientras gritaban “Viva la revolución mundial”, “Viva la Internacional”. Muchos años después Trotsky, él mismo víctima del “padrecito”, definió esa represión sangrienta como “una necesidad atroz”, mientras que el escritor Víctor Serge, el viejo revolucionario que en realidad se llamaba Kibalcic, cuando él también se exilió en Ciudad de México, no quiso volver a ver a su antiguo amigo porque no le perdonó por la masacre de Kronstadt.*

*Es probable que Picelli tuviera algún indicio de todo esto, si no información precisa, y fue también por eso que gastó todas sus energías contra las divisiones y canibalismos, sin dejar de creer que los ideales podían corregir la “práctica”.*

*En Rusia, dada su experiencia, comenzó a enseñar nada menos que “estrategia y táctica militar”, e incluso a entrenar a otros exiliados italianos que conoció allí. Pero también encontró su antiguo amor por el teatro que nunca había estado inactivo: incluso logró poner en escena una recreación de los días de Parma. Bueno, el problema fue que los “barricadieri” terminaron golpeando seriamente a los infortunados compañeros que tuvieron que hacer el papel de los fascistas.*

*Durante los ensayos Picelli gritó recomendando que los golpes fueran “realistas” pero no “reales”.*

*Nada, incluso la noche del estreno, en Moscú, acabó con los pobres “squadristi” improvisados recibiendo una andanada de patadas y puñetazos, tanto que Picelli subió al escenario en un momento determinado para calmar los ánimos, y hubo un aplauso atronador, una verdadera apoteosis. Sin embargo, aparte de esos momentos, hay que pensar en el clima que se vivía en Moscú en 1933.*

*Stalin se preparaba para desatar la represión contra cualquier forma de oposición interna, que alcanzaría su punto máximo tras la matanza de Kirov, en el 34, utilizada por Stalin como pretexto para las grandes purgas. El sueño se estaba convirtiendo en una pesadilla y Picelli... bueno, en cada discusión, hasta en la más íntima con algunos compañeros de confianza, seguía intentando salvar ese sueño. Nunca se dejó arrebatarse lo que hinchaba su corazón por todos los errores y horrores que estaba presenciando.*

*Y finalmente, en julio de 1936, estalló la guerra civil en España, cuando los militares dirigidos por Francisco Franco intentaron derrocar al gobierno republicano. Picelli no lo dudó: salió de Rusia, llegó a París, donde se quedaría Pauline, y de allí se fue a España.*

*Muchos se encontraron allí. Muchos de los que habían escapado a la represión tras las barricadas de Parma llegaron a España por cualquier medio, incluso a pie.*

## **XXI. COMANDANTE ANTONIO, COMANDANTE GUIDO**

Antonio Cieri llegó de Francia, donde había dado vida a periódicos rápidamente desmantelados por las autoridades del otro lado de los Alpes. Había salido de Parma en 1925, cuando a estas alturas corría peligro de ser detenido, aunque había logrado escapar de la dura represión de los primeros tiempos. En diciembre de 1923 se casa con su compañera de vida, Cleonice Garulli, y un año después nace su primer hijo, Ubaldo. Pero su situación se volvía cada vez más difícil, lo habían expulsado de los ferrocarriles y a la pobreza se sumaban las persecuciones policiales: refugiarse en Francia representaba su última esperanza de supervivencia. En 1928, en el suburbio de París donde se habían ido a vivir en ese momento, nació una segunda hija, Renée. En esos años Cieri había entablado una profunda amistad con Camillo Berneri, el gran erudito anarquista, un fino “pensador”, como se decía entonces, un intelecto incómodo para todos los regímenes totalitarios, hasta el punto de que fue cobardemente asesinado por lacayos estalinistas durante la Guerra de España. Antonio y Cleonice eran una pareja unida por el amor, por las pasiones



sociales, por una militancia libertaria común, y enfrentaban las vicisitudes de una existencia como exiliados con penurias económicas con una serenidad ejemplar; su modesta casa en Romainvil fue frecuentada por muchos otros “Compañeros de camino y sentimientos comunes”. Cleonice murió en mayo de 1936 y para Antonio fue un golpe muy duro. A partir de entonces partió para España después de haber confiado a los niños, Ubaldo de doce y Renée de ocho, a la esposa de Berneri, Giovanna Fochi, y a su hija Giuliana.

Su formación, a la que se unió Carlo Rosselli y que también incluía militantes de otras opciones políticas, aunque unidos por el antiestalinismo y el antifascismo, pasó a llamarse Columna Rosselli. Rosselli regresó a Francia gravemente enfermo, y algún tiempo después los asesinos fascistas lo mataron junto con Nello, su hermano. Cieri, en ese momento, fue elegido comandante de la Columna. Entre esos combatientes había reglas democráticas que ningún ejército había adoptado antes: por ejemplo, los rangos eran asignados colectivamente, por decisión colectiva y la disciplina, un elemento vital en cualquier conflicto bélico, tanto y más de lo que ocurre en un ejército regular, fue respetada.

En septiembre de 1936 el “Comandante Antonio” lideró a sus combatientes en el avance hacia Huesca, donde atacarían líneas fortificadas y defendidas con mortíferas baterías de campaña, sostenidas por nidos de ametralladoras y posiciones de mortero. Los falangistas les dieron la bienvenida arrojando sobre los muros los cadáveres de una treintena de opositores baleados en represalia, mientras que junto a la entrada del cementerio habían abandonado otros cuerpos de

desafortunados muertos bajo tortura: si querían utilizarlos como disuasivo para aterrorizar a los atacantes, obtuvieron el resultado contrario. Pero por impetuosos que fueran en los asaltos, el fuego cruzado de las ametralladoras y la lluvia de granadas hicieron imposible asaltar las fortificaciones. Entre otros, también cayó en esa batalla Bruno Gualandi, un boloñés amigo antifascista del anarquista Vindice Rabitti, y ambos de Cieri, quien en esos días lideró las acciones contra el fuerte de San Jorge. Luego, en noviembre, tuvo lugar la batalla de Almodévar.



Batallón Malatesta de la Colonna Rosselli, la Legión Italiana de la Columna Ascaso

Cieri comandó la acción más incisiva, logrando ocupar la estación de ferrocarril y asentarse en el casco urbano, pero no llegaron los refuerzos necesarios para consolidar las posiciones y, cuando los falangistas contraatacaron con fuerza, empleando contingentes de mercenarios marroquíes, el departamento de Cieri les infligió grandes pérdidas antes de

retirarse en buen estado a una línea más defendible. En muchos casos los enfrentamientos se produjeron a bayoneta, furiosos cuerpo a cuerpo, casa por casa. Pese al fracaso de Almodévar, no obstante, se obtuvo el importante resultado de aliviar la presión sobre Madrid, que Francisco Franco había prometido con orgullo ganar en la Navidad del 36. En Barcelona, la Generalitat de Cataluña, el gobierno de la comunidad autónoma, había notado el talento del comandante Antonio, y le propuso formar una brigada de “granaderos”, atacantes especializados en el uso de granadas de mano para conquistar trincheras fortificadas. Con sus “granaderos”, Cieri volvió al frente para participar en la ofensiva del Carrascal en marzo del 37. Siempre en primera línea, avanzando infaliblemente a la cabeza de los atacantes, consecuente en no ordenar nunca a nadie lo que él mismo era incapaz de hacer, Antonio Cieri instó a sus hombres a conquistar Becha el 7 de abril de 1937; estaba conduciendo a un puñado de “granaderos” hacia la cima de una montaña en manos de los falangistas, cuando cayó baleado en la cabeza.

\*\*\*

*Cieri murió cuando instaba a los suyos a no dar un paso atrás. “El naviglio no se pasa”, dijo en el '22. “No pasarán” era el lema de los antifranquistas españoles.*

*“¡Han matado a Tonino!” El rumor se extendió por frente y retaguardia, llegó hasta Barcelona, y tiempo después incluso aquí hasta nosotros, la gente del Oltretorrente, obligados a callar, pero nunca domesticados. Hombres y mujeres atemperados por tanto sufrimiento, por*

*innumerables dolores y desengaños, estallaron en llanto como niños al escuchar la noticia. Tonino había muerto, “el rojo”, “el comandànt” del Naviglio, al que nadie consideraba un “forastero”, al que muchos lloraron como la sangre de su propia sangre, como a un hermano o hermana inolvidable.*



Brigada Garibaldi

*Guido Picelli, que no pudo ver a Cieri en España, murió unos meses antes que él. Tras haber entrenado a trescientos milicianos para el combate en la base de Albacete, pasó a ser subcomandante del Batallón Garibaldi, ganándose de inmediato la estima de los voluntarios con su trato franco y afectuoso. Era enérgico, decidido, alguien lo*

*llamaba temerario, tal vez era demasiado expuesto para ser un comandante, porque en la práctica había asumido el liderazgo general de las acciones en combate y le correspondía tanto coordinarlas como conducir a los milicianos al ataque, pero era precisamente por eso que lo adoraban, que lo seguían a todas partes.*

*Con el mismo ímpetu de 1922, lideró los asaltos que llevaron a la reconquista de Mirabueno, una especie de fortaleza natural en lo alto de un acantilado, al que llegó avanzando bajo un intenso bombardeo. Luego fue el turno de Algora, donde se barrieron los últimos focos defensivos que quedaban en el bosque de Mirabueno, y finalmente Almadrones, en el frente de Guadalajara, la primera etapa de la ofensiva por la carretera de Sigüenza, junto al batallón de polacos voluntarios que se incorporaron al departamento de Picelli. Fue impresionante ver a las compañías moverse para atacar de manera sincronizada, perfectamente coordinadas por el Comandante Guido, quien luego de dar las instrucciones de maniobra tomó el liderazgo de las unidades avanzadas y desbordaron las defensas enemigas. Cada día una nueva victoria, y descansó recién el 4 de enero, cuando los agotados combatientes organizaron un banquete con los paquetes de regalos navideños que envió Franco a las tropas y que encontraron en grandes cantidades en el liberado Mirabueno.*

*Daba rabia ver toda esa bendición que, por alguna razón, aún no había sido repartida a los soldados falangistas: tenían a su disposición medios y provisiones en un chorro*

*continuo, tanto que podían permitirse desperdiciarlos. Pero esa noche hubo buena fiesta, frente a los soldados fascistas, y Picelli la pasó entre sus combatientes, entre los nuevos Arditi del Popolo que volvieron a responder golpe por golpe y finalmente pasaron al contraataque. Se quedó hasta el amanecer, para contar las mil y una vicisitudes de su vida con frecuentes ironías, sin prosopopeya, sin mitificar nada, pero riéndose de ello, encontrando en cada drama la inspiración para una nota de alegría, alguna anécdota hilarante, y esos hombres al regresar de hechos sangrientos y con un futuro trágico por delante, realmente necesitaban pasar al menos una noche tranquila, derritiendo sus nervios en risas liberadoras.*

*Por la mañana lo recibieron en la plaza del pueblo. Guido Picelli partió al mando de la primera y segunda compañías para la conquista de un punto estratégico, la Cuota 1044, de vital importancia para la continuación de la ofensiva. Dirigía el ataque a las alturas de Aragosa cuando cayó el 5 de enero de 1937.*

*El funeral, en Barcelona, se convirtió en una inmensa manifestación antifascista, a la que asistieron representantes de todas las Brigadas Internacionales, combatientes de innumerables países del mundo. En Parma, la noticia se conoció escuchando a escondidas Radio Barcelona, y en el Oltretorrente empezó a circular una foto suya, impresa ilegalmente en cientos de copias, mientras la policía trabajaba duro para interceptarlas, sabiendo cuánto dolor y rabia se estaban extendiendo por la ciudad.*

*En la prisión de Bolonia, donde fueron encarcelados numerosos antifascistas, se trazó una gran inscripción en la pared del patio: “Viva la España roja. Camaradas, recordad a Picelli”.*

## XXII: ¿Y BALBO?

Los jóvenes de la mesa, en la osteria del Oltretorrente, guardan silencio. El viejo Ardito del Popolo levanta su copa, como brindando por el recuerdo de sus compañeros. Luego, toma el último sorbo de vino, imitado por los demás.

Un niño pregunta:

“¿Y Balbo...? ¿Es cierto que lo mataron los suyos?”

El anciano asiente con expresión insegura.

“Bueno, oficialmente, por 'error'... Verás, Italo Balbo se había vuelto tan famoso en todo el mundo que eclipsó a su Duce. Había realizado una serie de travesías atlánticas entre el '29 y el '33, liderando una formación de hidroaviones primero en Río de Janeiro y luego en Nueva York, obteniendo honores y glorias que convenían al fascismo para limpiar la fachada, pero a Mussolini le quemaba demasiado que el Ras de Ferrara se hubiera convertido en una celebridad, prácticamente el único fascista que gozaba de fama internacional, mientras que el



resto de esa chusma era, en el mejor de los casos, “famosillo”. Los contrastes aumentaron, también por la naturaleza de Balbo, que como hemos visto no guardaba nada en su interior y no le gustaba la duplicidad de poder. Por supuesto que tenía un buen descaro, el Balbo: por ejemplo, cuando llegó a Odessa al final de la travesía del Mediterráneo al Mar Negro, primero escuchó con rigidez la “Internacional” tocado por una banda del ejército rojo, y luego declaró que admiraba la disciplina de los comunistas soviéticos. Pues bien, el Duce se tragó agradecido el sapo porque Italia obtuvo de esa empresa la venta de treinta hidroaviones a la Unión Soviética. El dinero no apesta y no tiene color, ¿verdad?

Sin embargo, cuando Mussolini arrastró a Italia a la guerra, Balbo anunció a los cuatro vientos que se oponía firmemente, por lo que, para retenerlo, fue trasladado a Libia para convertirlo en gobernador de la Quarta Sponda, como la llamaba el régimen, desde donde aprovechó para enviar informes cada vez más incómodos sobre la falta de preparación de las tropas y la escasez de medios, insistiendo en que Italia no debía participar en esa aventura.

Ah, cuando se dice el caso: un buen día, de junio de 1940, Balbo le anuncia a su secretario personal que tiene la intención de ir a Roma a provocar un escándalo. Al día siguiente, cuando está a punto de aterrizar en Tobruk a los mandos de su avión, un antiaéreo italiano le alcanza de lleno, ¡y esto inmediatamente después de una incursión

inglesa durante la cual no se disparó ni un solo tiro! Pero quién sabe cómo fue realmente. Nunca los sabremos.

Recuerdo que, después de la guerra, me documenté para intentar comprender si la hipótesis de una conspiración era plausible, y un detalle siempre me ha dejado en la duda: Balbo volaba un Savoia Marchetti 79, el llamado Sparviero, un bombardero trimotor, mientras que todos los aviones aliados tenían dos o cuatro, nunca tres. En definitiva, el entrenamiento de los artilleros antiaéreos consiste mayoritariamente en reconocer la aeronave a distancia, y el Sparviero trimotor era absolutamente inconfundible, además volaba a baja altura preparándose para aterrizar. Por otro lado, ¿es posible que una trama involucre una batería antiaérea? Sería demasiado complicado. Créase lo que se crea, Balbo tenía una personalidad muy incómoda, odiaba a Hitler y era tan estimado en Estados Unidos e Inglaterra, que al día siguiente de su muerte un avión británico arrojó volantes sobre Tobruk expresando el pesar del comandante de las fuerzas aéreas aliadas por el final de un 'valiente que el destino había querido situar en el otro lado', más o menos así decía el texto. Ah, el mismo antiaéreo, ni siquiera disparó un tiro contra ese avión inglés. La sentencia que pronunció el Duce cuando le dijeron que Balbo había sido abatido quedará en la memoria eterna. Su necrológica fue: 'El único que hubiera podido matarme está muerto'".

## XXIII. ¿CASTIGAR A PARMA?

*Sólo los muertos vieron el final de la guerra*

Platón

Italo Balbo no se había resignado a sufrir la vergüenza de aquella abrumadora derrota. Entre finales de septiembre y principios de octubre, había preparado un plan para intentar una segunda invasión de Parma, que incluía una acción ultrarrápida, más como un comando que como un ejército desplegado en fuerza, con el objetivo de ocupar el Oltretorrente, evacuarlo con prisa y prender fuego con furia al barrio entero, y considerando que la evacuación habría sido imposible de llevar a cabo, dada la inevitable reacción de los habitantes, era de creer que, de haber obtenido luz verde de Mussolini, habría lanzado una redada de pirómanos contra las casas de los odiados subversivos, produciendo un gran número de víctimas. El futuro Duce, sin embargo, estaba elaborando otros planes y llamó a Balbo a Milán para nombrarlo

Quadrumviro de la Marcha sobre Roma y asegurar el apoyo de sus filas, fundamental en la lucha interna con los jefes opuestos al golpe. Además, Balbo se jactó de tener un funcionario de confianza dentro del ministerio de la Guerra que le proporcionó las órdenes emitidas al ejército real con anticipación. Pero no habría sido necesario: el propio rey habría garantizado el éxito de la empresa.

Balbo, sin embargo, se había llevado una satisfacción durante la preparación del plan: “Disfrazado convenientemente, tuve la pequeña emoción de vivir unas horas en la guarida”.

Había añadido el adjetivo “pequeña” al diario revisado y corregido –y censurado por el Duce en varios lugares– varios años después de los hechos. Conociendo su inmenso ego, deambulando por el Oltretorrente, desafiando el miedo a ser reconocido y demostrándose a sí mismo que incluso solo, podía lucir un coraje envidiable, lo que era para él una emoción fuerte, enorme, de la que presumir en negro sobre blanco en un libro publicado y distribuido.

En cuanto a la pretensión de castigar a Parma, Giuseppe Stefanini, uno de los pocos fascistas en el área de Parma que participó en los hechos de agosto de 1922, publicó una “crónica” de los días desde el punto de vista de quienes ahora estaban en el poder, un año después, donde, sin embargo, no escatimó acusaciones feroces contra los compañeros del lugar:

“En esos terribles momentos muchos fascistas de la ciudad no respondieron a nuestra llamada, escondiéndose y dando infinidad de excusas para eximirse de su deber”.

En su informe, las mujeres del Oltretorrente eran todas “feas brujas”, mientras que sobre la derrota sufrida Stefanini se negó a considerarla como tal y afirmó:

“Todavía es pueril charlar hoy sobre la inexpugnabilidad de los barrios proscritos. Si hubiera sido nuestra firme intención penetrar en las guaridas subversivas a cualquier precio, las barricadas difícilmente hubieran amortiguado el ímpetu de nuestros atrevidos Camisas Negras. ¡¿Qué importa si hay barricadas fuertemente defendidas en cada esquina?! ¡¿Qué importaba si alguna aldea era minada porque las mujeres nos hubieran recibido con vitriolo y aceite hirviendo?! ¿Qué importa si las trampas más feroces se hubieran forjado contra nosotros con arte diabólico? Incluso admitiendo la maldita hipótesis de que nuestras primeras filas fueran diezmadas, ¿quién habría detenido a las otras enormes fuerzas de refuerzo? ¿Qué barricada podría resistir el fuego de las numerosas ametralladoras y la flotilla aérea que manteníamos en reserva? Nuestras pérdidas al principio, repetimos, habrían sido muy graves; también queremos admitir –según las amenazas de ciertos agitadores comunistas– que pueblos enteros habrían chocado con las escuadras fascistas, pero qué habrían caído después con la orquestación de nuestros refuerzos, delirantes –por supuesto– de odio y venganza, y habrían logrado, a través de las cabezas de puente, penetrar en las aldeas. Ciertamente, la masacre más horrenda que pueda registrar la historia humana, habría convertido al Oltretorrente en un enorme cementerio”.

Aparte de cierta agramaticalidad y del tono triunfalista de quienes pertenecían al partido que tenía en la mano el destino

del país, Stefanini, a pesar de haber admitido al principio la “cobardía” de muchos compañeros, no tomó en consideración un hecho: cuando los squadristi había intentado romper las barricadas atacando en un número enormemente mayor que el de los defensores, los primeros disparos de rifle habían sido suficientes para desbaratar sus filas, y al tercer día del asedio la mayoría de los Camisas Negras se negaban a ir al asalto bajo el fuego de los Arditi, con una mezcla de asombro y cólera por la negativa del ejército a hacer el “trabajo sucio” con vehículos blindados y artillería. Por supuesto, si hubieran pasado, el Oltretorrente se habría convertido realmente en un “enorme cementerio” y probablemente no tendría hoy el mismo aspecto que tiene ahora: el incendio de las casas, todas contiguas para formar calles y pueblos, y el posterior escenario de escombros humeantes, hubiera sido un regalo para los futuros arquitectos del régimen encargados de transformar Parma Vecchia en un ejemplo de urbanismo “littorio”.<sup>24</sup>

Cualquiera que ame la belleza actual de Parma debería dirigir un pensamiento de agradecimiento a los defensores del Oltretorrente también por este aspecto no secundario.

La afirmación de Stefanini sobre la supuesta “flotilla aérea” lista para bombardear y ametrallar las aldeas sigue siendo incierta: sabemos que Balbo ya era un firme creyente en la “importancia estratégica” de la aviación en los conflictos venideros, pero nadie más menciona aviones mantenidos en

---

<sup>24</sup> Littorio es un adjetivo que significa literalmente del lictor. Aparece en diversos contextos, ligado a la Italia fascista. El término estilo lictoriano subsume la apariencia de edificios y espacios urbanos que fueron construidos en “formas principalmente retóricas y monumentales”. Se refiere a una arquitectura simplificada, que en su perpetuo recurso al antiguo patrimonio arquitectónico romano es decididamente clasicista. [N. d. T.]

reserva para Parma. Considerando el volumen de fuego utilizado, con al menos diez mil cañones disparados por día, es presumible que, si hubiera habido un escuadrón bajo el mando de Farinacci, ciertamente lo habría lanzado desde el principio; si en cambio hubiera sido un “recurso” puesto a disposición por Balbo, es probable que hubiera preferido obedecer las órdenes perentorias de Mussolini que no quería la devastación y mucho menos un bombardeo sobre la población civil.

Volviendo a la “historia” de Giuseppe Stefanini, después de haber utilizado una página entera para asegurar que el Oltretorrente había quedado en pie sólo gracias al “alto espíritu patriótico” demostrado por los fascistas, que rechazaban, a su juicio, el “torbellino de sangre”, concluye, con mal disimulado pesar, que los subversivos merecían “ser colgados cabeza abajo de alguna farola”...

Una frase de inquietante sabor profético invertido, porque veintitrés años después alguien más colgará boca abajo. Si bien, hay que reiterarlo en términos inequívocos, un movimiento de liberación nunca podrá enorgullecerse del linchamiento de un cadáver, aunque fueran muchos los esputos sobre ese cuerpo de los que, en 1922 como en los años siguientes, permanecieron en las sombras tratando de salir adelante, o tal vez maldiciendo en voz baja, actitud propia de los “indiferentes”, de aquellos que, a la hora de luchar por cambiar el curso de los acontecimientos, no encontraron el coraje para luchar en defensa de sus derechos, como el pueblo del Oltretorrente.

El general Lodomez tardó solo un par de meses en adaptarse al “curso de los acontecimientos”. En vísperas de la Marcha sobre Roma, llegaron a Parma directivas para llevar la “fuerza pública” a los cuarteles; un puñado de tan sólo cincuenta fascistas pudieron ocupar así la prefectura y el cuartel general de la policía, que pronto recibirían el apoyo de cuatro “cohortes” de al menos dos mil hombres de la provincia y otras ciudades, que realizaron las redadas y detenciones que las semanas anteriores había hecho imposible la organización de la resistencia antifascista. Además, los socialistas de la zona de Parma habían estipulado con los fascistas locales un nuevo “pacto de pacificación”, que influyó aún más en la desmovilización forzosa de los Arditi. Su valor concreto lo habría demostrado la ocupación de la ciudad y los centros vecinales por parte de los equipos escuadristas que se preparaban para marchar hacia la capital. En ese momento fue el general Lodomez, de indudable fe saboyana, quien asumió los poderes del orden público, emitiendo un decreto que obligaba a los ciudadanos a colaborar con los ocupantes y prohibiendo reuniones, protestas y actitudes hostiles. Mussolini había sido categórico: no quería derramamiento de sangre, la Marcha tenía que resultar una gran demostración de fuerza disciplinada y ¡ay de cualquiera que se hubiera entregado a la venganza y el saqueo! En Parma los fascistas se limitaron, en esta ocasión, a cerrar las tabernas consideradas “antros subversivos” e iluminar el Oltretorrente con los focos durante la noche, para “obligar a los rojos a quedarse encerrados”. Además, los francotiradores estaban dispuestos a abatir a cualquiera que se hubiera aventurado en las calles.



En cuanto a Roberto Farinacci, presuntamente trató de deshacerse de su antigua reputación de emboscado participando en la campaña de África Oriental, para conquistar el llamado “lugar del sol”, pero obtuvo el resultado de empeorar su imagen de líder indomable: pocos días después de su llegada a Etiopía, perdió la mano derecha por la explosión de una bomba, y no fue por un gesto heroico, al contrario: tan experto como era, estaba lanzando granadas de asalto a un lago para abastecer de pescado fresco el comedor de los oficiales. De regreso a Italia, siguió causando dolores de cabeza al Duce, y al estallar la Segunda Guerra Mundial manifestó un entusiasmo desmedido, chocando violentamente con los sectores más moderados del fascismo que se mostraban reacios a involucrar al país en el conflicto. Más tarde, cuando la guerra tan esperada comenzó a convertirse en un desastre inevitable, fue a Alemania solo para presenciar el arresto de Mussolini desde lejos. Y tuvo la audacia de manifestar su odio acalorado contra el Duce alegando que se merecía algo aún peor: Hitler reaccionó considerándolo un renegado, y lo ahuyentó sin mucha consideración. Regresó a Cremona y gastó toda su energía residual en lanzar acusaciones de traición a diestra y siniestra hasta que, con la República Social ahora en colapso, el 27 de abril salió de la ciudad con una columna de leales, rumbo a Valtellina, el último reducto considerado defendible debido a su posición geográfica. Con inexplicable imprudencia, se apartó de la escolta para acompañar al secretario a un pueblo vecino, y su auto se dirigió directamente a un retén de partisanos, quienes abrieron fuego. Farinacci salió milagrosamente ileso, protegido por el equipaje que obstruía el habitáculo. Conducido a Vimercate fue sometido a un juicio sumario. Trató en vano de declararse inocente de las

acusaciones de ser el instigador de innumerables violencias y asesinatos, y quiso ser juzgado en Cremona, pero todo fue en vano: lo condenaron a muerte. Delante del pelotón de fusilamiento tuvo una sacudida final de dignidad y se negó a que le dispararan por la espalda. Los partisanos le dieron satisfacción y le dispararon al pecho. Era el 28 de abril de 1945.

## **XXIV. MÁS ALLÁ DEL ATLÁNTICO, A ESTE LADO DE PARMA**

El viejo Ardito se levanta. Toma su viejo cartel enrollado y saluda a los jóvenes de la mesa. Uno le pregunta:

“¿Entonces, Balbo nunca regresó a Parma?”.

“Sí, sí, antes de la guerra e inmediatamente después de sus hazañas aeronáuticas. Vino a recoger los honores que le fueron otorgados en todas partes por sus cruces oceánicas, pero Parma, una vez más, logró hacerle ir por el camino equivocado.

Italo Balbo llega a Parma rodeado de jefes de uniforme completo, él mismo viste el impecable uniforme de Maresciallo del 'Aria, y es recibido por las autoridades de la ciudad con gran fanfarria.

Mientras desfila a bordo del automóvil abierto por la orilla del río, se da cuenta de que las personalidades a su lado miran de reojo a lo largo de la orilla y se mueven torpemente en los asientos del automóvil. Balbo, intrigado, se inclina para mirar,

incluso si el jerarca a su lado intenta distraerlo. Balbo ordena al conductor que se detenga. Mira fijamente la pared a lo largo del terraplén, y cuando el auto para, se apea y se acerca al borde.

Una pintada enorme, claramente visible desde decenas de metros, en un color rojo intenso, dice en dialecto parmesano: BALBO, T'E 'PASE' L'ATLANTIC MO MIGA LA PERMA<sup>25</sup>

\*\*\*

*Sí, fue una gran satisfacción, en pleno régimen fascista, darle esa bienvenida a la ciudad. Dicen que en ese momento se rió de ella, pero luego, en privado, se enfureció. Porque si es cierto que supo reconocer la valentía del enemigo, que lo mandaran a paseo lo quemaba más que todas las derrotas.*

---

<sup>25</sup> Balbo, has cruzado el Atlántico, pero no has podido atravesar el torrente de Parma.

## AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Andrea y William Gambetta, quienes, además de proporcionarme materiales e indicaciones para reconstruir los hechos y dar voz a los protagonistas, me hacen sentir “como en casa” cada vez que paso por Parma. De la amistad que nos une nació la idea de escribir “Oltretorrente”.

Y gracias a Mario Palazzino, a Massimo Giuffredi, a Umberto Sereni, a Giordano Cotichelli por la colaboración durante la investigación, y a Vittorio Segreto del Palazzo de la Musica de Parma por sus valiosos consejos.

También agradezco a la Municipalidad de Parma, que me encargase la redacción de una recreación narrada de las barricadas de 1922, a partir de la cual tomaría forma este libro. Y la Fundación Cultural Edison, que entre las muchas iniciativas memorables producidas en Parma, también cultiva el sueño de revivir las barricadas del 22 en las pantallas.

Por último, siempre estaré agradecido a los amigos de Edison por haber dado a luz a otra amistad, la que me une a Sebastiao

Salgado, uno de los hombres que más respeto en este mundo convulso.

Los mítines, discursos y pasajes atribuidos en este libro a Guido Picelli están extraídos de sus escritos.

El apartamento, en el corazón del Oltretorrente, donde vivió hasta 1923, se encontraba entonces en el número 71, como consta en los registros e informes de los funcionarios encargados de supervisarlos, conservados en los archivos del cuartel general de la policía de Parma; posteriormente, la numeración ha cambiado y hoy corresponde al número 49 del Borgo Bernabei.

## BIBLIOGRAFÍA

Autori vari, "Dietro le barricate, Parma 1922", testi, immagini e documenti della mostra (30 aprile-30 maggio 1983), edizione a cura del Comune e della Provincia di Parma e dell'Istituto Storico della Resistenza per la Provincia di Parma.

Autori vari, "Pro Memoria. La città, le barricate, il monumento", scritti in occasione della posa del monumento alle barricate del 1922, edizione a cura del Comune di Parma, Parma 1997.

Italo Balbo, "Diario 1922", Mondadori, Milano 1932.

Luciana Brunazzi, "Parma nel primo dopoguerra, 1919-1920", Quaderno n. 3, Istituto Storico della Resistenza per la Provincia di Parma, Parma 1981.

Victoria De Grazia e Sergio Luzzatto (a cura di), "Dizionario del fascismo", Einaudi, Torino 2002.

Luigi Di Lembo, "Guerra di classe e lotta umana, l'anarchismo in Italia dal Biennio Rosso al a guerra di Spagna (1919-1939) ", edizioni Biblioteca Franco Serantini, Pisa 2001.

Eros Francescangeli, "Arditi del Popolo", Odradek, Roma 2000.

Gianni Furlotti, "Parma libertaria", edizioni Biblioteca Franco Serantini Pisa 2001.

Dianel a Gagliani e Fiorenzo Sicuri, "Guido Picelli", Centro di documentazione Remo Polizzi, Parma 1987.

William Gambetta, "'Almirante non parlerà!" Radici e caratteri del 'antifascismo militante parmense", in Autori vari, "Parma dentro la rivolta", Edizioni Punto Rosso, Milano 2000.

William Gambetta, "L'antifascismo rimosso. L'omicidio di Mario Lupo e il movimento antifascista degli anni settanta", in "Critica e conflitto", anno sesto, n. 7/8, luglio-agosto 2002.

William Gambetta, "Nemici a confronto. Movimento cattolico e sinistra nel a Parma del primo dopoguerra 1919-1922", in "Giuseppe Micheli nel a storia d'Italia e nel a storia di Parma", a cura di Giorgio Vecchio e Matteo Truffel i, Carocci, Roma 2002.

Emilio Gentile, "Storia del partito fascista, 1919-1922. Movimento e Milizia", Laterza, Bari 1989.



Antonio Gramsci, "La città futura", numero unico pubblicato dalla Federazione Giovanile Socialista Piemontese, 1917. Riproduzione dell'originale a cura dell'editore Viglongo, Torino 1952.

Giordano Bruno Guerri, "Italo Balbo", Oscar Mondadori, Milano 1998.

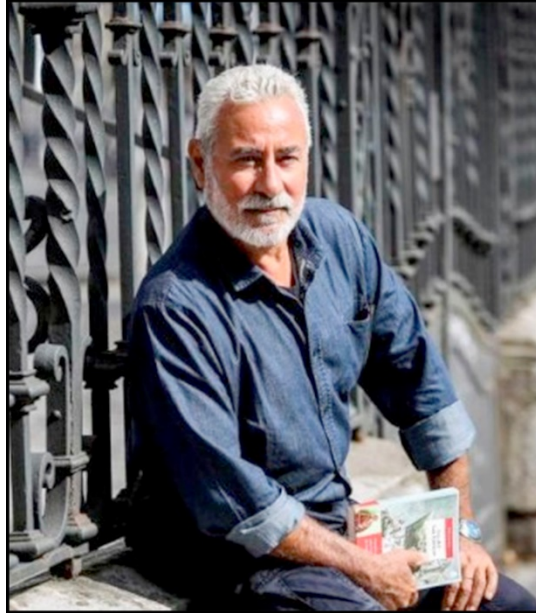
Marco Minardi, "Ragazze dei borghi in tempo di guerra, storie di operaie e di antifasciste dei quartieri popolari di Parma", Edizioni dell'Istituto Storico della Resistenza per la Provincia di Parma, Parma 1991.

Mario Palazzino, "Da Prefetto Parma a gabinetto Ministro Interno", le barricate del 1922 attraverso i dispacci dei tutori dell'ordine pubblico", Archivio di Stato di Parma, Silva Editore, Col ecchio 2002.

Marco Rossi, "Arditi, non gendarmi! Dal 'arditismo di guerra agli Arditi del Popolo, 1917-1922", edizioni Biblioteca Franco Serantini, Pisa 1997.

Giuseppe Stefanini, "Fascismo parmense - Cronistoria", La Bodoniana Tipografia Mutilati, Parma 1923.

Paolo Tomasi, articoli su Antonio Cieri e su Guido Picelli pubblicati sulla "Gazzetta di Parma" (19 settembre 1979, 19 ottobre 1981, 14 marzo 1982, 11 luglio 1983).



## ACERCA DEL AUTOR

PINO CACUCCI, (Alessandria, 1955) es un novelista, guionista y traductor italiano.

Su narrativa, de estilo poético, estilizado y una documentada ambientación, se suele enmarcar dentro del género giallo, la renovada novela negra transalpina que supera el planteamiento de intriga clásico para introducir temáticas sociales actuales. Tiene predilección por los personajes rebeldes, arrastrados por un destino que han de cumplir aunque les vaya la vida en ello. Con *En cualquier caso, ningún*

*remordimiento*, la biografía novelada de Jules Bonnot, obtuvo el aplauso unánime de crítica y público en Italia a comienzos del nuevo milenio. De entre su obra literaria destacan *Outland Rock*, *Tina*, la biografía de la fotógrafa Tina Modotti, *San Isidro Fútbol*, *Nessuno può portare un fiore*. Ha ganado algunos de los principales premios de la narrativa italiana, como Il Molinello (2004), el Fenice Europa (2006) o el Chiara (2012), además de ser finalista del Paolo Volponi (2003).

Es el traductor al italiano de Manuel Rivas, Javier Cercas, Enrique Vila-Matas y Rafael Chirbes, entre otros.

En *Oltretorrente*, describe la resistencia de Parma a la penetración del fascismo.